

CRIMEN & CIA.

**Peter
Lovesey**
ABRACADÁVER



VERSAL

Peter Lovesey
ABRACADÁVER
(Abracadaver, 1972)

Sargento Cribb #3

Irrumpió en el camerino número 4 del Middlesex y de un tirón se bajó el corpiño de lentejuelas hasta la cintura.

—¿Ven ustedes esto? —preguntó, por si a alguien no le hubiese llamado suficientemente la atención el espectáculo—, ¡un morado como una colección de medallas de Crimea! ¡La lagarta!, ¡la tonta, torpe y descarada!

Jason Buckmaster, retórico, profesor de dicción de la realeza y con el privilegio de encontrarse en aquel momento en el vestuario de la hembra, levantó una disciplinada ceja.

—¿Un rasguño, señorita Lola? ¡Cuán terriblemente molesto! ¿Debemos colegir que la coordinación entre hermanas en el trapecio alto fue algo menos que perfecta esta noche?

—¡La condenada casi me mata, eso es todo! —respondió Lola temblando de indignación—. También en mi salto mortal. ¿Ha visto usted el final del acto cuando ella se balancea y salta para reunirse conmigo al tiempo que yo salto hacia sus tobillos? Bien, pues la muy imbécil llegó demasiado pronto y me dio en todo el pecho con sus grandes pies. Me sentí morir, colgada por encima del maldito público, con mis brazos alrededor, y perdone la expresión, de sus muslos y casi arrancándole las mallas para agarrarme. Me saltaban lágrimas de dolor y debía de estar roja de vergüenza. Estuvimos allí colgadas durante dos minutos, hasta que al señor Winter se le ocurrió rescatarnos con la pértiga. Parecíamos dos truchas boqueantes, prendidas de un sedal. No es dignificante para una artista seria. —Bajó la vista a la mancha color fresa y añadió—: Y no contribuye en nada a las perspectivas de una chica.

Desde lo profundo de los órganos vocales de Buckmaster llegó un inconfundible ronroneo.

—¿Perspectivas? —sonrió—. «Porque dondequiera que vuelva mis embelesados ojos, alegres y bellas escenas y resplandecientes perspectivas aparecen.»

—¿Cómo?

—Nada, querida. Una cita de Addison, en un contexto distinto. Perdóneme. No es más que la inquietud que siento por su desfiguración. Por si le sirviera de algún consuelo, le diré que sus... humm... perspectivas están intactas. La voy a dejar a usted ahora, antes de que vuelva la señorita Bella. La revelación de una segunda colección de lesiones podría afectarme profundamente.

Un hombre enorme, se fue rápidamente con la discreción de un veterano obseso de los camerinos.

«¡Gili!», pensó Lola.

Los demás presentes, una madre y una hija de Marsella que no hablaban inglés y que pasaban hasta una hora antes de cada representación dándose colorete y polvos para gritar *Allez!* y levantar el brazo derecho mientras papá

realizaba hazañas de equilibrio, ignoraron a Lola, quien, chasqueando la lengua de exasperación, dedicó toda su atención a la mancha mirándosela en el espejo desde toda una variedad de ángulos. Después, puso agua en la palangana que tenía delante y sumergió sus manos para quitarse la resina.

La puerta se abrió. La doble de Lola, rubia, con lentejuelas, bonita como un estuche de mariposas, entró de puntillas y miró al espejo por encima de los hombros de su hermana.

—Cambia el tener una huella de pie en el pecho, ¿verdad, querida? Es original. ¡Dios mío, cuando se sepa en Leicester Square!

La esponja mojada voló sin peligro por encima de la cabeza de Bella, que la esquivó, pero la lluvia de artículos que siguió —cepillo de uñas, jabones, tarros de crema, caja de polvos— rebotó en un biombo que estaba detrás de ella y recibió varios fuertes impactos en la doblada espalda.

—¡Muñeca estúpida! —gritó Lola—. ¡Lagartona inepta! —Había cogido un pesado cepillo de madreperla para la ropa y estaba a punto de arrojarlo después de todo lo demás cuando el grito de «*Non!*», lanzado desde el fondo de la habitación, la detuvo. Envalentonada por la amenaza hecha a su propiedad, la hija del funambulista corrió a recuperar su cepillo, y Bella aprovechó la ocasión para refugiarse del bombardeo detrás del biombo.

—Ahora escúchame, Lo —reclamó desde su refugio temporal—, Soy la única que tiene motivos para quejarse. Si tú te hiciste daño, fue por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —chilló su hermana—. ¿Qué quieres decir con eso, gusano apestoso? Tu balanceo fue absolutamente erróneo. Te soltaste condenadamente pronto. Casi me arrancas la cabeza, eso fue lo que hiciste. Me considero afortunada por haber acabado con un morado como un mapa de todas las Rusias en la delantera. ¡Podría haberme matado!

Era una pena que Bella estuviese detrás del biombo, porque se perdió el impacto de todas las Rusias moviéndose agitadamente con la fuerza de su invectiva.

—Salí perfecta —insistió Bella—. Deberías admitirlo, Lo. Tú fuiste demasiado lejos. Esa es la verdad, y tus insultos no podrán cambiarla, patosa chiflada.

Lola apartó bruscamente el biombo.

—¿Demasiado lejos? ¿Cuándo he volado yo demasiado lejos? Supongo que no te tomarías un trago de algo antes de subir esta noche, ¿o sí?

Eso fue demasiado para Bella. Se enderezó, contusionada como estaba, e hizo frente a su acusadora con su habitual descaro.

—Sabes muy bien que ya hace siete meses que llevo la cinta azul, Lo, ¡y no he fallado ni una vez! Antes de empezar a echar la culpa a los demás, querida, te sugiero que domines tu pequeña debilidad. Por la hora en que regresaste a la pensión después de pasear anoche con tu soldadito, supe que no había sido pasear lo que habíais estado haciendo. Con la vida que llevas, lo raro es que no hayas estropeado el número hasta esta noche.

Lola estalló:

—¡Lengua viperina! ¡Eso no se lo consiento a nadie!

Había cogido a su hermana por el cabello, la había arrastrado contra la pared y tenía la mano puesta en su traje, a punto de imponer su venganza, cuando se oyó una voz desde atrás:

—¡Señoritas, señoritas, señoritas! —chilló Buckmaster—. ¡En nombre del cielo, desistan! No pueden imaginarse cómo me afecta la visión de unos talentos de su categoría en peligro. Tengo noticias para ustedes, ¡miren!

Mostró dos trozos de cuerda, de unas dieciocho pulgadas de longitud cada uno. Las hermanas se quedaron tan perplejas que se soltaron.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Lola.

—Eso, querida mía, son trozos de cuerda cortados del trapecio de su hermana. Los encontré entre los accesorios, en el escenario, por el lado del foso de la orquesta. Alguien acortó muy limpiamente la longitud de su trapecio, señorita Lola. El accidente de esta noche había sido planeado a sangre fría. Tiene usted suerte de estar viva.

Dos veces por semana tenía lugar una rigurosa prueba en una sala de la parte de atrás de la comisaría de policía de la calle Paradise, en Rotherhithe, Edward Thackeray, el policía más experimentado que pueda encontrarse en la división M, clavaba distraídamente en su barba la gastada punta de su lápiz, según se acercaba el momento de la decisión. Arrastró sus grandes botas y encogió sus enormes hombros. Se aclaró la garganta, se inclinó hacia adelante y se levantó decididamente de su silla, un pupitre ridículo, empujándolo hacia adelante con un chirrido mientras estiraba las rodillas.

—¿Y bien, agente?

Suspiró profundamente:

—Un adjetivo, señor.

Y lo dijo con absoluta seguridad.

El inspector instructor hizo una mueca.

—¿Qué ha dicho usted?

—Adverbio, es decir..., pronombre adverbial, señor.

El inspector resopló.

—Quizás, en lugar de decir lo que es, debería usted intentar deletrear la palabra.

Thackeray lo pensó y decidió que, dadas las circunstancias, era más acertado no intentarlo. Fingió que lo sabía y sonrió.

No hubo otra sonrisa en respuesta.

—Debería haberme acordado, agente, de que tiene usted por costumbre evitar cualquier palabra problemática. Debe de ser por eso por lo que, en el ejercicio que pronto le devolveré, evitó usted el peligro que representaba la expresión «abuso de confianza», y la sustituyó por la expresión alternativa «exceso de confianza». Una ingeniosa estratagema, concederán ustedes, caballeros, para no confundir una «b» con una «v». La pena es que la ortografía del agente Thackeray está por debajo de su ingenuidad. Su «exceso de confianza» se convierte, cuando él lo escribe, en «es seso de confianza».

Dramáticamente, el inspector fingió la postura de un hombre atormentado más allá de su resistencia, inclinando la cabeza y hundiendo en su cabello los dedos llenos de tiza. Luego, se levantó para mirar a Thackeray, moviendo lentamente la cabeza.

—No dudo agente, de que, a su manera, es usted un concienzudo y leal miembro de la policía. Si se concediera un certificado de eficiencia por cualidades como ésas, probablemente nuestros caminos nunca se hubiesen cruzado. Desgraciadamente para ambos, los comisarios del Servicio Civil exigen la evidencia de otros logros antes de conceder un rango superior a un policía. Por eso es por lo que, para nuestra mutua desgracia, nos hemos encontrado en esta situación dos veces por semana durante cuatro años en varias comisarías de toda el área metropolitana.

Thackeray asintió apesadumbrado. No necesitaba que se lo recordasen. Dos peniques de su paga al mes iban a parar obligatoriamente al salario del inspector instructor. ¡Dos peniques al mes! ¡Una docena de pintas de cerveza Kop al año!

—Lo que más me deprime —prosiguió el inspector, volviendo sus ojos al cielo, como si apelara a una autoridad superior—, es que, dondequiera que me lleve el deber, y en cuatro años he dado clases en cuatro divisiones muy separadas entre sí, puedo estar seguro de que, antes de que pasen muchas semanas, entraré en una sala y me encontraré al agente Thackeray sentado en el pupitre de delante como una sólida manifestación del fantasma de Banquo. Me persigue, caballeros, y su ortografía es un tormento continuo. Me ha seguido desde Whitechapel hasta Islington, hasta Hampstead y ahora hasta Rotherhithe. —Sacó un pañuelo y se secó la frente—. Sin embargo, nunca he llegado a perder totalmente la esperanza y me esforzaré, si la providencia me concede la ocasión...

La llamada, entrada y saludo del policía de servicio proporcionó una clemente interrupción.

—Perdón, señor. Un mensaje urgente acaba de llegar en el coche de despachos.

—Entre, agente. —El inspector examinó la nota—. ¡Extraordinario! Parece, agente Thackeray, que alguien me pide que le libere de mi clase. No me negaré. Puesto que los aspectos más sutiles de la ortografía se le han escapado durante tanto tiempo, estoy seguro de que pueden esperar otra semana. Debe usted presentarse al sargento Cribb, quienquiera que sea, en Gran Scotland Yard lo más pronto posible.

Por una vez en su carrera, Thackeray bendijo sinceramente al sargento Cribb.

Un recorrido en coche y treinta minutos más tarde estaba sentado en una antesala de Scotland Yard. En el centro, como si se tratara de una isla, había una alfombra descolorida, con dos sillas, un pupitre, un perchero y una papelería. Alrededor de la isla, sin poner nunca el pie en la alfombra, se movía intermitentemente un desfile de empleados con cuello duro, haciendo

caso omiso de los ocupantes, atentos sólo a pasar entre las dos puertas situadas a ambos lados de la sala. El sargento Cribb dirigió su pulgar hacia la puerta que había tras él.

—Sección de Estadística. Todas las hojas de cargo que haya escrito usted han pasado por ahí. Diarios, agendas de comisaría, informes matutinos de delitos. Impide que un pequeño ejército de chupatintas arme líos, por eso no lo juzgo mal. Y de vez en cuando aparecen con algo interesante.

Thackeray se dispuso a interesarse. Él sabía que Cribb pedía total atención. El arrastrar los pies y rascarse la barba podía pasar con el inspector instructor, pero no con el sargento Cribb.

—¿Pasa usted mucho tiempo en teatros de variedades?, —preguntó de pronto el sargento. Podía haber sido el comienzo de una conversación adecuada, si no fuera porque Cribb era raramente educado y no daba conversación.

—Normalmente no, sargento —admitió Thackeray—, Soy más bien hombre de melodrama. —Añadió entendidamente—: Irving, en el Lyceum o Wilson Barrett, en el Princess's.

—¡Lástima! Pero, ¿habrá estado usted en un teatro de variedades, supongo?

—¡Oh, sí, sargento! Tuve un servicio regular cuando estuve en la división E. Es sólo que el teatro de variedades no es mi...

—De ahora en adelante lo será —le dijo Cribb—, Mire esto.

Alargó un fajo de papeles al policía y tensó los muslos para hacer que la silla se balanceara sobre las patas traseras mientras esperaba, sin mucha paciencia, a que la información fuese digerida.

—Informes de accidentes —aventuró Thackeray al cabo de un momento—. De varias divisiones distintas.

Un silencio desdenoso recibió la observación. Volvió a la lectura.

Cribb se levantó para mirar por la ventana a los coches de caballos que eran sacados fuera de la Oficina de Transporte Público, que estaba en el patio de abajo. Era un hombre alto, flaco, de movimientos decididos y poco habituado a períodos de inactividad, pero era vital para su propósito que Thackeray examinase totalmente los informes. Esperó como un halcón encapuchado.

—¡Ya lo veo, sargento! —anunció Thackeray unos minutos después.

—¡Fantástico! —Cribb casi saltó de nuevo a su silla—, ¿Qué conclusión saca usted?

—Bueno, sargento, si los leyera de uno en uno, los pasaría por alto como simples accidentes, pero seis en cuatro semanas es increíblemente difícil de creer. Realmente, no se pueden achacar todos a una coincidencia.

Cribb asintió.

—Puede haber habido más, desde luego. Estos informes han sido hechos por policías de servicio muy observadores. Otros pueden haber desviado la vista en el momento crucial, o simplemente no se han molestado en informar

de lo que veían. En un distrito de policía, un único accidente puede no parecer extraño en absoluto. Reunidos todos aquí, en la Sección de Estadística, forman una muestra, y no precisamente agradable.

—¿Quiere usted decir que hay alguien detrás de todo esto, sargento?

—Podría ser. Podría ser muy bien. Ordénelos, ¿quiere?

Thackeray puso los papeles en orden cronológico.

—Parece haber empezado el 15 de septiembre, con las hermanas Pinkus en el trapecio, en el Middlesex.

—¡Ah, el viejo Mo!

—¿Cómo dice, sargento?

—El Middlesex —soltó Cribb—. El viejo Mo. ¡Despierte, hombre! Está construido sobre la vieja taberna Mogul, en Drury Lane.

Thackeray sonrió tímidamente.

—Sí, mi sargento, debería haberlo sabido. Bien, allí es donde las Pinkus se quejaron al sargento Woodwright de que alguien había trucado su trapecio. Podía haber tenido consecuencias muy desagradables, creo. No obstante, tal como sucedió, las jóvenes tuvieron suerte. El sargento menciona a la señorita Lola Pinkus mostrándole un importante cardenal «ligeramente por debajo del hombro izquierdo», dice, pero eso parece ser todo lo que sucedió.

—Humm. Lo suficiente para los que son como Woodwright. Las lesiones femeninas es mejor crearlas sin comprobarlas. He oído que más de un tobillo torcido ha hecho perder sus galones a un buen sargento. ¿Cuál es el segundo informe que tiene usted ahí?

Thackeray examinó la hoja.

—Belloti, el que baila sobre barriles, sargento. El 17 de septiembre en el Metropolitan, en la calle Edgware. Termina su número con una especie de baile de marineros sobre tres barriles. En cuanto puso el pie en el del centro, cayó de bruces, se rompió el brazo y se le prendió fuego en el cabello al golpearse contra las candilejas. No es sorprendente, con el macasar que algunos de estos extranjeros utilizan. Creo que es inflamable. Bueno, la sorpresa fue que encontraron una línea del eje untada de grasa alrededor de uno de los toneles. En cuanto Belloti lo tocara con el pie, era seguro que se daba un trompazo.

—Un episodio desgraciado —comentó Cribb con un resoplido—. Luego hubo esa lucha en el Oxford. ¿No fue eso a la noche siguiente?

—Sí, el 18. Un cómico llamado San Fagan le rompió la mandíbula a un tramoyista después de que se bajara el telón al finalizar su número. El agente Barton, que estaba en el lugar, le denunció inmediatamente por agresión, por supuesto, pero el juez de la calle Bow desestimó el caso a la mañana siguiente. Dice aquí que «Fagan actuó precipitadamente, pero que había sido sometido a excesiva prov... humm... prov...».

—Provocación. Ésa es la parte que nos interesa. Lea en voz alta el informe de Barton sobre lo que sucedió en el escenario.

—Sí, mi sargento. Aquí dice: «Nada impropio fue advertido hasta la

tercera y última canción de Sam Fagan, *Puedes tener la seguridad de que a ella le gusta*, en la que invita a la audiencia a cantar con él. Por comodidad, tiene la letra de la canción escrita en una gran hoja enrollada en un rodillo.

»Aquella noche desenrolló la hoja como de costumbre y pidió a los clientes que cantasen. La primera línea era la correcta, *Quisiera poder decirte lo que he visto*, pero el resto de la canción había sido alterado vergonzosamente por algún desconocido y contenía ciertas referencias a un Gracioso Personaje que, como leal súbdito que soy, no puedo repetir en un informe abierto. Fueron anotadas en mi libreta, la cual el inspector Fredericks ha puesto en lugar seguro dentro de un sobre sellado en la caja de caudales de la comisaría. Desgraciadamente, los mil ochocientos espectadores ya habían cantado las tres cuartas partes de la canción antes de que se dieran cuenta del horrible significado de las palabras. Acto seguido, Fagan fue bombardeado con fruta y abucheado desde el escenario. Fue entonces cuando tuvo lugar la agresión al tramoyista». ¿Qué cree usted que decía la letra, Sargento?

—Más vale que no especulemos, agente —le advirtió Cribb— pero si es lo que me supongo, puede usted estar seguro de que a Ella no le gustaría.

Thackeray consideró prudente proseguir con el informe siguiente.

—Esto fue al lunes siguiente, sargento, el 20 de septiembre. El tragasables, si lo recuerda usted. Creo que eso fue absolutamente despreciable. Ya debe de ser bastante penoso de por sí el tener que introducirte una espada garganta abajo para ganarte la vida, como para que alguien unte de mostaza la mitad del filo. El pobre tío debió de toser espantosamente.

Cribb se llevó la mano a la garganta en señal de solidaridad.

—Ya es bastante malo cuando una espina se atraganta —dijo—. ¿Dónde sucedió? En el Tivoli Garden, ¿no? En cualquier caso, bastante cerca del hospital de Charing Cross. ¿Qué otros informes quedan?

—Los demás incidentes sucedieron dos semanas más tarde, a principios de octubre, sargento. Hubo esa... humm... desgracia de la señorita Penélope Tring, la Voz en el Columpio. ¡Vaya apuro! El policía de servicio parece que estaba muy bien situado para informar de todo de forma tan exacta.

—¡Maldita sea, Thackeray! Parece usted obsesionado. Usted no estaba en el Royal esa noche y no podemos representarlo de nuevo para usted.

—¿Cree usted que pudo haber sido un simple accidente, sargento, sin conexión con los demás sucesos? —Vio en seguida que Cribb no lo creía.

—Ya veo que no ha ido usted más allá de la descripción de lo que le sucedió a la señorita Tring —le reprendió Cribb—. Si continúa usted leyendo, verá que el vestido había sido descosido por tres sitios. En cuanto hubo presión...

—¡Horrible! —murmuró Thackeray.

—Así es. No me sorprende que ella escogiese tirarse del columpio. Aterrizó en la platea, se rompió el brazo por dos sitios y dejó sin sentido a un espectador. No creo que le doliese siquiera.

Hubo una breve pausa, mientras cada uno de los policías lamentaba la desgracia de la señorita Tring. Cribb chasqueó la lengua y Thackeray se estiró los puños pensativamente. Luego carraspeó.

—El último es el accidente en el Canterbury, el 9 de octubre. Si eso fue deliberado, creo que estamos buscando a un loco, sargento. La chica de la caja podía haber muerto. ¿Cree usted realmente que está conectado con los demás accidentes?

Cribb se encogió de hombros.

—No puedo decirlo, pero si lo está, entonces tenemos en la cárcel de Newgate a un hombre inocente.

Su ademán improvisado fue algo precipitado, y Thackeray tenía un oído muy fino para el engaño.

—Hay algo más, ¿no es así, sargento? Usted no se tomaría esas molestias porque algunos actores de teatros baratos se abochornasen y se rompieran unos miembros aquí y allá, a menos que haya algo más que le preocupe.

Cribb le miró ferozmente y luego sacó una hoja de papel doblada.

—Esto fue entregado en la comisaría de policía de Stones End esta mañana.

Thackeray desdobló el papel, un ajado cartel del Grampian en la calle Blackfriars. Había una relación de veinte números o más, y ninguno que se distinguiera, por lo que él podía ver.

—¿Ve usted los círculos? —preguntó Cribb.

Examinó de nuevo el cartel. El segundo número de la lista era «Cuchillo Reluciente, ¡sensacional lanzador de machetes piel roja!». «Sensacional» estaba subrayado en tinta negra. Más abajo, la palabra «Tragedia» también estaba marcada de forma similar con referencia a «Jason Buckmaster, actor trágico y retórico». Un tercer círculo había sido trazado alrededor de las palabras «Esta noche», que aparecían con un tipo de letra muy adornado al pie de la hoja.

Thackeray pronunció las palabras en voz alta.

—Suen a baladronada, sargento. Este tío es un loco, seguro. ¿Qué hacemos?

—Podría ser sólo un chiflado —dijo Cribb—, pero no me puedo arriesgar. Todo está siendo revisado en el teatro, como medida de seguridad, y usted y yo, y cuatro policías de paisano de Stones End estaremos allí esta noche para vigilar cada movimiento en el escenario, desde la acróbata voladora japonesa hasta la bailarina transformista. Pero ahora mismo vamos a ir a ver a ese hombre que está en Newgate, si cree usted que nos enfrentamos a un nuevo caso, desde luego.

Thackeray hojeó de nuevo los informes, intentando establecer una conexión entre ellos. Cosas raras sucedían en el teatro, extrañas coincidencias. Se rascó la barba.

—Estará usted libre de todo servicio en la calle Paradise —le prometió Cribb.

—¿Y de las clases, sargento?

Cribb le guiñó un ojo y poco después dejaban juntos Scotland Yard.

Los dos detectives, bien enfundados en sus largos abrigos y con sombreros de hongo, vieron cómo el autobús se alejaba en dirección a Cheapside. Luego cruzaron la calle Newgate hasta la esquina del Old Bailey, demasiado ocupados en buscar un camino entre los copiosos excrementos de caballo como para prestar atención al sombrío exterior de la prisión.

—¿Ha estado usted dentro anteriormente, agente?

—No, mi sargento.

—Encontrará usted que estas paredes son como una sombrerera, todo para impresionar. Por dentro está construido como cualquiera de los hospitales londinenses. No es a los internos a los que se pretende impresionar, ¿sabe? Es a los semejantes de aquel pasante de abogado de allá, que tiembla con la sola mención de Newgate. Todo lo que ve es una fortaleza con muros de doce metros de altura. Es una forma fantástica de conseguir que un hombre siga siendo honrado.

Thackeray contempló la inexorable fachada de rústicos bloques de piedra y huecos y recordó un crudo lunes por la mañana, quince años antes, cuando el deber le llevó a esa misma calle. Había sido obstruida por una multitud de veinte mil personas y él había permanecido entre ellas desde las primeras luces del alba hasta que las campanas del Santo Sepulcro dieron las ocho en punto.

—¡Descúbranse! ¡Abajo, de frente! —se había oído gritar mientras el condenado era escoltado hasta el patíbulo desde una puerta en la pared de la prisión.

Los tiempos habían cambiado, las ejecuciones públicas habían sido suspendidas desde hacía más de doce años y ahora Newgate era una sombrerera para el sargento Cribb. Pero aquella puerta seguía allí.

—Esto será una visita rutinaria —explicó Cribb según se acercaban a la casa del alcaide de la prisión—. Me he ofrecido voluntario por los dos para un servicio de identificación. Los únicos prisioneros de Newgate son ahora presos preventivos o en espera de juicio. Tenemos que reconocerlos por si han tenido condenas previas. En rigor, es un trabajo de sargento, pero no hay muchos sargentos con un ojo como el suyo para detectar presidiarios.

Thackeray se sintió halagado. Los sargentos se quejaban a menudo de lo pesadas que eran las tareas de identificación en Newgate y en Clerkenwell. Pero había que oír lo que fanfarroneaban cuando reconocían a un antiguo presidiario. A los de menor rango se les hacía creer que sólo los sargentos eran capaces de tales hazañas de reconocimiento.

—Necesitará usted su identificación —le advirtió Cribb mientras llamaba a la puerta de la oficina del alcaide.

Les abrió un uniformado oficial de prisiones, que echó un vistazo formal a sus papeles y les dejó pasar. Esperaron dentro con un funcionario que les miró con insistencia y luego volvió a su trabajo de cerrar sobres. Por encima

de él había un reloj de pared de un modelo puesto en circulación y retirado por el Ministerio del Interior en la década anterior y que, de vez en cuando, hacía tictac con un cierto ruido.

A los pocos minutos volvió el oficial con dos ayudantes uniformados de negro.

—Los guardianes Rose y Whittle les acompañarán, señores. ¿Quieren firmar primero en el registro, por favor?

Después fueron escoltados a través de la entrada, que servía de macabro museo, con máscaras mortuorias de algunos de los huéspedes más tristemente célebres de Newgate y con una exposición mural de grilletes. Un carcelero abrió una puerta de roble tachonada y fueron conducidos por una escalera con peldaños de piedra hacia un pasadizo cavernoso que Thackeray estimó iba paralelo al Old Bailey. Delante de ellos se oía el eco de sus pasos.

Los guardianes, habituados a este ritual que tenía lugar con distintos policías y oficiales de prisiones tres veces por semana, eran poco propicios a hablar. Andaban unos cuantos pasos por delante de los detectives, abriendo puertas a intervalos frecuentes y cerrándolas de un portazo cuando el grupo ya había pasado. Una o dos veces encontraron en el muro izquierdo una ventana con rejas, a través de la cual Thackeray vio patios empedrados y, más allá, los grises muros del bloque principal de la prisión.

—Hace diez años se nos dijo que esta función podría terminar —explicó Cribb—, Acta para la Prevención del Crimen, 1871. ¡La fotografía!, dijeron. Esa es la forma de descubrir a un criminal. Se instala a todo maldito criminal en un estudio como un marajá y se le inmortaliza de medio perfil. ¡Bravo por la ciencia! ¿Y qué sucedió?

—Costaba demasiado —dijo Thackeray.

—Pues sí. En su entusiasmo, el Ministro del Interior no había hecho los cálculos. En nada, la fotografía se limitó a los convictos y criminales habituales, y ahora se necesita hacer una solicitud especial al alcaide para poder llevar una cámara a cualquier sitio que esté cerca de un presidiario. ¡Es el progreso, Thackeray! Por eso, tres veces por semana, los caballeros de Clerkenwell y de Newgate enseñan todavía sus preciosos alias a la ley, y la ley se rasca la cabeza y recorre su inventario de ojos, bocas y narices e intenta descubrir a sus viejos conocidos. Parece un juego de salón y no está tan lejos de serlo.

Un aburrido carcelero abrió otra puerta. Salieron parpadeando a la luz del día y cruzaron un patio de ejercicios desierto, en el que se veía una huella circular de pavimento pulido, gastado por generaciones de botas arrastradas. Los muros que rodeaban el patio parecían imponentes e imposibles de escalar, pero como precaución había púas de hierro que se proyectaban desde arriba hacia el interior.

Los guardianes se aproximaron al edificio por el final del patio, subieron los peldaños de piedra y llamaron a la puerta. Antes de unirse a ellos, Cribb llamó la atención de Thackeray hacia el gigantesco artilugio, parecido a un

tambor, construido en la parte superior del bloque.

—Es un abanico giratorio, —explicó—. Lo puso ahí el señor Howard, el reformador. Ventila todo el interior de la prisión.

Sus ojos recorrieron la altura del edificio.

—No hay muchas ventanas, ya ve.

Una vez finalizado el desatracar y abrir puertas, subieron por unos estrechos peldaños de piedra y fueron saludados inesperadamente desde arriba con un: «¡Maldita sea mi estampa!, ¡si es el sargento Cribb!», pronunciado por un guardia de uniforme con un estilo y una presencia que sólo necesitaban una hilera de medallas y un galón de oro para ser dignos del portero del Café Royal.

—¡Cyril Blade! —exclamó Cribb—. ¿Dónde nos vimos por última vez? No me lo digas. —Chasqueó los dedos—, ¡Ya lo tengo! En Holloway, hace dos años.

Se volvió hacia Thackeray:

—Si cree usted que Irving tiene voz, escuche esto. ¿Qué inscribieron en la primera piedra de Holloway, Cyril?

El señor Blade inspiró profundamente:

—Que el Señor guarde a la ciudad de Londres y haga de este lugar el terror de los malhechores.

—Convincente, ¿eh? —dijo Cribb, gozando de la representación—. No hay rutina aquí, ¿eh Cyril?, pero tus cualidades vocales se desperdician.

El señor Blade no estuvo de acuerdo.

—Aún tengo en la cabeza el sonido de aquel condenado rasca-espinillas, sargento. Es desusadamente cruel el someter el oído de un hombre a ese ruido doce horas diarias. Finalmente pedí que me trasladaran al cobertizo de la estopa, pero me enviaron aquí. ¡Y la impresión que me llevé, sargento!

—¿No es tan duro como Holloway? —preguntó Cribb.

El señor Blade apretó el puño elocuentemente.

—Éste es un hogar mejor que el que me dio mi madre, sargento. Aquí están en jauja. Se lo digo yo, en jauja.

—Deberían estarlo, Cyril. Todavía no están condenados. ¿Están ya en fila?

—¡Como una guardia de honor!

—Bien. Veamos a quién tienes.

El señor Blade les condujo por una puerta abierta, hacia una habitación encalada del tamaño y de la forma de una sala de hospital. La diferencia estaba en la disposición de las camas: había literas en filas de a cinco distribuidas de la cabeza a los pies a lo largo de toda la pared que tenían delante. Una hilera de mesas de pino muy bien pulidas, con sus bancos, había sido empujada contra la pared paralela para dejar sitio para la inspección.

Thackeray se dio cuenta con recelo de que los ciento veinte prisioneros que formaban delante de ellos en tres inmóviles filas debían de haber oído todo lo que se había dicho. Estaban clasificados por tamaños y separados con

precisión militar, pero el uniforme estropeaba el efecto: cada uno llevaba la ropa con la que había sido llevado a Newgate, de forma que un chaquetón estaba entre una grasienta chaqueta corta y otra de algodón basto, y bien calzados botines se alineaban con zuecos y pies descalzos. Sin embargo, había una cierta uniformidad en los ojos de los prisioneros, una vidriosa indiferencia, un sopor que los había brutalizado a todos, excepto a un puñado.

—Todos suyos, sargento —dijo Cyril ampulosamente. La mayor formación de pájaros de alivio en Londres, después de la del Lord Mayor. Ladrones de cajas fuertes, estafadores, carteristas, atracadores, asesinos y unos cuantos dudosos que tanto pueden ser honrados caballeros como rufianes. Échenles un buen vistazo, y si no pueden ustedes encontrar a dos o tres que conozcan, que el Señor les bendiga.

Mientras Cribb empezaba por la primera fila, el señor Blade confió a Thackeray:

—Es un tío muy entendido, ese sargento Cribb.

Thackeray fue detrás de Cribb, consciente de que la inspección no era el principal propósito de la visita. El sargento se paró brevemente tres veces, interrogando a los hombres a quienes conocía lo bastante como para nombrarlos. Satisfecho, completó la formalidad y le dio las gracias al señor Blade, añadiendo en voz baja:

—Hay que vigilar al cliente pelirrojo de la última fila. ¿Cómo dice que se llama?

—¿El alto? Ése es Percy Crichton-Jones. Llegó esta mañana.

—¿Se llama así ahora? Apostaría una guinea contra un chelín a que es Albert Figg, y si lo es, empleará el truco de las tres cartas antes de que se apague la luz esta noche. No hay un tipo más elegante en Londres. ¿Llegó alguien más esta semana?

El señor Blade examinó su pelotón con voz de revista:

—Esos dos de la primera fila, que vengan juntos: el carterista y su reclamo. El cuarto de la segunda fila es el asesino de Bethnal Green. El que mueve la cabeza... ¡quieto ahí...! es un condenado mago. Tenemos que vigilarle muy bien en el patio por si el maricón vuela por encima del muro.

—¿Un mago?, ¿cómo se llama?, ¿Woolston?

—Creo que sí, sargento, aunque su nombre artístico...

—Quiero hablar con él.

—¿Sí? —El señor Blade, aunque no había necesidad, levantó la voz—. ¡Woolston! ¡Dos pasos adelante, marche!

—En privado —dijo Cribb.

—Tendrán una celda para ustedes solos, sargento. ¡Woolston! Venga aquí en seguida y sígame. Y si alguien mueve un solo músculo...

Cribb siguió educadamente detrás de Woolston, y Thackeray detrás de Cribb, dejando a los guardianes Rose y Whittle frente a las filas. El cuarteto siguió a lo largo de la sala hasta un pasillo estrecho flanqueado por las

puertas abiertas de una docena de celdas pequeñas.

—Ésta —indicó el señor Blade—, Siéntese aquí sargento. Iré a por otra silla para su compañero.

Cuando Thackeray se hubo sentado, el carcelero dirigió a Woolston una mirada amenazadora y añadió:

—Les dejaré con él, caballeros. Si diese algún problema, estaré cerca.

La potencial fuente de problemas estaba de pie delante de ellos vestido con frac y una corbata que una vez fue blanca, con una expresión de pacífica perplejidad en su rostro. Un hombre pequeño en todos los sentidos: era imposible imaginárselo haciendo milagros en el Royal, a pesar de su traje de ilusionista. Posiblemente la magia de la luz de calcio podría transformarle, pero con la violenta iluminación de una celda encalada aparecía pálido, con las mejillas aplastadas y tan misterioso como pueda serlo un suelo de asfalto.

—Levántese, Thackeray —ordenó Cribb—. El señor Woolston necesita la silla más que usted.

El prisionero dio las gracias a Thackeray con voz débil y se sentó frente a Cribb al otro lado de una pequeña mesa de bisagra sostenida, a la manera de un puente levadizo, por dos cadenas sujetas a la pared. La impedimenta de la vida carcelaria: la Biblia, el libro de oraciones y el libro de himnos, lámpara de gas, palangana, jarra, cuenco de hojalata y cuchara de madera, estaba colocada en los estantes a su alrededor. Con alguna dificultad, Thackeray consiguió una cómoda postura de pie, al final de la celda.

—¡Tenga cuidado con el codo! —le advirtió Cribb—, si se desarregla la ropa de la cama, el señor Woolston tendrá que tomarse el trabajo de volverla a doblar.

Thackeray retiró bruscamente su brazo de un montón en el que estaban doblados el colchón, la estera y unas mantas. Las camas de las celdas en Newgate eran como hamacas suspendidas entre las anillas sujetas a las paredes. Los guardianes se preocupaban mucho de que las camas fuesen descolgadas cada mañana y dobladas de la única forma aceptable: cuadrada como los sellos de correos y con las correas y los ganchos dispuestos «al estilo de Newgate». Esta y otras indicaciones prácticas sobre la vida en la prisión estaban explicadas detrás de la puerta, en el Código de Disciplina del Oficial de Justicia.

—¿Duerme usted aquí? —preguntó Cribb sin demasiado interés.

Desde luego, no se puede empezar una conversación con un prisionero hablándole del tiempo.

—No, en la sala. Pasé aquí la primera noche, pero cogí frío. Se está más caliente allí con los demás.

—Aquí en el Código pone que puede usted regular la temperatura de su celda.

—Sí —dijo Woolston—, Con el ventilador que está a su izquierda. Se consiguen tres tipos de temperatura: frío, muy frío y ¿quién se anima a patinar?

La jerga del music hall, sin alegría y sin expresión motivó en Cribb una oportuna sonrisa. Hubo un momentáneo parpadeo de agradecimiento en los ojos de Woolston.

—Ahora escúcheme —dijo Cribb una vez finalizadas las formalidades—. Soy un detective, aunque eso no debe preocuparle.

Woolston sacudió la cabeza.

—No sirve. Les he dado todo el dinero que traje a los carceleros.

—¡Maldita sea, hombre!, no le estoy pidiendo que me soborne —exclamó Cribb—, Quiero que me diga usted lo que le trajo aquí.

—Una furgoneta de la policía.

Había respondido cruelmente de entrada y la conversación se estaba convirtiendo rápidamente en un doble acto.

—Muy bien —dijo Cribb—, Empecemos de nuevo. No creo que sea usted un pájaro de penitenciaría.

Woolston volvió sus ojos a la pared, como una vaca sin interés por las atenciones de su ordeñador.

—¡Ponga las manos sobre la mesa! —le ordenó Cribb—, El prisionero obedeció, condicionado a responder cuando se le dirigían en aquel tono. Thackeray se quedó perplejo.

—Bonitas manos —continuó Cribb, manteniendo su genio bajo control—. Me atrevería a decir que hay pocos milagros que no pueda hacer usted manejándolas. ¿Cómo se llaman? Juegos de manos, ¿no? Me pregunto qué clase de juegos de manos hará usted en Wandsworth si le condenan. Se podría ver qué es capaz de hacer con una manivela, desde luego. La mayoría de los hombres consiguen unas cinco mil revoluciones por día, antes de que las ampollas les hagan reducir el ritmo. Después, les toca recoger estopa, para variar. ¡He ahí una ocupación para un hombre con dedos flexibles! Las ampollas que se le hagan en la sala de bombeo se curarán muy bien. Lo que se estropea en la barraca de la estopa son las uñas y las puntas de los dedos. Recuerdo un violinista que tocaba maravillosamente... recordaba a Paganini...

—¿Qué quiere usted saber, por el amor de Dios? —saltó Woolston.

Cribb cambió de rumbo al momento.

—¿Qué pasó con su truco en el Royal?

—Un puro y simple fallo mecánico —admitió Woolston—, ¿Lo ha visto usted alguna vez? Es una idea muy simple.

Como si se hubiera prendido una chispa, la vitalidad de Woolston se iba encendiendo según hablaba. Sus rasgos se animaron y su voz se volvió cálida y expresiva.

—La mujer de la caja, ya sabe. Se enseña a la audiencia una caja grande y vacía que se aguanta de pie, luego se invita a la bella ayudante a que se ponga de pie dentro de ella. En la caja hay aberturas arriba y abajo para su cuello y sus pies, de manera que los espectadores puedan estudiar sus reacciones. Se cierra la caja y se les enseña media docena de espadas afiladas

o más. Sólo con verlas ya se estremecen. Después se hunden vigorosamente a través de una serie de pequeños agujeros que hay en la tapa de la caja. Parece imposible que no se haya hecho daño a la ayudante porque una espada parece haber penetrado por su pecho, otra por su cintura, otra por la parte superior de sus piernas y así sucesivamente. Pero ella ni chilla ni da muestras de dolor alguno. Entonces se sacan las espadas y se abre la caja y ella sale tan exquisita como cuando entró. —Casi hizo una reverencia en la celda.

—Creo que ya lo he visto, sargento —dijo Thackeray.

—Seguramente, mi querido amigo —dijo Woolston, casi efusivo en su locuacidad—. No es original. Se lo he visto hacer al famoso Doctor Lynn y a John Nevil Maskelyne, pero ellos no utilizan mi método. Y, desde luego, hay decenas de actores de provincias que utilizan espadas de goma o chicas contorsionistas.

—¿De veras? —preguntó Cribb—. ¿Cuál es su método entonces? Tendrá que explicárselo al tribunal, así que también nos lo podría explicar a nosotros.

Woolston dudaba. A un ilusionista le gusta guardar para sí sus trucos, pero la lógica de Cribb era irresistible. Y tampoco se podía resistir a la invitación de exponer su genio.

—Bien, caballeros. El truco se hace de la siguiente manera: ustedes entienden que el público ve el rostro y los pies de mi ayudante y se imagina así que ésta ocupa la parte central de la caja, y también que su cuerpo está de frente y expuesto por tanto a las espadas que clavo por la parte delantera.

—Eso pensaría yo.

El prestidigitador se inclinó hacia adelante confidencialmente.

—Suponga ahora, sargento, que lo que usted piensa que son los pies de mi ayudante que sobresalen de la caja son solamente sus botas vacías. Ella ha sacado los pies de las botas, que son varios números mayores a propósito, y ahora puede mover su cuerpo libremente dentro de la caja. Sólo se trata de girar a la izquierda sin mover la cabeza, de forma que el cuerpo está de perfil, como si dijéramos, mientras la cabeza permanece de cara al público.

—¡Ingenioso! —exclamó Cribb.

—Sin embargo, el truco no consiste solamente en eso, —sonrió Woolston—. Si aparta usted, por favor, los codos de la mesa... —Cribb obedeció, medio acordándose de la promesa de ayuda del señor Blade, en caso de dificultades—. Ahora se lo demostraré, caballeros. Ven ustedes que esta mesa no es más que una tabla fijada a la pared con unas bisagras. Cuando está bajada, como ahora, forma una especie de repisa que soportan las dos cadenas, pero cuando la subo... así... se queda casi plana contra la pared. Incorporé esta idea tan simple a mi caja. Una vez fuera de las botas, mi ayudante soltaba una tabla secreta que había a su derecha. Giraba el cuerpo, pero no la cabeza, y se sentaba en el pequeño anaquel que quedaba. Ya comprenderán ustedes que cómodo no era, pero la sostenía para poder alzar

su cuerpo por encima de los puntos por los que penetraban las espadas. Cuando el número se terminaba y sacaba las espadas, era muy sencillo volver a colocar la tabla y deslizar los pies dentro de las botas. Entonces yo abría la caja y mostraba a la chica sana y salva. —Se enderezó la corbata de lazo.

—¡Maravilloso! —exclamó Thackeray.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Cribb.

Woolston sacudió la cabeza.

—La tabla se rompió en cuanto Lettice apoyó su peso en ella. La primera espada, por fortuna, no alcanzó su cuerpo, pero la segunda fue directa a la parte gruesa de su pierna, ya me comprende...

—¿Y ella no le avisó?

—Quizás lo intentó, sargento, pero es un momento de la actuación en el que ella se muestra alarmada mientras clavo las espadas. Si gritó, pude no haberla oído con el redoble del tambor que acompaña al clímax del truco. Claro está que me di cuenta de lo que ocurría cuando la segunda espada encontró resistencia dentro de la caja.

—Ya me lo imagino. ¿Y luego qué sucedió?

—Una confusión, sargento, una deplorable confusión. Corrieron la cortina y luego la recorrieron inmediatamente. Un policía subió al escenario y, de pronto, apareció un médico. Nadie se atrevía a abrir la caja por miedo a agravar la herida de Lettice. En mi angustia, no me di cuenta de que a todo el mundo menos a mí le parecía que la espada le había penetrado por el estómago. Pusimos la caja en posición horizontal y no se puede usted imaginar los gritos de los espectadores cuando una de las botas se soltó y cayó al escenario. Cómo se imaginaron que le había cortado la pierna, eso es algo que no puedo entender. Afortunadamente, alguien tuvo el buen juicio de bajar el telón y en seguida un cómico les hizo cantar canciones patrióticas mientras un carpintero aserraba la caja en la parte posterior del escenario. Se vio que Lettice tenía pinchada la pierna, y el doctor sacó la espada y se la llevó en un cupé al hospital de Charing Cross.

—¿Y entonces le arrestaron?

—¡Sí! —dijo Woolston con indignación—. En su estado, la desgraciada me guardaba rencor y me acusó varias veces de haber preparado deliberadamente la agresión. ¡Es totalmente absurdo! Pensaba que nadie lo creería. Esa muchacha no estaba en sus cabales.

—¿Hacía mucho que la conocía?

—Dieciocho meses —que es mucho para el teatro, sargento.

—¿Se habían peleado ustedes recientemente?

—¿Peledo? Bueno, casi peleado. Aquella noche habíamos tenido unas palabras, se podría decir.

—¿Sobre qué?

—Sobre su tipo, sargento. Le dije que estaba engordando demasiado, y así era, ¡maldita sea! Bombones y pan de jengibre, ¿sabe? No tiene sentido engordarse cuando uno tiene que estar en una caja intentando evitar ser

traspasado por media docena de espadas.

—¿Le molestó lo que le dijo sobre su figura?

—Sin entrar en detalles, le diré que sí. Pero, no obstante, yo tenía razón, ¿o no? Parece ser que estaba condenadamente gorda para la tabla secreta. Pero es raro. Yo hubiese creído que podría aguantar mucho más peso. Regularmente compruebo las bisagras y los soportes.

—¿Lo hizo aquella noche?

—Aquella noche no, sargento.

—Ya. ¿Cuánta gente conocía el secreto de su truco?

—Muy poca —dijo Woolston—. El carpintero que me lo hizo, uno o dos tramoyistas... y Lettice.

—¿Y la chica anterior a ella?

—¡Ah, sí!, Hetty. Y Patty antes que ella, ahora que usted lo dice.

Cribb suspiró.

—¿Examinó usted la tabla después del accidente?

—En la confusión, no.

—¡Lástima!

—No la podrá encontrar ahora, sargento. Ningún transpunte guarda madera inútil detrás del escenario. Todo el montaje debe de estar, a estas horas, convertido en leña para el fuego.

—Las pruebas no deberían ser destruidas —comentó Cribb—. Probablemente estará a salvo. ¿De qué se le acusó?

—De asalto. ¿No lo sabía? Pero se me dijo que se me imputarían otros cargos. ¡La condenada no está en peligro alguno!, ¿no? —añadió en un impulso.

—Creo que no —dijo Cribb. Estudió el rostro de Woolston.

—Usted no le habría querido hacer daño, ¿verdad?

El mago lo pensó.

—No en aquel momento ni en aquellas circunstancias.

Cribb arqueó una ceja.

—¿Quizás en otras circunstancias?

Woolston calló por un momento, desconfiando de una trampa.

—Escúcheme, sargento. Soy un ilusionista profesional, conocido en todos los teatros de variedades de Londres, y esa chica era una ayudante de primera, bien proporcionada, una maravillosa expresión doliente y unas piernas que no le importaba enseñar. Pero a una chica hay que entrenarla, y el entrenamiento es una cuestión de disciplina, como cualquier forma de instrucción. Si no hubiese sido por mí, ella seguiría de comparsa en el Alhambra cobrando diez chelines por semana y aceptando bebidas de los soldados entre baile y baile.

—Ella estaba en el ballet, ¿verdad?

—Hasta que yo la saqué de allí, sí. Tiene mucho que agradecerme. No escatimé horas para enseñarle a moverse dentro de aquella caja. ¡Horas, caballeros! —Miró con detenimiento a los que le escuchaban para ver algún

indicio de simpatía. Cribb permanecía inexpresivo y Thackeray simplemente consideraba que el meter a jóvenes en cajas no era trabajo alguno—. Al final —prosiguió Woolston sin alterarse— conocía los movimientos mejor que ningún paso de baile de los que había dado en su vida.

—Es una lástima que engordara —comentó Cribb, llevando la conversación al terreno que le interesaba.

—Pues sí. ¡Cabeza de chorlito!

—Y eso, ¿no pondría tan fuera de sí a un hombre de su dedicación que quisiera darle una buena lección?

—Sí, por Júpiter —exclamó Woolston entusiasmado—. Un rapapolvo no sirve de nada. —Después, sobreponiéndose, prosiguió—: Aunque no haría nada en el escenario. No pensará usted que yo arruinaría el número por una cerdita tonta que no puede mantener sus manos fuera de una caja de bombones.

—Lo que yo piense no tiene ninguna importancia —dijo Cribb, que había oído todo lo que quería—, pero le estoy agradecido por haber hablado tan llanamente.

Se puso en pie.

—Bien, Thackeray, no entretengamos más al señor Woolston. No soy un gran brujo, pero si mi nariz no me engaña, no lejos de aquí se está cociendo una cazuela de estofado de Newgate, y no pensaba quedarme a comer.

El sargento Cribb, con chistera y capa de Inverness, iba silbando una melodía de *music hall* al ritmo de medio galope del caballo de tiro por la calle Southwark, mientras que el agente Thackeray, igualmente deslumbrante a su lado, luchaba contra pensamientos de insubordinación. La asignación de un agente de policía para traje de calle era de un chelín por día, lo cual era a todas luces generoso, considerando que había largos intervalos de servicio uniformado. En efecto, el total de su asignación para este año debería haber sido cercano a las 10 libras reglamentarias de Cribb. Pero, en opinión de Thackeray, traje de calle significaba traje de calle. Cuando un hombre se gastaba una semana en un frac para ir de vez en cuando a ver un melodrama en el Lyceum, no esperaba que se le ordenase ponérselo para ir a un vulgar teatro de variedades. Scotland Yard podía poseer tu cuerpo y tu alma, pero era una libertad excesiva que considerase que también poseía tu mejor traje.

No se sentía reconfortado por el espectáculo de las masas dirigiéndose al Grampian. Cada sábado por la noche la plebe del sur de Londres se encontraba allí a centenares. En una noche húmeda como ésta, cuando se amontonaban bajo las farolas de gas, se podía ver perfectamente un nocivo vapor amarillo emanando de sus ropas. Estaba muy bien que Cribb hubiese hecho la noble promesa de sacar una entrada de palco, pero, ¿qué valía eso al lado de los empujones de un gabarrero de carbón con pantalones de pana, mientras uno luchaba por pasar a través del vestíbulo? Para Thackeray, en aquel momento, con su traje hecho a medida, era casi un motivo de renuncia.

A la entrada, que era un enorme pórtico corintio, totalmente escandaloso en la arquitectura de la calle Blackfriars, se tenía que pasar por entre una falange de vendedores antes de llegar, incluso, a alcanzar a la muchedumbre que luchaba por obtener entradas. Apenas había frenado el cochero cuando un muchacho descalzo se subió al estribo, abrió violentamente la puerta y pidió una propina. Detrás de él llegaron cerilleras y vendedores de nueces, pedigüños y un grupo de mujeres jóvenes que dieron a Thackeray motivo suficiente para arrestarlas al momento. En lugar de eso, afectó una estudiada indiferencia, acariciando su barba con indolencia, mientras Cribb pagaba el viaje.

Thackeray se abrió paso detrás de Cribb hacia la taquilla de primera clase, agarrando con fuerza el ala de su sombrero y sin atreverse a mirar lo que eso le costaba a su traje. El hedor de la multitud le hacía llorar los ojos, y estaba dispuesto a abandonar del todo al sargento si no podían coger un palco, donde el humo que subía desde las candilejas eliminaba normalmente todos los demás olores. Por fin, consiguieron llegar a un agujero que había en la pared y Cribb introdujo un florín. En el interior, una cara extrañamente iluminada se contrajo en una mueca. ¿Quizás a los dos caballeros les gustase

que, por una pequeña contribución, la dirección les consiguiese un par de preciosas compañeras para compartir el palco? Cribb se volvió y enarcó una ceja con malicia. Thackeray dijo que no con la cabeza tan violentamente, que sintió cómo se le caía el sombrero. Esperaba por Dios, que Cribb estuviese bromeando.

Tomando el disco de hojalata numerado que servía de entrada, una vieja, la acomodadora, les acompañó por un pasillo oscuro, no muy distinto a los de Newgate, salvo que en éste había a cada lado jóvenes señoritas sin acompañante. Los detectives siguieron adelante con resolución, mientras sus pies crujían sobre una alfombra de cáscaras de nueces y avellanas. Subieron algunos peldaños, pagaron a la vieja lo que debían y entraron a su palco.

—¡He aquí una conocida gran escena! —dijo Cribb con franco entusiasmo.

Desde su palco, unos tres metros por encima del nivel del escenario y construido de hecho sobre el proscenio, se veía toda la platea, brillantemente iluminada por seis enormes quemadores totalmente encendidos. Nueve hileras de mesas se extendían desde el foso de la orquesta, a lo largo del suelo de arena, hasta las sombras y el humo de debajo del anfiteatro. Allí se sentaban a cientos tenderos y dependientes con camisas blancas como la nieve y con trajes de etiqueta y chalecos cortados sin cuidado, llevando sobresalientes pañuelos carmesí; la gente bien de Southwark esa noche, por dos chelines y el precio de una flor de ojal. Un griterío de buen humor producido por la ginebra recorría las mesas, interrumpido a veces por mordaces observaciones y gritos cuando alguien chafaba un sombrero de copa o descorchaba una botella. Señoras con los ojos pintados y fumando cigarrillos se sentaban codo con codo con esposas respetables y con niños con los ojos como platos. A intervalos, se oía el estribillo de alguna canción de *music hall* que se desvanecía en alguna parte de la sala al compás de los pies. A los lados del área donde había gente sentada, más allá de las barandas y de las zonas de paso, estaban las barras de cobre y peltre relucientes, con los surtidores de la cerveza pulidos y espejos dorados, en las que atareadísimos camareros urgían a las chicas que atendían en la barra a que despacharan deprisa sus pedidos. Incluso con las bandejas cargadas tenían que enfrentarse a la frustración de luchar por conseguir un pasillo entre el apiñamiento de los paseantes para poder llegar a las mesas.

Columnas corintias aparecían aquí y allá soportando el anfiteatro de a seis peniques, delante del cual había un ejército de querubines de yeso y dorados persiguiendo a rollizas ninfas por entre los quinqués de gas. Menos lujosamente, los clientes con sombrero hongo de más arriba estaban colocados en bancos sin cojines. En el gallinero de por encima, lo más barato, en el que había hasta un millar de personas apretujadas, pertenecientes a las órdenes menores, no había asientos, sólo barreras para prevenir un desastre.

—Mirándolo desde este punto de vista —comentó Thackeray—, estoy sumamente agradecido por no tener que actuar.

—Pues por un sueldo de diez libras o más, yo cantaré la mar de bien un

par de canciones —dijo Cribb—, Es más de lo que se lleva a casa el mismísimo Jefe de Policía. Dicen que la Chispa Vital, la señorita Jenny Hill, tiene un contrato por más de cincuenta a la semana.

—Creo que se ganan cada penique que cobran, sargento, corriendo por todo Londres en coches de alquiler para llegar a tres o cuatro teatros cada noche.

Cribb mostró su desacuerdo:

—Supongo que le va a usted mejor trotando por Bermondsey durante toda la noche por treinta y cinco chelines a la semana, después de treinta años de servicio.

La puerta de detrás de ellos se abrió, impidiendo la réplica de Thackeray.

—Aquí hay dos guapos caballeros que van a tener la suerte de probar uno de mis pasteles de riñón —dijo la mujer gorda—, ¿no quieren ustedes? Están calientes y recién hechos, se lo aseguro, caballeros. ¿No? Quizás quisieran que les fuese a por una bandeja de ostras y se las zampan con cerveza.

Cribb echó una mirada a Thackeray, quien sentía debilidad por las ostras.

—No con treinta y cinco chelines —dijo el policía con una sonrisa.

Abajo, la llegada de la orquesta fue saludada con silbidos y aclamaciones de los espectadores. Se bajaron los quemadores y las llamas altas y amarillentas de las candilejas vacilaron. El director se situó entre los instrumentistas y saludó con gran seriedad. Esto provocó una tormenta de insultos benévolo, que él sofocó prontamente con la obertura de *Carmen*.

Llegó un camarero al palco y le enviaron a por dos pintas de cervezas Bass, tipo East India.

—Pero no olvide ni por un momento que está usted de servicio —advirtió Cribb a Thackeray gritando para competir con la orquesta—. Al primer indicio de accidente, ya está usted bajando a ese escenario.

El policía asintió con la cabeza mirando a las tablas por encima del telón de boca. No era un cobarde, pero tenía la impresión de que ochenta kilos bajando tres metros por allí añadirían otro nombre a la lista de accidentados. Afortunadamente, los relieves de la parte delantera del palco sugerían un camino más seguro. Cogiéndose a un saliente que formaba el trasero respingón de un cupido podría llegar hasta la cortina del palco de más abajo y desde allí, si no cedía, deslizarse suavemente hasta el escenario.

—A veces hacen que parezca un accidente para que los espectadores se emocionen, mi sargento. Como cuando un artista se cae del trapecio y luego lo coge el compañero. No me gustaría meter...

—¿Qué me está usted diciendo? —bramó Cribb.

—No tiene importancia —respondió Thackeray filosóficamente.

La obertura finalizó con un fragor de platillos, y desde el anfiteatro, un rayo de luz de calcio iluminó una mesita de delante de la sala. El empresario, una mole de una obesidad increíble, se quitó el sombrero.

—¡En pie! —pidió la audiencia.

Meneó la cabeza. Su papada temblaba como un flan recién hecho.

—¡Arriba, arriba, arriba!

Imperturbable, encendió un puro y el cántico se convirtió en frenesí.

Puso las manos sobre el borde de la mesa, se inclinó lentamente hacia delante, se dobló, se estiró y luego se dejó caer sacudiendo la cabeza.

—¡Que el Señor te ampare, Billy! —gritó alguien—, ¡Ya no lo puedes hacer! —La mitad de la audiencia se partía de risa.

Tres golpes de maza de Billy restablecieron el orden.

—¡Cierren el pico! —les ordenó con voz que no permitía tonterías—, Y miren esto.

Entregó la maza y el puro a uno de los invitados a su mesa y otro de ellos la limpió de jarras. Concentrándose profundamente, Billy colocó las palmas de sus manos planas sobre la mesa como una médium, respiró hondo y empezó a mecerse lentamente hacia adelante desde el respaldo de su silla. Luego, con un resuelto gruñido, se proyectó bruscamente hacia adelante y se levantó de la silla. Se produjo un angustioso segundo de incertidumbre mientras sus brazos hacían el esfuerzo, antes de que sus piernas se enderezasen y se pusiera en pie, lanzando con sus ojillos una mirada de desprecio a los espectadores. Un aplauso atronador le devolvió el buen humor. Y de nuevo hizo sonar su maza.

—Bien, despiadada chusma, ya que estoy en pie, aprovecharé para informarles de lo que van a ver esta noche: Es un festival de maravillas, un cartel que conmoverá sus corazones y espoleará su imaginación al mismo tiempo. (Se oyeron gemidos exagerados de los habituales y chillidos de risas escandalizadas desde la parte de atrás de la platea.) Y no hay ni una palabra ni una escena que pueda ofender ni siquiera a las mujeres de mente más delicada de entre ustedes. («¡Lástima!») ¿De veras piensa usted eso, señora? Yo también. Venga a verme después de la función y remediaré esta deficiencia. («¡Uuy, uy, uuy!»), desde el gallinero.) Pero ahora, sin más, pasemos a la primera exquisitez de la noche. Recién llegada después de sus éxitos en el London Pavilion (un «¡Ohh!» respetuoso), el Metropolitan («¡Ooh!») y el Tívoli Garden, (un «¡Ahh!» prolongado y sugerente) está aquí para encantarles con sus canciones («¡Fantástico!») la señorita ¡Ellen Blake!

Una ráfaga de acordes de violín, los compases de *Fresca como el heno recién segado*, el irresistible tintineo de las anillas del telón, y la señorita Blake apareció con un largo vestido de satén, con anchas rayas blancas y lilas, con las palmas extendidas por la barandilla de seguridad y la cabeza echada hacia atrás para recoger la luz de las candilejas en el cuello y en la barbilla. Rebeldes mechones de cabello rubio revoloteaban contra su gorra en la salida del aire caliente.

El agente Thackeray se encontró imaginándose dando un espectacular salto para rescatarla.

—Es maravillosa, ¿verdad, sargento?

—Contrólese, hombre. ¡Dios mío, si está usted babeando!

—Es de la cerveza, sargento —protestó Thackeray, limpiándose la barba

con un gran pañuelo a cuadros.

Al inicio de la canción de la señorita Blake *Fresca como el heno recién segado*, pudo haberle faltado algo de entusiasmo, pero después, la rápida transición a *Paseo a la luz de la luna*, la ejecutó con indudable profesionalidad. Tenía una melodía más marcada e incluía unos cuantos pasitos a derecha e izquierda en los que la atención pasaba de su voz a su figura, para general satisfacción del público. Sin embargo, tenía que competir con bolsas de conversación de los gallineros y la patente falta de interés en algunas de las mesas. Y cuando se interpretaron los primeros compases de una tercera canción, se oyeron descarados gemidos.

—¡Domínesse, Thackeray, por el amor de Dios! —dijo Cribb—, Está usted más solemne que una lápida. Está teniendo muy buena audición. No hace muchos años que cubrían el foso de la orquesta con redes para protegerles de la fruta podrida que no alcanzaba a los malos intérpretes.

Los amagos de aplauso del final eran más de alivio que de entusiasmo, pero la señorita Blake parecía satisfecha; hizo reverencias, envió besos a alguien lo suficientemente entusiasta como para silbar y se retiró del escenario.

—Y ahora, para helar sus preciosos corazones —anunció el empresario desde su asiento— tenemos un visitante de las tierras vírgenes de Norteamérica. ¿Han oído ustedes hablar de Iawatha? Sí, amigos míos, es un auténtico Piel Roja. ¿Y cómo les parece que se llama? Agua Corriente no, a todos nos trae sin cuidado eso aquí. Tampoco Lobo Sangriento, ya hay suficientes por ahí. No, señoras, es el que hará latir sus corazones, el hombre de los machetes: Cuchillo Reluciente.

Hubo un chocar de platillos, el telón del foro fue levantado hasta las bambalinas, y los arcos, con juegos de cristales de colores accionados por un mecanismo de palanca, filtraban las llamas de las candilejas, para sumergir el escenario en un satánico color carmesí. Un piel roja saltarán, con un tomahawk en cada mano, dominaba el centro, dando alaridos y entonando cánticos. Al fondo del escenario había un tablón del tamaño de una puerta, que coronaba una cabeza esculpida como un tótem. El piel roja interrumpió momentáneamente su danza de guerra para lanzar un tomahawk en aquella dirección. Se clavó en la madera con un terrible golpe sordo. Los espectadores, al unísono, sofocaron un grito, mientras un segundo tomahawk se clavaba profundamente al lado del primero. Dando un chillido, el indio recuperó ambas armas y saltó en redondo para dar la cara al público. Thackeray se puso tenso. Cribb le cogió del brazo para contenerle.

Un redoble de tambores prometía nuevos horrores.

—¡Dios mío, sargento! ¡Mire allí!

Esperando fuera de la vista del resto de los espectadores, entre los bastidores de enfrente, había una mujer joven con mallas, un pequeño corpiño y un taparrabos. En su cabeza llevaba una única pluma vertical. El lanzador de machetes corrió hacia aquel lado del escenario, la agarró por la

muñeca y tiró de ella, que aparentaba luchar por escapar, hacia el tablón. Se escucharon gritos desde varios lugares de la sala.

—¡Prepárese! —exclamó Cribb—, ¡pero espere a que yo se lo diga!

Thackeray se inclinó hacia adelante, listo para un rápido movimiento, como el superviviente en un juego de sillas musicales. Abajo, en el escenario, la chica estaba siendo atada al tótem con una cuerda. El indio le dijo unas pocas palabras y luego retrocedió unos cuatro metros. Ella esperó, impotente, mientras comenzaba de nuevo el redoble de tambor.

—Todavía no —murmuró Cribb.

A los pies del indio había seis tomahawks, que centelleaban con la siniestra iluminación. Se inclinó para coger los dos primeros. Los tambores llegaron a su apogeo. Echó el brazo hacia atrás por detrás de su cabeza y con un grito diabólico lanzó el primer tomahawk. Dio en el tablón, vibrando, quince centímetros a la izquierda de la cintura de la chica.

—¡Uno! —gritaron los espectadores que podían hablar.

El segundo tomahawk igualó al primero, pero a la derecha.

—¡Dos!

Cogió dos más. El primero se acercó peligrosamente a la rodilla izquierda.

—¡Tres!

—¡Cuatro!

Y los dos últimos. Tenían que ir a dar a cada lado de la cabeza. El indio calculó la distancia, y lenta y amenazadoramente echó hacia atrás el arma. ¡Un alarido!

—¡Cinco! A cinco centímetros de la oreja.

Un último redoblar de tambores.

La hoja, arrojada violentamente, resplandeció en el vuelo.

—¡Seis! —gritaron con gran alivio, y lo coronaron con grandes aplausos y un pataleo.

—A veces lo vuelven a intentar con los ojos vendados —le sugirió Cribb a Thackeray, que estaba más blanco que la doncella india.

Después, ¡sorpresa!, volvió la luz normal y aparecieron dos inconfundibles artistas europeos quitándose las pelucas para recibir el aplauso de la arrobada audiencia.

—¡Una actuación magnífica! —dijo Cribb, aplaudiendo con energía.

—Me ha dejado como un vaso de cerveza desbravada.

Ya habían puesto un gran 3 en su sitio, en el marco que había a su derecha, en el que se ponía el orden de las actuaciones. Nadie parecía tener un programa y por tanto la información sólo era válida para el empresario.

—Si esta última actuación ha horrorizado demasiado a las señoras, tengo novedades que las tranquilizarán, chicas. Esta noche tenemos con nosotros a dos excepcionales guardianes de la paz. Sí, los chicos de azul están con nosotros esta noche...

—¡Caray, sargento, nos han descubierto!

—Calma, agente.

—...estos dos predilectos esbirros de la ley, ¡los agentes de policía Salt y Battree!

Habían bajado el telón de boca mientras lo anunciaban y ahora dos artistas vestidos de uniformados oficiales de policía iban marcando el paso hasta el centro del escenario, el segundo siguiendo ridículamente de cerca al primero. Presumiblemente habría un choque cuando parasen a mitad del escenario, recalcado por los platillos.

—¡El Señor nos guarde! —dijo Cribb—. ¡Una de esas locas actuaciones!

—¡Tengan cuidado! —gritaba uno de los artistas—, ¡Les estoy vigilando!

—Parodiar a la policía es una de las ocupaciones favoritas del imparcial público británico de a pie —refunfuñó Cribb.

Desde Grimaldi no ha habido una pantomima sin que haya un agente torpe y pies planos andando a trompicones con una ristra de salchichas. Y hay más polis en los teatros de variedades que en la policía metropolitana: Vance, Stead, Arthur Lloyd, Edward Marshall... hasta Gilbert y Sullivan lo hacen ahora. ¡Es un escándalo, eso es lo que es! Me parece que el Ministro del Interior quiere investigarlo.

El agente Salt cantaba:

Soy el hombre que lleva a la cárcel

Al que roba lo que no es suyo

Ya sabes que mi División es la X

Número noventa y dos.

Sonó un auténtico tableteo policial producido por ambos artistas, para delicia del público.

—Los podríamos detener por tener bienes de la policía, sargento —sugirió Thackeray.

—No es la noche adecuada —gruñó Cribb con el cuerpo doblado sobre la parte delantera del palco, con las manos en la cara y mirando la actuación por entre los dedos.

Comenzó otra canción:

Nos dieron un casco y un sobretodo

Y unos brazaletes para llevar sobre nuestra manga

Y también una bonita chaqueta

De azul de reglamento

Pero ahora que hemos hecho sonar nuestras matracas

Nos queremos ir

Todos juntos ahora,

Pero ahora que hemos hecho sonar nuestras matracas

Nos queremos ir.

—¡Qué vergüenza! —dijo Cribb.

—¡Tengan cuidado! —gritó el agente de policía Battree—. Les estoy vigilando.

—Estos bufones ganan más por cinco minutos de esta basura de lo que ganaríamos usted y yo por una ronda de una semana —siguió el sargento—.

Y aquí estamos, protegiéndoles. Si atacan a este par, usted y yo bajaremos al escenario por el camino más largo, Thackeray.

Silbidos del público recibieron a una bonita mujer joven que se había unido a los policías en el escenario. Su ropa era algo exagerada, pero era su forma de andar, caracterizada por una singular movilidad en la zona de las caderas, la que no dejaba lugar a dudas sobre a qué clase de persona representaba. Después de mirar atrás varias veces en forma exagerada, los agentes de policía Salt y Battree comenzaron su estribillo final:

Pobres pies

Haciendo rondas

Persiguiendo el cumplimiento de la ley

Pero te guiñan un ojo maliciosamente

Y te ofrecen una bebida

Y eso evita que te duelan los pies

Ahora otra vez. ¡Y eso evita que te duelan los pies!

Luego, moviendo la cabeza exageradamente y señalando, para que el público no tuviese dudas acerca de sus intenciones, se fueron corriendo en busca de su ayudante, para volver poco después con ella a saludar.

—Al menos no hemos tenido que acudir en su ayuda —dijo Thackeray, consciente de lo furioso que estaba Cribb en su silencio.

—Si alguna vez me los encuentro estando de servicio, necesitarán ayuda.

Bajó el telón y la luz de calcio volvió a la mesa del empresario.

—Y ahora, amigos míos, después de ese espectáculo poco frecuente, como la templanza no es una de mis virtudes, me voy a tomar un trago de espumoso, generosamente ofrecido por la mesa a mi derecha. El espectáculo sigue con una formidable exhibición de fuerza masculina del rey de los forzudos, el Hércules de Rotherhithe, ¡el gran Albert!

Los accesorios de Albert eran hasta el momento los más interesantes. Estaba de pie, como un excéntrico vendedor ambulante, detrás de una plataforma sobre ruedas que presentaba una extraordinaria colección de objetos amontonados sobre ella: libros, ropa doblada, el pedestal de una estatua, un sombrero de copa, banderas, un cesto de picnic, y tres pares de pesas. Con un gesto de la cabeza al director de la orquesta, una entrada para el coro de Anvil, Albert se subió a la plataforma y se quedó de pie con las piernas separadas, el pecho hinchado y la cabeza de perfil al público; luego, apretó las manos de forma que sus bíceps se hincharon como hurones en un saco. Llevaba un traje de una sola pieza, del tipo introducido por Leotard, el primer Joven Osado del Trapecio Volador. Un aplauso generoso saludó su exhibición de musculatura, y Albert se subió a su pedestal, se inclinó hacia delante, colocó cuidadosamente sus piernas y tomó la clásica postura del discóbolo.

—*Pose Plastique* —explicó Cribb con autoridad—. Este hombre tiene un bello cuerpo. Lástima de bigote, no me parece de la antigua Grecia.

Albert se bajó y procedió a una serie de levantamientos con las pesas,

acompañado por acordes intermitentes del cobre y exhortaciones del gallinero. Justo cuando el interés amenazaba con enfriarse, fue introducida una novedad en la persona de una mujer de cara colorada y extremadamente maciza, que llevaba una túnica blanca y un sombrero con plumas de avestruz rojas, blancas y azules.

—¡Caray! —gritó alguien desde el gallinero—, aléjese de Albert, señora. Lo quebrará.

La contribución de la señora a la actuación quedó pronto clara, sin embargo. Mientras Albert se agachaba detrás de la plataforma para cambiarse de ropa, ella hizo una reverencia e hizo el anuncio siguiente:

—Ahora, señoras y señores, como tributo al miembro más distinguido de nuestra raza, mi hijo Albert hará su representación única del bardo: ¡Shakespeare!

Y allí, apoyado contra su pedestal en la postura del monumento de la abadía de Westminster, estaba Albert, con las piernas cruzadas, un brazo reposando en un montón de volúmenes que había sobre el pedestal y el otro portando un pergamino desenrollado. Llevaba calzones, jubón y capa y una falsa barba. Cuando el impacto de este cuadro hubo sido enteramente apreciado, puso ambas manos en el borde del pedestal y elegantemente se dio la vuelta poniéndose despacio sobre sus manos. La capa cayó con elegancia por detrás del pedestal. Luego hubo un redoble de tambores y a un poderoso gesto del brazo derecho de su madre, Albert quitó una de las manos del plinto y se quedó en equilibrio sobre la otra. El público rompió en aplausos. Los teatros como el Drury Lane y el Lyceum podrían tener su Shakespeare, pero sólo el Grampian lo tenía cabeza abajo ¡y sobre una mano!

—Por un momento me preocupó —admitió Cribb, cuando el forzado se hubo puesto en pie—. Tenía todos los elementos para un desagradable pequeño accidente. ¿Qué hacen ahora?

Albert había desaparecido detrás de la plataforma para otro cambio de traje mientras su madre ocupaba el centro del escenario con una bandera del Reino Unido. Al son de una tonada patriótica, empezó a cantar con potente voz de contralto:

*¡Sobre el poderoso mundo, desplegada por los hijos de la Gran
Bretaña*

La bandera roja y blanca y azul!

*Pero arrastrarla por el lodo parece ahora el único deseo de
Gladstone y su banda*

Sin inmutarse por la mediocre recepción que tuvo, siguió:

¡Oh Inglaterra, ¿quién te guardará de la vergüenza?

¿Y quién salvará a tus hijos e hijas?

Pero abrigamos en nuestros corazones ese nombre inmortal

¡Lord Beaconsfield, ahora yacente en su tumba!

—Señoras y señores, mi hijo Albert representa ahora ¡la grandeza de Gran Bretaña y su Imperio!

Desde la peligrosa área de la controversia política, la luz de calcio volvió oportunamente a Albert, que estaba sobre la plataforma en la que no quedaban ya más que unas enormes pesas y la cesta de picnic. Estaba convincentemente disfrazado de John Bull. Un portentoso rasgueo de cuerdas procedente del foso de la orquesta prometía algo todavía más espectacular que Shakespeare cabeza abajo.

John Bull se escupió en ambas manos y se agachó para coger las pesas mientras el redoble de tambores aumentaba el volumen lentamente. Se preparó, se estiró y empezó a levantarlas con las venas hinchadas por el esfuerzo. La barra se dobló en forma impresionante según tomaba el peso de las macizas bolas de hierro. Las levantó hasta las rodillas. Hasta las caderas. Hasta la bandera del Reino Unido que llevaba en el pecho. Hasta su barbilla. Hasta su chistera. Finalmente, el levantamiento fue completo, con los brazos completamente extendidos por encima de su cabeza y vibrándole las piernas por el colosal esfuerzo.

Ahora se explicaba el papel de la cesta de picnic. Mientras Albert mantenía bravamente esta postura, su madre comenzó a levantar la tapa de la cesta.

—¡Qué idea molestar en atarlo, sargento! —murmuró Thackeray—, El pobre tipo tiene que estar aguantando todo eso por encima de su cabeza mientras ella... ¡Dios mío!

Un segundo de acción transformó la escena. Del cesto salió con dificultad un gran bulldog blanco con una bandera del Reino Unido atada al cuerpo. Gruñendo ferozmente hundió sus dientes en la más cercana de las temblorosas pantorrillas de Albert. Su alarido de dolor retumbó por todo el teatro, incluso después del estrépito de las pesas al caer directamente a través de la plataforma. El hombre y el perro, todavía unidos, desaparecieron en una montaña de madera hecha astillas.

—¡Esto es, Thackeray! —gritó Cribb—, ¡Coja al perro!

Thackeray no pudo recordar después si había utilizado el camino que había pensado; su descenso fueron cuatro segundos de confusión, a tientas entre dorados pechos y traseros y cortinas rasgadas. Pero su presentación en el escenario fue impecable. El gran Irving no podría haberse movido con más rapidez hasta la golpeada estructura en el centro del escenario, apartado escombros con más vigor o agarrado el collar del perro con más resolución. Tan sorprendido se quedó el animal que aflojó su presa y se encontró a sí mismo izado por el collar, desconcertado y encerrado de golpe en la cesta antes de poder proferir otro gruñido.

Los agentes Salt y Battree, en servicio especial, cantaban a coro:

Al sargento le gusta buscar

Anarquistas y espías

Al final de las escaleras del sótano mientras la cocinera

Cuece al horno sus empanadas de conejo.

En la mejor de las tradiciones teatrales, se habían prestado voluntarios para volver a las candilejas y distraer al público mientras se restablecía el orden entre bastidores. Por eso, delante del telón de boca con paisaje montañoso bajado a toda prisa, marcaban el compás con las porras cantando alegremente la vida en el Cuerpo.

Al otro lado del telón, el gran Albert yacía entre las ruinas de su estrado profiriendo quejidos que llegaban al corazón. Alrededor de él había un grupo de interesados, con los que se podía contar para representar a cualquier infortunado, desde un niño perdido hasta un coche de caballos roto.

—Los animales en el escenario son siempre la cosa más próxima al desastre —informaba al grupo un fumador de puros bajito, vestido de etiqueta. Era, evidentemente, el director de escena—. He tenido aquí de todo: perros, monos, muías y crías de elefante. Totalmente dóciles fuera de escena. Ponlos frente al público y los problemas serán interminables. Si no te muerden son capaces de tirar abajo el decorado, y si no lo hacen, tienen maneras de llamar la atención sobre sí mismos en las que no voy a entrar. No se creería usted los trabajos que les he tenido que pedir a mis tramoyistas que hicieran.

—Pues ahora mismo puede usted pedirles que levanten las maderas que este pobre tipo tiene encima —espetó el sargento Cribb—. ¿Dónde está el botiquín? Necesitará cuidados.

—Baje usted la voz, señor —le pidió el director—. No hay necesidad de perder la calma. Aquí somos profesionales.

—El botiquín —susurró Cribb.

—Sí... Ahora no estoy totalmente seguro de dónde... No importa. ¡Ustedes, los de accesorios de ahí! Empiecen quitando estos listones, ¿quieren? Posiblemente necesitarán herramientas de la carpintería. Y usted, el del chaleco púrpura, vaya rápido a por sal al bar más próximo. Bañaremos la pierna en sal en cuanto hayamos despejado el escenario. ¿Se encuentra usted bien, Albert?

Un sonoro quejido desde el medio de los escombros provocó pesimistas movimientos de cabeza entre el grupo de rescate. Murmullos de preocupación se levantaron en las filas de atrás, porque la mayor parte de la compañía había abandonado los vestuarios al primer grito de dolor de Albert, y ahora andaban por el escenario con lo que llevaban (o no llevaban) en el momento de la crisis. El agente Thackeray, sentado en la cesta que contenía al bulldog, había prestado toda su atención a sujetar las correas con

seguridad. Era confusamente consciente de que había un grupo apiñado cerca de él, pero no de que fuesen chicas de ballet. Cuando levantó la cabeza estaba a menos de un metro de una zona normalmente oculta por un tutú. ¡Un verdadero ultraje a la decencia! Bajó la cabeza al instante, como un gabarrero que acabara de ver un puente bajo. Después, gradualmente, y estrictamente por cumplir su deber, dominó su molestia y levantó los ojos.

Entonces llegó alguien con una palanca. Hubo una repentina confusión, y la intervención de una joven vestida de lila y blanco que gritaba con voz aguda: «¡No se atreva a acercarse a Albert con eso!», alarmó tanto al hombre que dejó caer la herramienta con estrépito. El perro ladró ruidosamente dentro del cesto, y el público, que no veía, estalló en carcajadas.

—¡Tengan cuidado! —gritó el ingenioso agente de policía Battree—, ¡les estoy vigilando!

La protectora de Albert era la señorita Ellen Blake, la que actuaba en el primer número de la noche. Se agachó de una forma singularmente conmovedora por encima de la plataforma hecha añicos y metió su reconfortante mano por un agujero lateral. La retiró inmediatamente con un grito de horror.

—¡Su brazo, está mortalmente frío!

—Si se levanta usted, señorita, y mira por aquí —le sugirió Cribb—, verá que su cabeza está al otro lado. Ha puesto usted su mano justamente en el travesaño de las pesas de Albert. Ahora retírese y deje que lo saquemos.

Dos tabloncillos más fueron levantados con una palanca. Cribb tomó prestada una lámpara y se asomó con aires de egiptólogo que descubre su primera momia.

—No está malherido. Dos tabloncillos más y le podremos arrastrar hasta este extremo.

La señorita Blake se acercó de nuevo y, para alivio de todos, una pálida mano salió de dentro al encuentro de la suya.

—¡Bueno, ya ha pasado todo! —anunció el director dando una palmada—. Todo el mundo a los vestuarios excepto los llamados a escena para dentro de diez minutos. La representación sigue como estaba anunciada. —Añadió—: Más vale que nos demos prisa, no deben quedar muchas canciones de policías.

Cribb miró las gigantescas sombras danzantes de Salt y Battree proyectándose a través del telón.

—No les haría daño a esos dos coger al pájaro. De todos modos, ¡vaya una pobre imitación que hacen de la policía!

El director chasqueó los dedos.

—Digo, ¿ustedes no son...? Pensé que tenían aire de autoridad. ¿Cómo es que ustedes estaban...?

—No importa —contestó Cribb—, ¿Dónde podemos llevar a Albert?

—La sala de accesorios es la más cercana.

—Muy bien.

Todavía apretando la mano de la señorita Blake mientras ésta andaba a su lado, Albert fue llevado fuera del escenario y depositado en una polvorienta tumbona de la sala de accesorios.

Thackeray les siguió, arrastrando el cesto con su gruñón ocupante.

—¿Tiene que estar aquí ese animal? —fueron las primeras palabras comprensibles de Albert.

—El perro es la prueba, ¡maldita sea! Un auténtico investigador nunca deja la prueba fuera de su vista. ¡No se puede confiar en nadie! —dijo un nuevo hablante desde la puerta de entrada que había detrás. Era el tramoyista del chaleco color púrpura que había ido a por sal; un hombre de poca envergadura y de piel tersa y juvenil bastante eclipsada por unos fieros ojos azules, bajo un mechón de erizado cabello gris.

—Ha habido una desacostumbrada demanda de empanadas y patatas al horno esta noche en la sala y la sal es tan escasa allí como las mujeres honradas. Por eso me traje esto del estudio fotográfico de al lado. —Mostró una botella grande y marrón—. Yodo, el remedio infalible contra las mordeduras de perro. Desinfecta a fondo, y si se pone generosamente sobre la herida, tiene la extraña capacidad de animar a un hombre aturdido.

El director expresó su admiración:

—¡Dios mío, mayor Chick, es usted el hombre apropiado para una emergencia! Permítame que le presente a este caballero. Es policía.

—¿De veras?, nunca lo hubiera pensado. Parece demasiado inteligente.

—Sargento Cribb, señor. —Se dieron la mano—. Y aquel que está sentado en el cesto es el agente Thackeray. ¿Cómo se llama usted?

—Chick. Percival Chick, mayor retirado. Del octavo de húsares. Quizás haya oído hablar de mí. No soy, como ve usted, un tramoyista corriente. Eso es un simple subterfugio. Como usted, sargento, ahora soy detective. Pero mis investigaciones se limitan a la esfera privada.

—¡Un detective privado! —gruñó Cribb para sus adentros con una ferocidad igual a la del dogo en el instante en el que hundió sus dientes en Albert. ¡Qué noche! ¡Policías de comedia y ahora un detective privado! Era su primer contacto con uno de la especie, aunque había visto bastante a menudo los anuncios que insertaban en los diarios, y las placas de latón en sus puertas. Cualquiera que hablase con afectación y pudiese pagar el precio de un alojamiento en una de las zonas de la clase alta de Londres podía poner un negocio y sacarse unos ingresos limpios. Llenaban las habitaciones de carretones de libros viejos y aparatos químicos obsoletos y en seguida había un tropel de visitantes ricos con fantasías de chantaje, secuestro y escándalos familiares. Y así, alimentando sus temores con unos cuantos descubrimientos falsos, acusaban sin fundamento de algún delito a algún desgraciado sirviente y reclamaban sus honorarios en guineas, con algunos selectos comentarios sobre la impotencia de Scotland Yard.

—Encantado de conocerle, señor. ¿Y qué hace usted aquí, si puedo preguntárselo?

El mayor Chick miró con cautela a su alrededor. Sólo quedaban allí el director de escena, la señorita Blake y los hombres de Scotland Yard, además de Albert.

—Creo que sería mejor que mi cliente, el señor Goodly, se lo explicase.

—Sí, claro, desde luego —dijo el director—. Una serie de desgraciados accidentes en los teatros de variedades de Londres me ha llevado a contratar a un detective. Dudaba de si realmente eran o no accidentes. Casi todos los teatros de algún renombre los han sufrido en los dos últimos meses, excepto el Grampian. Desde hace tiempo parecía inevitable que nos llegase el turno. Por eso el mayor Chick se ha disfrazado de tramoyista durante esta última semana, listo para investigar un suceso como éste, aunque parezca más que improbable que la pequeña dificultad de esta noche haya sido deliberadamente provocada. No se puede culpar a los anarquistas del veleidoso comportamiento de un perro, ¿no es así? Sin embargo, deduzco de su pronta llegada a escena que también ustedes estaban vigilando por si surgía algún problema.

—No se preocupe por eso —dijo Cribb—. Ocupémonos de Albert. Déme el yodo, mayor. —Su voz tenía la autoridad de un coronel por lo menos, y el mayor Chick casi se cuadró al obedecer la orden. Desde ese momento ya no se cuestionó quién era el responsable de las investigaciones.

—Por favor, déme usted su pañuelo de bolsillo, Thackeray.

Entre las curiosidades de la sala de accesorios había una mesa para jugar a las cartas en la que Cribb colocó su chaqueta antes de subirse los puños de la camisa como un mago.

—Quizás podría usted sujetarle la pierna, mayor, y usted señorita Blake, intente evitar que Albert sienta dolor. Ahora le quitaré este trozo roto del traje de mallas y dejaré la herida al descubierto... ¡Muy bien! Es un mordisco feo. No hay mucha sangre, pero estos dientes se clavaron un poco, ¿eh, Albert? Ahora sólo voy a limpiar la superficie, así. Luego haré un tampón con el pañuelo, lo empaparé de yodo y lo aplicaré firmemente...

Albert inspiró a través de sus dientes apretados e hizo un ruido como de cohete ascendente. Cada uno le sujetó y empujó para abajo un miembro mientras sus músculos se tensaban. Primero cerró fuertemente los ojos, luego los abrió del todo, llenos de lágrimas. Su mano apretó tan fuerte la de la señorita Blake que ésta gritó de dolor.

—¡Buen trabajo! —le dijo a Cribb el mayor Chick—. Podría usted ganarse la vida como cirujano del ejército, ¿sabe? Está perdiendo su tiempo en Scotland Yard, hombre.

Cribb examinó a su paciente.

—Ya verá como al principio le escuece un poco, pero las heridas han de limpiarse. ¿Alguna herida más? —preguntó con la botella de yodo preparada.

Albert sacudió la cabeza con energía.

—Sólo los rasguños que me hice al caer a través de la plataforma. Estoy seguro de que el yodo no será necesario. Es el tobillo lo que me duele. Me lo

torcí al caer.

—Pues no podrá usted trabajar en una o dos semanas —dijo el director sin mucho sentimiento—. Y le puede dar las gracias a su perro por los salarios perdidos. Si quiere seguir mi consejo, no tenga nada que ver con animales en el futuro. ¡Escuchen cómo gruñe esa bestia! Si fueses mío, perro asqueroso, ya sabría yo qué hacer contigo.

Albert se sentó.

—¡Pero ése no es mi perro! Ese es blanco con manchas marrones y Beaconsfield es blanco y negro. Seguro que alguien se dio cuenta... he estado haciendo ese número durante tres semanas o más. Algún canalla puso ese animal salvaje en el cesto de Beaconsfield sabiendo que me atacaría tan pronto lo soltasen.

—¿Le he entendido bien? —preguntó el director—. ¿Está usted seguro de que el bulldog de ese cesto no es el suyo?

—Beaconsfield no me atacaría —dijo Albert, asombrado por la sugerencia—. No tiene la energía suficiente. Todo lo que puede hacer es mantenerse sobre sus cuatro patas mientras aguanto las pesas, e incluso a veces necesita que le pinchen. De todas formas, les digo que es blanco y negro.

—¿Lo saco para que le eche usted un vistazo más de cerca, sargento? —sugirió Thackeray.

—No es necesario, sargento —intervino la señorita Blake—. Conozco a Beaconsfield, y no es ése. Si mira usted por el cesto verá una gran mancha marrón en el lomo, junto a la bandera.

—¡Por Júpiter, una sustitución! —exclamó el mayor Chick—. ¡Ingenioso! ¡Ah, las extravagancias de una mente criminal! ¡Perseguimos a un astuto enemigo, sargento!

Cribb ignoró la suposición de que el mayor formase parte ahora de la investigación.

—Si ése no es Beaconsfield, Albert, entonces ¿quién es Su Señoría?, ¿cuándo lo vio usted por última vez?

—Durante la obertura, cuando lo bajé y lo puse entre bastidores en su cesto. Me gusta ver la actuación de Ellen... de la señorita Blake, desde la parte de atrás del patio de butacas; por eso primero lo preparo todo para mi actuación.

—Entonces los perros ¿podrían haber sido cambiados en cualquier momento durante los tres primeros actos?

—Los dos primeros, para precisar. Espero con mi madre entre bastidores desde el inicio del número de los policías.

—Entonces lo hicieron mientras la señorita Blake o los pieles rojas estaban actuando. ¿Quién podría haber estado entre bastidores en ese momento, señor Goodly?

El director sonrió.

—No es tan simple como eso, sargento. El teatro de variedades no es como el teatro verdadero en el que los movimientos de cada uno son planificados y

conocidos. Dirijo un espectáculo de tres horas y media con veintisiete actuaciones, incluyendo a las bailarinas. A menudo tengo que variar el orden con muy poca antelación, para que encaje con lo anunciado en el cartel. Esta noche, por ejemplo, tengo a la señorita Jenny Hill a las ocho. Nada debe alterar eso, porque actúa en el Royal Aquarium a las nueve y en el London Pavilion a las diez y cuarto. Por tanto, tendré que cambiar el orden de las actuaciones para asegurarme de que sale a tiempo para llegar en coche hasta la calle Tothill. No hay dos noches iguales en las variedades, ¿sabe?

—Pero debe usted de tener alguna idea de quién estaba entre bastidores a esa hora —insistió Cribb.

—Muy bien —dijo ásperamente el director—, hagamos un inventario, si ésa es la forma en que lo quiere Scotland Yard. Estarían los Pielas Rojas, Henry y Cissie Greenbaum, esperando mientras actuaba la señorita Blake, y los policías que cantaban, los hermanos Dalton y Vicky, su ayudante. Después hay hasta nueve tramoyistas y escenógrafos dispersos a cada lado del escenario, dos mujeres y un hombre, encargados del vestuario, tres maestros del telar, que se encargan de las cortinas y de los telones, dos iluminadores subidos al puente de iluminación, dos traspuntes, el hombre que se encarga del gas en el puesto de control, mi ayudante, yo mismo y cualquier actor de los otros veinticuatro actos que quisiera pasarse por allí. Yo diría que casi un centenar de personas tenían derecho a estar allí, sargento.

—En ese caso seguro que hay alguien que haya visto cómo se cambiaban los perros.

—Lo dudo. La mayoría de nosotros estamos demasiado ocupados con nuestras propias obligaciones como para darnos cuenta de algo así. Además, los bastidores están en semioscuridad durante todo el acto del Piel Roja, para conseguir el efecto especial de iluminación en el escenario. Fue entonces cuando abrieron la cesta, en mi opinión.

Un murmullo de asentimiento a la izquierda de Cribb le hizo pensar repentinamente en algo.

—¿Dónde estaba situado usted, mayor?

El mayor Chick se sonrojó apreciablemente.

—Bueno, pues... humm... en la galería de trabajo, en la pared lateral que hay sobre el escenario, donde se controlan las cuerdas y todo eso...

—En las bambalinas —explicó el director.

—¿No vio usted nada?

El mayor se atusó el bigote.

—¡Maldita sea, estaba mirando al escenario!

—Claro. —Cribb puso una mano tranquilizadora sobre el hombro de Chick—. Bien, mayor, soy realmente muy afortunado de tenerle a usted aquí para que me aconseje, un investigador profesional en la escena del crimen toda una semana antes de que fuese cometido. Eso es un regalo de la providencia, ¿no lo considera usted así?

El mayor asintió cautelosamente. Simplemente, no estaba acostumbrado a que se le considerase de esa manera.

—Ha tenido tiempo de conocer al personal y a los actores y formarse una opinión sobre ellos —continuó Cribb—, y se habrá usted dado cuenta de cualquier irregularidad que haya sucedido durante esta última semana.

Por la expresión del mayor podía adivinarse fácilmente que no había sido así.

—El hecho es, sargento, que no hay nada irregular en la vida del *music hall*, por lo que yo puedo apreciar. Ni siquiera se puede contar con ver las mismas caras de un día para otro. Hay tramoyistas que se contratan y se despiden en la misma semana, trabajadores, de los que entran por la puerta de artistas, por docenas, rondando entre bastidores, actores en paro que llegan para ofrecer audiciones...

Una inesperada explosión de ladridos procedentes de la cesta de picnic detuvo el torrente de palabras del mayor. Para sorpresa de todos, fue contestado por un sumiso quejido desde la puerta. La madre de Albert, vestida todavía con su vestido blanco y sus plumas de avestruz, llenaba las tres cuartas partes inferiores del marco de la puerta. Llevaba entre sus brazos un bulldog blanco y negro que por su actitud letárgica debía de ser Beaconsfield.

—¡Mantenga quieto a su animal, Thackeray! —ordenó Cribb—, ¡Empújelo detrás del piano, por el amor de Dios!

—Estabas encerrado en la oscuridad, ¿verdad, pobre perrito mío? —canturreó la madre de Albert, sentándose pesadamente en la tumbona, peligrosamente cerca de la herida de su hijo. Beaconsfield se desplomó sobre sus rodillas con la lengua colgando y aceptando impasible sus caricias—. Encerrado en aquel horrible vestidor sin ni siquiera un platillo con agua. Si la señorita Charity Finch-Hatton no hubiese tenido que arreglar su liga podríamos no haberte encontrado durante horas y horas. El por qué esa tonta organizó esa escena cuando saltaste para ser rescatado, no lo entiendo.

—Quizás como el resto de nosotros creyó que Beaconsfield era un animal salvaje —sugirió Cribb—, Soy un oficial de policía, señora, y debo hacerle un par de preguntas.

—Las contestaremos si podemos —dijo, acariciando la papada de Beaconsfield con la punta del dedo.

—Gracias. ¿Podría usted decirme, pues, por qué no se dio usted cuenta antes de la actuación de que el perro que se encontraba en el cesto no era Beaconsfield?

No levantó la mirada.

—Nunca me acerco al cesto hasta que llega el momento de soltar a Dizzie. No quisiera que me considerase una traidora. Me duele verlo encerrado ahí noche tras noche. Todo lo que he visto esta noche ha sido que un perro, y suponía que era mi Beaconsfield, estaba en la cesta llevando la bandera.

—¿Quién cree usted que podría ser el responsable del accidente de esta

noche?

—Si lo supiese, inspector, a estas horas el canalla ya me lo habría pagado y usted estaría arrestándose. Tengo un fuerte par de brazos, ¿sabe?, y no me da miedo utilizarlos cuando alguien es desconsiderado con mi perrito.

—Lo recordaré, señora, pero creo de verdad que alguien debe cuidar de su hijo. Albert necesitará que le lleven a casa esta noche.

—¿Sí? —dijo la gorda sorprendida, volviéndose hacia su hijo por primera vez—. ¿Qué te pasa? Un mordisco de perro no te impedirá andar un par de calles, ¿no?

—Me he torcido el tobillo al caerme, —explicó Albert.

—¡Vaya!, ¡enhorabuena, hijo mío! —dijo con sarcasmo—. Así pues, el forzudo tiene que tomarse un descanso de dos semanas por tener un tobillo débil, mientras que su madre se verá obligada a volver a las canciones cómicas para evitar que tanto Beaconsfield como ella misma tengan que ir al asilo. Explícame, por favor, qué se supone que debo hacer para llevarte a la pensión. ¿Llevarte a cuestras?

—Nosotros nos ocuparemos de él —dijo Cribb—, Señorita Blake, quizás fuera usted tan amable de ir a buscar su ropa.

El mayor Chick se volvió hacia Cribb asombrado.

—Pero hay sospechosos a los que creo verdaderamente imprescindible interrogar, hay un caso que investigar. Usted no se puede ir del teatro, sargento.

—¿Quién me lo va a impedir? —preguntó Cribb—. Usted es un competente detective, ¿no es así, mayor?

—Indudablemente, pero...

—Ha estado usted aquí durante una semana y, por tanto, conoce a los interesados.

—Sí...

—Se sobreentiende, desde luego, que si averigua usted algo importante en sus investigaciones tiene el deber de comunicármelo.

—Naturalmente, sargento, pero...

—¡Magnífico! —El asunto estaba zanjado por lo que se refería a Cribb—, Thackeray, llame a un coche y hágalo esperar en la entrada de artistas, ¿quiere? En media hora estará usted en casa, Albert. ¡Ah!, y no se olvide de su amigo de cuatro patas de la canasta, mayor. Lo dejo a su buen cuidado. Podemos necesitarlo más tarde. Pruebas, ya sabe.

Cribb preguntó:

—¿Es ésta la casa?

El coche tirado por cuatro caballos se había arrastrado hasta un callejón sin salida mal iluminado que salía de la calle Kennington. Las paredes del manicomio de Bethlehem se alzaban a un lado más altas que una hilera de humildes casas escalonadas al otro, construidas con los mismos ladrillos grises, con la intención de guardar una apariencia armónica. Unos muchachos descalzos abandonaron el juego de cara o cruz bajo una farola del final y se disputaron el privilegio de abrir la puerta del coche.

Albert asintió con la cabeza.

—Sólo es una pequeña habitación arriba. No es la plaza Grosvenor, pero yo tampoco soy George Leybourne o el Gran Vance. Leybourne me invitó una vez a tomar algo y me dijo que levantando pesos nunca sería cabecera de cartel. «Lo que se necesita en las variedades —me dijo—, es una voz que arrastre.» Acarrear pesos es un trabajo de porteros.

Con la última frase en la mente, Thackeray soportó al forzudo mientras descendía. Cribb pagó al cochero y echó medio penique al golfillo más cercano.

—¿Puede usted subir los peldaños con el brazo por encima de los hombros de Thackeray, o quiere que le lleve a hombros? —preguntó el sargento cuando estuvieron dentro, pronto, como siempre, a prestar los servicios de su agente. Albert aceptó la primera sugerencia.

Thackeray tampoco era un hombre pequeño y la suma de la anchura considerable de Albert mientras lo sujetaba hicieron laboriosa la ascensión por la estrecha escalera sin alfombra. Cribb les siguió, enderezando los cuadros que torcía el hombro de su ayudante. En el rellano, Albert abrió la primera puerta de un empujón.

—¿Dónde están las cerillas? —preguntó Cribb.

—En la cómoda alta, a su derecha.

La luz de gas iluminó una habitación de modesto tamaño, dominada por un grotesco mobiliario de dormitorio lacado obviamente diseñado medio siglo antes para una habitación tres veces más grande. Cómo lo habían podido subir por las escaleras era un misterio.

Thackeray condujo a Albert hacia la cama, lo depositó allí, aliviado, y empezó a cepillarse el moho de su capa en los lugares en que había tocado la pared en la subida.

—Tiene usted un buen peso, señor —dijo sin aliento—. ¿No llevará una pesa en el bolsillo, espero?

Albert sonrió.

—Me pregunto si mi patrona habrá visto algo. Estará recelosa, seguro. Es muy exigente en cuanto a la templanza.

—No se preocupe por eso —le tranquilizó Cribb—, le diré quiénes somos.

—Sería mejor que no lo hiciera, sargento. Es más seguro que me despidiera dándome una semana de plazo por llegar a casa con dos policías que por haber pasado una noche en la taberna.

Thackeray ocultó su sonrisa a Cribb tomando un súbito interés por un estudio canino de Landseer que había en la pared detrás suyo. Albert lo identificó.

—«Dignidad e Impudicia.» La patrona es tan amante de los perros como mi madre, pero sólo en pintura. Puede usted darle la vuelta.

Thackeray lo hizo. Los ganchos que soportaban el cuadro estaban atornillados a la parte superior de forma que era reversible. Pegado en la parte de atrás había un grabado de una mujer joven con una estrecha tira de muselina sobre un hombro, de pie junto a una columna griega.

—Ahora ya estoy en casa —dijo Albert riendo—. Ésa es mi única contribución al decorado. Siéntense, caballeros, si pueden ustedes encontrar una silla. Confío en que no les importará que vaya a recostarme en la cama.

Thackeray se aposentó en una silla de mimbre cerca de la ventana y observó el impresionante físico de Albert, apretado ahora por el inadecuado armazón de cobre de la cama. Este forzudo era un tipo extraño, con su acento de escuela privada y su lírico bigote. ¿Cómo podía un hombre de esa clase encajar en una casa en mal estado como aquélla, pegando estudios de figuras de dudoso gusto en la parte posterior de un Landseer y viviendo con miedo a una patrona de Lambeth?

—No le entretendremos mucho tiempo —dijo Cribb—, pero le agradecería que nos dedicase unos momentos. Usted probablemente dedujo, por la conversación que tuvimos en el Grampian, que su accidente de esta noche era uno más de una serie de accidentes sufridos por artistas de variedades durante las últimas semanas. Quiero descubrir si el suyo tiene algo en común con el resto. Espero que me perdone si le hago algunas preguntas que pudieran parecerle demasiado personales.

—Puede usted preguntar lo que quiera —dijo Albert.

—Se lo agradezco. —El sargento corrió una silla hacia el lado de la cama, y puso el respaldo frente a ésta. Luego pasó una pierna por encima para sentarse a horcajadas, cruzó los brazos a lo largo del respaldo y apoyó en ellos la barbilla, a un metro de la cara de Albert—. Está claro como el agua que alguien se tomó la molestia de arreglar lo que ha sucedido esta noche en el escenario, ¿no? No hay por ahí dogos sueltos que se vendan a un penique los seis por las calles de Londres. Cualquier poli que haya hecho servicio de perreras se lo podría decir. Tampoco es fácil cambiar dos perros entre los bastidores de un teatro cuando la actuación ha comenzado. Ya sé de sus tradicionales bromas pesadas: sombreros de seda cubiertos de hollín y similares, pero ésta era de otro tipo, ¿verdad? Quienquiera que lo hiciese sabía muy bien que no podría trabajar durante una semana o más.

Albert movió la cabeza.

—Me temo que más. ¿Quién me va a contratar para un teatro de

variedades de Londres como artista serio después del ridículo de esta noche? Verá usted un artículo sobre el accidente en el *Era* de la próxima semana y ésa será la última nota que me dediquen como hombre forzado.

Cribb asintió con gravedad.

—¿Quién podría haber hecho eso, pues? Quizás otro hombre forzado.

—No, con toda seguridad. No hay más que dos docenas que nos dediquemos a levantar pesos profesionalmente en Londres, y hay más de cien salas, ya lo sabe usted. No competimos entre nosotros.

—¿Y no tiene usted enemigos entre los demás artistas del Grampian?

—No, sargento. La gente no permanece el tiempo suficiente como para tener celos los unos de los otros. Se puede conseguir un contrato de tres semanas y luego te vas, a menos que seas Champagne Charlie o la Chispa Vital y te hagan un contrato por tres meses.

—Veamos entonces fuera del teatro —dijo Cribb—. ¿A quién ve usted en su tiempo libre? ¿Conoce a alguien que pueda haberse enfadado con usted?

Albert se rió.

—¿Tiempo libre? ¡Pero si no tenemos! Desde que me levanto el lunes por la mañana hasta el entrenamiento con las pesas del domingo por la noche, toda mi vida está dedicada al teatro. Incluso mi madre y mi chica forman parte de él.

—¿La señorita Blake?

—Ellen. Es una belleza, tiene usted que admitirlo. Cuando su encanto esté a la altura de su rostro y de su figura será el fulgor de las variedades.

—No lo dudo. —La voz de la señorita Blake necesitaba un milagro, pero Cribb habló con convicción—. Supongo que tendrá otros admiradores.

—A cientos, estoy seguro. Cada noche recibe ramos de flores y cajas de bombones en su camerino. —Albert parecía ingenuamente orgulloso de ello.

—Entonces tiene usted rivales.

—Ah, pero ella no les anima. Ni siquiera se come los bombones. Las demás chicas se los reparten después que Ellen se haya ido a casa. Me es totalmente fiel, sargento... Sí, ríase si quiere, pero conozco a Ellen. Es extraordinariamente resuelta. No quisiera ser el moscón que intenta imponerle sus atenciones.

—Quizás un tipo así provocó su caída esta noche —le sugirió Cribb.

—Lo dudo. Quienquiera que sacase a Beaconsfield de su cesto sabe muchísimo de mi actuación. Alguien que sepa tanto sabrá también que hacerle proposiciones a Ellen es una pérdida de tiempo.

Cribb hizo una pausa en su interrogatorio, rascándose las patillas pensativamente. Thackeray, a quien disgustaban los silencios, bajó los ojos y lentamente fue dando vueltas al ala del sombrero de seda que tenía en el regazo. Tenía la intuición de que Cribb estaba a punto de abordar una serie de preguntas delicadas.

—Entonces parece que hemos eliminado a todo el mundo menos a su madre, Albert. No puedo creer que ella le jugase una trastada como ésta.

Se oyó una carcajada desde la cama.

—¿Mamá? No hay mucho a lo que no se haya rebajado en sus tiempos, sargento, ¡créame!, pero no puedo entender por qué habría querido arruinar la actuación. Además, no haría nada que pudiese molestar a Beaconsfield. Adora a ese animal.

—¿Ha formado siempre parte de su actuación? No creo que su contribución sea indispensable.

Albert se rió de nuevo.

—Se ha ido cuatro o cinco veces para poner sus garras sobre algún desafortunado prójimo con pasta de sobra, pero siempre vuelve. Soy demasiado blando para echarla. Es el lazo sanguíneo, supongo. Ella fue en tiempos una figura famosa de las variedades, no se lo va a creer usted, una segunda bailarina del ballet. Así fue como papá la conoció. Él era el empresario del teatro de Moy, en Pimlico, allá por los años cincuenta, antes de que se convirtiera en el Royal Standard. En ocasiones también había hecho monólogos dramáticos. ¡Las horas que se pasó enseñándome las vocales! Quizás pensaba que podría necesitar seguir sus pasos algún día. Hace unos quince años le dijo a mamá que debería dejar de bailar porque ya estaba demasiado gorda y pasaba de los cuarenta. Ella se ofendió, hubo una terrible discusión, papá salió de nuestras vidas y mamá se compró a Beaconsfield. Aunque parezca mentira, dejó el ballet y empezó a cantar, conmigo vestido de marinero y con Beaconsfield andando para distraer un poco al público. No canta mal, ¿saben? Intenté persuadirla de que le diese algunos consejos a Ellen, pero no quiso. A menos que uno tenga las piernas arqueadas y una nariz negra y húmeda, mamá no está interesada en cómo hace las cosas.

—Pero, ¿está usted totalmente seguro de que ella no es responsable de lo que ha sucedido esta noche?

—Ya vio usted cómo estaba después de haber recuperado a Beaconsfield, sargento.

—Ya. —Cribb se puso en pie—. Le dejaremos ahora para que descanse un poco. Pronto sentirá los efectos de la experiencia de esta noche. ¿Hay algo que podamos hacer por usted antes de que nos vayamos? Muy bien. Entonces sólo hay una cosa que quiero que haga por mí. Suceda lo que suceda en los próximos uno o dos días, y creo que puede suceder algo, evite la violencia. Scotland Yard no estará lejos de usted.

Y con eso, Cribb cogió su sombrero y su bastón y salió de la habitación. Thackeray se levantó de un salto, desconcertado por el último comentario del sargento. ¿Violencia? Miró a Albert fijamente; ¿de qué clase de violencia era capaz un hombre que tenía que guardar cama, aunque fuese el Hércules de Rotherhithe? Y salió, moviendo la cabeza.

Llamaron suavemente a la puerta de la sala de entrevistas de la comisaría de policía de la calle Kensington. El sargento Cribb se frotó las manos.

—Más vale que sea de Cadbury —le dijo a Thackeray—. ¡Pase!

Un policía de ojos despiertos, vestido totalmente de uniforme, con casco, abrigo y brazal, hizo su entrada.

—¡Dios mío!, cada vez son más jóvenes —murmuró Cribb—. Puedes dejar ahí la bandeja, chico. ¿Cómo te llamas?

—Oliver, sargento.

—¿Y cuánto hace que estás en la policía?

—Cuatro meses, mi sargento.

—¿De veras? Llevas un bonito uniforme nuevo, Oliver, pero no necesitas vestirme así para traernos una taza de cacao.

—Estoy de servicio esta noche, sargento, y el sargento Flaxman insiste...

—¿Ahora insiste?, pues yo no voy a interferirme. Estás de servicio hasta las seis de la mañana, ¿verdad?

—Sí, mi sargento.

—¿Y haces la ronda de Little Moors Place? Pues entonces escúchame, joven Oliver. Quiero que hagas una vigilancia especial esta noche en esa calle, en el número nueve en particular. Quizás lo sepas, es un alojamiento para gente del teatro. Tan pronto como alguien entre, tienes que venir aquí como un rayo y hacérselo saber al agente Thackeray. Puedes quedarte al final de la calle, no tiene salida y por lo tanto, podrás estar fuera de la vista. Es una pena que no seas un policía de paisano, pero tendremos que arreglárnoslas contigo. Apaga la linterna, no hay nada como una lumbrera para deshacerse de un poli. Y quítate el brazal cuando llegues allí.

—Pero mi sargento...

Cribb levantó la mano.

—Yo arreglaré esto con Harry Flaxman. Es tu oportunidad para hacerte un nombre por ti mismo, chico, no me decepciones. A ver, echémosle un vistazo a ese brazal tuyo. Mira esto, Thackeray. ¿Qué crees que es eso?

—Soda, mi sargento, sin duda.

—Inconfundible. No laves nunca el brazal con soda, joven Oliver. Hace que el color se vaya tan rápido como tú vas a volver aquí desde Little Moors Place en cuanto tengas alguna noticia para nosotros. Así estará bien. ¡Qué taza de cacao tan rica!

Se volvió a Thackeray mientras el agente de policía Oliver salía para comenzar su vigilia.

—Puede usted relevarlo a las seis. No creo que ocurra nada antes, pero no puedo arriesgarme. Bueno, Thackeray, conozco los síntomas. Ha estado usted con una cara tan larga como el Big Ben durante toda la noche. Quiere confiarme sus pensamientos. Bien, ahora es el momento. Límpiense de cacao el bigote y le prestaré toda mi atención.

—Bien, sargento —dijo Thackeray un momento después—, supongo que sólo es que no puedo tomarme todo eso de las variedades en serio. No me parece la clase de investigación de la que usted se acostumbra a encargar. No es para usted, sargento. Un condenado perro fraudulento en un cesto y un forzado con un tobillo torcido..., no parece que valga la pena perder una sola

noche de sueño. A veces nos hemos encargado de casos extraños, ya lo sé, pero siempre ha habido un cadáver que hacía que la cosa valiera la pena.

—Podría haber tenido usted uno esta noche si ese perro hubiese tenido la rabia —dijo Cribb—. Pero le comprendo. Por lo que se ve, el asunto de esta noche en el Grampian parece una bagatela. Pero mírelo como el último episodio de esta cadena de accidentes en el escenario, y recuerde que tuvimos el aviso de que pasaría esta noche, y se convierte en algo bastante más siniestro. Lo que vimos en el Grampian no fue un asesinato, ciertamente, Thackeray, pero desde el punto de vista de Albert fue un asesinato profesional. Ya le oyó usted decir que estaba acabado como hombre forzado. Y oímos a Woolston decir algo similar en Newgate. Esto es bastante serio para mí, agente.

Thackeray admitió que lo era.

—Hagamos memoria de los sucesos —continuó Cribb, alcanzando una hoja de papel—. Los apuntaré aquí. Primero fue la colisión de las hermanas Pinkus en sus trapecios acortados, luego la caída de Belloti del barril engrasado, los cambios vergonzosos en la hoja de la canción de Sam Fagan, el accidente del tragasables, la terrible calamidad sufrida por la señorita Tring, y el sable clavado en la pierna de la ayudante de Woolston. Y ahora el ataque a Albert por un dogo cambiado. ¿Me diría usted qué es lo que tienen en común? Le dio la lista a Thackeray y volvió a su cacao.

—He pensado mucho en esto, sargento, porque esperaba que me lo preguntase más tarde o más temprano.

—Bien. ¿Y qué conclusiones ha sacado?

Thackeray inspiró profundamente. No he podido sacar ninguna, sargento. Cuanto más pienso en ello más ridículo me parece todo.

Para su sorpresa, Cribb se echó hacia adelante, riendo.

—Thackeray, es usted incomparable. Ya sabía yo que no me fallaría. ¡Pues claro que parece ridículo, hombre! ¡Ésa es la cuestión!

—¿La cuestión?

—¡Maldita sea! ¿Todavía no lo ve usted? El elemento común, Thackeray, es el ridículo. El absurdo. No hay mejor manera de arruinar una actuación seria en escena. Imagínese a su querido Irving cayéndose por el escotillón en el último acto de *Las Campanas*. ¡Estaría acabado! Como se acabó Albert cuando el bulldog le mordió esta noche. ¿Puede usted imaginarse al público de los teatros de variedades volviéndoselo a tomar en serio alguna vez? Claro que no. En cuanto aparezca en algún sitio se oirán gruñidos y ladridos por todo el teatro. El ridículo, Thackeray, es un arma devastadora.

Thackeray se mostró de acuerdo, refugiándose en la creencia de que un hombre del temple de Cribb debía de saber más acerca de la ofensiva utilización del ridículo que él.

—Es decir, que alguien tiene la intención de convertir a todos estos actores en un hazmerreír. Así pues, estamos buscando a alguien con un motivo de rencor contra cada uno de ellos. ¿No deberíamos entrevistarlos a

todos para encontrar con quién se han peleado en los últimos meses?

—¿Y encontrar un nombre común? Eso es lo que pensé hasta que intenté seguirles la pista. ¿Sabe usted, Thackeray, que todos han dejado sus alojamientos y han desaparecido, a excepción de Woolston? Al menos a él no le será fácil mudarse de Newgate a la chita callando.

—¿Por qué lo habrán hecho, sargento?

—Podría ser que ya no pudiesen pagar el alquiler, al no tener trabajo —dijo Cribb—, Es más barato vivir en una pensión. Ahí es donde están la mitad de las personas desaparecidas en Londres, en mi opinión. No sirve de nada preguntar a los patronos a quién tienen bajo su techo, cuando su única obligación es informar de enfermedades infecciosas y encalar las paredes y los techos dos veces al año. Sí, ahí es donde podrían muy bien estar. Con todas sus lentejuelas y su champán, el artista de variedades está sólo a un paso de la casa de caridad.

—¿No dejaron ninguna dirección? —preguntó Thackeray en una inspiración.

—Tuve el mismo pensamiento —dijo Cribb—, pero parece que eso no se hace en el teatro. Se mueve uno tanto que se utiliza la oficina del representante como dirección oficial, y ahí se recogen periódicamente las cartas. Esta mañana se hicieron indagaciones en cinco representantes distintos de la calle York. Sólo hay que subir esta calle, la «Esquina de la Pobreza» la llaman en los teatros. Pues bien, ninguno de nuestros amigos tan propensos a los accidentes ha visitado a sus representantes. Hay un montón de cartas grandes como su sombrero para las hermanas Pinkus, y lo que ellas se hicieron no era grave, según el informe del sargento Woodwright. Es un caso extraño, agente.

—Podríamos ponerles en la lista de personas desaparecidas en la *Gaceta de la Policía*.

—Eso ya está. Pero queda el hecho de que seis personas han sufrido un desastre en escena, han perdido sus empleos y han desaparecido, en el espacio de cuatro semanas. Con Woolston podrían haber sido siete. ¿Se da usted cuenta ahora de por qué quiero vigilar a Albert?

Thackeray estaba de pie.

—¡Caray sargento! ¡Sí! No podemos dejar un trabajo como éste a ese imberbe que nos trajo el cacao. ¡Voy a ir por allí ahora mismo!

Cribb alzó la mano.

—Y con su chistera y su capa quedaría usted elegantísimo, de paisano, toda la noche en la calle Lambeth. Es mejor que se lo deje al joven Oliver y que duerma usted un poco. Pregúntele al sargento Flaxman si hay una cama de más en alguna de las casas de la sección. Y tome usted prestada una muda de ropa para la mañana. ¿Qué hora es?

—Pasan diez minutos de la medianoche, sargento.

—¡Fantástico! Me tomaré un tranquilo combinado de ron y zumo de fruta antes de que cierren. Venga a buscarme por la mañana.

Por segunda vez en cinco minutos Thackeray se pasó el dedo índice entre su cuello y el de la camisa del sargento Flaxman. ¡Ropa prestada! Si no te hacían roces por estar muy apretadas, te cortaban la circulación en algún sitio. ¿Qué pasaba en la policía de la calle Kensington, que no podían tener un juego de ropa que le fuese bien a un hombre de talla media? Bueno, algo mayor que la media. ¿Se habían desarrollado mal todos, se habían desgastado por las palizas de las rondas, o qué? Casi podría pensarse que se habían puesto de acuerdo para tener el conjunto más incómodo posible de ropa de paisano. Ellos podían no saber que él tenía la piel fina en la zona de su cuello cuando le dieron la basta camisa de franela, pero... ¡bombachos de tweed! Había visto en contadas ocasiones a algunos londinenses llevando esas cosas, aunque sólo en parques, y nunca en las sórdidas callejas de Lambeth. Sin embargo, cuando llegó el momento de elegir en el trastero y estaba en paños menores con un montón de ropa desechada porque le venía pequeña, sólo quedaban dos supervivientes: los bombachos y un batín de terciopelo rojo. ¡Dios, vaya cuadro daba eso de las horas libres de servicio en la calle Kensington! Tuvieron que ser, pues, los bombachos, con un gorro de cazador y botas con elásticos laterales para hacer juego. Y ahora se agazapaba en las sombras de la tapia del manicomio, temiendo que algún asustadizo transeúnte supusiera que acababa de saltar por ella.

Las seis y veinte. Demasiado pronto, quizás, para que sucediera algo dramático, pero no podía permitirse el relajarse. En el aire notaba una ligera niebla de octubre, pero desde donde estaba, cobijado contra un contrafuerte formado por dos hileras de ladrillos, ya podía ver que se iban encendiendo luces en las ventanas de la terraza de enfrente. En la habitación de Albert todavía no había señales de vida: siendo del mundillo del teatro estaría acostumbrado a empezar más tarde que la mayoría de trabajadores. El pobre diablo también se iba a despertar tieso esta mañana; no habría muchas cosas que pudieran tentarlo a abandonar una cama caliente.

Actividad al final de Little Moors Place: llegaron tres gatos corriendo desde las sombras para ir a encontrarse con el carro de la leche. La lechera se puso dos bidones grandes a los hombros y fue hasta la primera casa para llenar las jarras que había en el umbral con su medida de estaño. Los gatos esperaron, maullando, a que se derramase algo.

Era la primera persona que veía en la calle desde que relevó al agente Oliver cuando dieron las seis. Un prometedor miembro del cuerpo, el joven Oliver. Ni siquiera había pestañeado al ver el gorro de cazador y los bombachos. Le reconoció en seguida; quizás la barba fuese la pista. Thackeray esperaba que no fuese nada más. El apartado 11 del *Código de la policía* estaba constantemente en su cabeza: «Es altamente deseable que los agentes den a conocer su carácter oficial a los extraños andando al paso uno con otro, o con estilo militar, o llevando ropa muy llamativa o botas de

reglamento, o reconociendo abiertamente a agentes de uniforme, o saludando a los oficiales superiores». También el joven Oliver había pasado la noche de uniforme: el apartado 11 requería una gran dosis de concentración. Años de experiencia. Incluso así, el chico podría llegar a ser un detective. Ciertamente, tenía una aguda capacidad de observación.

Un cartero empezaba ahora en el número uno. ¿Qué era lo que silbaba? El tipo debía de haber estado en el Grampian la noche anterior. «*Y eso evita que duelan los pies.*» ¡Ya lo creo! ¡Vaya una melodía para ir silbando un cartero! ¿Por qué era siempre el poli el hazmerreír del público? La canción era también de muy mal gusto. Ya era bastante malo que fuera propenso a tener callos y ampollas como para que le fuera recordado por un cartero chiflado. Movi6 la cabeza con indignaci6n, peg6 la nariz al cuello de la camisa y maldijo para sus adentros.

No mucho m6s tarde detect6 algo claramente extra6o en el comportamiento del cartero. Una vez hubo subido por toda la calle haciendo el reparto, como hab6a hecho la lechera, el buen hombre volvi6 otra vez al n6mero uno y comenz6 de nuevo su ronda. Y cuando Thackeray le observ6 m6s atentamente, vio que, aunque el cartero llevaba una carta en la mano derecha, no la repart6a. En lugar de eso, se paraba ante la puerta, se daba golpes en la barbilla con el sobre, se daba la vuelta y se dirigi6 a la siguiente casa. Repet6a la acci6n en cada una de las casas de la calle, y luego todo el proceso comenzaba de nuevo en el n6mero uno.

¡Absolutamente irregular! Thackeray estaba mirando como el que casualmente va a cruzar la calle para poder examinar al cartero m6s de cerca, cuando otra figura apareci6 de entre las sombras llevando un palo: el farolero. Lo mejor, dadas las circunstancias, era esperar hasta que hubiese apagado la 6nica farola de la calle y se marchase. Pero, ¿ser6a posible?, en lugar de seguir con su trabajo, el muy miserable, se apoyaba contra la farola y encend6a un cigarrillo. ¡Para volverse loco!

Entonces sucedi6 algo muy singular: el cartero abandon6 su cuarta ronda est6ril por las puertas de entrada y cruz6 para hablar con el farolero. Estaban demasiado lejos para que se pudiera o6r su conversaci6n, pero si se volvieran s6lo un poco bajo la luz, quiz6s podr6a ver... ¡Dios m6o! El cartero se hab6a quitado la gorra para dejar ver una inconfundible gre6a de tieso pelo gris. ¡Demonios!, el mayor Chick.

Thackeray apret6 su espalda contra el contrafuerte intentando darle un significado a lo que hab6a visto. ¿Un detective privado disfrazado de cartero? ¿Y en la calle de Albert a las seis y media de un domingo por la ma6ana? ¿Era 6sa la forma en que se llevaban las investigaciones privadas? Realmente, alguna gente no se paraba en barras. De todos modos, ¿qu6 hac6a el mayor hablando con un farolero? ¿Era incluso concebible que el mayor Chick no fuera un mayor, sino un cartero disfrazado de detective disfrazado de mayor? ¿O un criminal disfrazado de cartero disfrazado de...? ¡Era diab6lico pensarlo!

Unos pasos invadieron inesperadamente sus deducciones, unas pisadas fuertes y regulares se aproximaban por su lado de calle. ¿Qué demonios pasaba ahora? Little Moors Place estaba más lleno que el condenado Strand. Estaba seguro de que esta vez le verían. No podía evitarlo. ¡Malditos bombachos! Si al menos hubiera algún aviso en la pared podría hacer ver que estaba leyendo. Se sintió tan terriblemente violento, allí de pie con aquella ropa extravagante, frente a una hilera de casas en las que la gente estaba encendiendo las luces y vistiéndose... Cualquiera podría interpretar de la forma más horrible su presencia allí. Y ¡cielos! se acercaba un oficial de policía de uniforme.

—¿Todavía no hay acción señor Thackeray?

¡Jerusalén! Otra vez el joven Oliver.

—¿Para qué demonios ha vuelto?

—¿Yo, señor Thackeray? Voy a casa. Vivo en el número trece, al otro lado de la calle. Puede usted llamar si necesita ayuda. Le traeré una taza de té en un momento.

¡Dios ayude a la policía metropolitana! ¡Un chico que parecía tan prometedor!

—¡Siga! —susurró Thackeray—, y no se detenga hasta que no esté en su casa con el cerrojo corrido, y si se le ocurre poner un pie fuera le...

El agente Oliver se había ido. Y también, maldita sea, la luz. Unos segundos más tarde pasó el farolero con su caña y giró por Brook Drive. El mayor Chick estaría presumiblemente de nuevo repartiendo cartas míticas... no se podía ver absolutamente nada con la farola apagada.

Quizás sería una hora más tarde cuando empezó a olfatear. La brisa le traía un delicioso aroma. Estaba seguro de que olía a riñones y a tocino. Era terriblemente cruel atormentar a un estómago vacío con el olor de los desayunos de otra gente. ¿Cuánto tiempo tendría que soportar esto?

Algunos de los vecinos de Albert habían salido antes de que se hubiera hecho de día y se habían ido a trabajar: el *Sabbath* no existía para ellos. Pero las cortinas de la ventana de arriba del número nueve permanecían corridas. El amanecer trajo un premio: la visión del mayor Chick, exhausto de tanto repartir cartas, de pie al final de la calle, inspeccionando a fondo su saco, que estaba totalmente vacío. Sería interesante ver adonde iría cuando llegase el verdadero cartero.

Con dramática brusquedad Thackeray fue alertado por la llegada a la calle de un carricoche negro, tirado por cuatro caballos, que subió por toda la calle sin salida y dio la vuelta con un rechinar de las ruedas que levantó chispas y paró a la altura del número nueve, haciendo el ruido suficiente para que toda la calle se asomase a las ventanas. Una figura vestida con chaqueta negra y sombrero de copa salió, echó un vistazo a la calle y se volvió para decir algo a alguien que estaba todavía en el coche. Mientras hablaba, se iba poniendo un par de guantes de cabritilla, alisando quisquillosamente las arrugas en unos dedos desusadamente largos. Se

volvió, y su cara quedó totalmente de perfil: como un halcón, tenía las facciones tensas y resueltas. Luego llamó a la puerta del alojamiento de Albert y le dejaron pasar.

¿Y ahora qué? Si se acercaba más al carruaje, seguramente le descubrirían. Tenía órdenes de observar, no de involucrarse. Deseó que Cribb estuviese allí y hubiese visto aquella cara por sí mismo, un conjunto de rasgos tan odiosos como no había ninguno en Newgate.

Un movimiento llamó su atención. Las cortinas de Albert fueron descorridas, confirmando que la visita era para él. Thackeray miró fijamente las ventanas, dándole distraídamente vueltas a un botón de su chaqueta, hasta que la tela de tweed quedó totalmente arrugada. Desde luego, intervenir estaba fuera de toda cuestión. El visitante podía ser un doctor, o el representante de Albert, o alguien con una razón perfectamente legítima para estar allí. La única acción posible era observar pacientemente.

Pasaron unos diez minutos y el visitante salió solo y se dirigió rápidamente al coche que esperaba. ¿Su asunto con Albert se había terminado ya, pues? Aparentemente no, porque llamó a su compañero, un hombre más pequeño y con barba, que estaba dentro del carruaje. Esperaron hasta que el cochero desató un artículo de equipaje del techo del coche y se lo bajó. Era un baúl grande y negro, vacío, por la forma en que lo llevaban. Entre ellos lo llevaron hasta la puerta del número nueve y les dejaron entrar.

Thackeray frunció el ceño, desconcertado. Un baúl vacío. ¿Para qué demonios podría Albert necesitar eso? ¿Y por qué debía ser llevado por dos hombres con sombrero de copa y guantes de cabritilla en domingo por la mañana y en coche? Esperó con una creciente inquietud.

Un poco más arriba de la calle el mayor Chick esperaba, tomando notas en el reverso de una carta. Y el cochero, después de descender para ajustar un morral a su caballo, encendió una pipa, se apoyó contra el coche, y también esperó. Tres chicos pequeños salieron de una de las casas, subieron por la calle, miraron fijamente al mayor, se acercaron hacia donde estaba Thackeray, se pararon para estudiarle también, miraron hacia la tapia del asilo como especulando y luego se pararon cerca del carruaje.

Finalmente la puerta número nueve se abrió. Un hombre andaba hacia atrás con cuidado, buscando el escalón con el pie. Estaba aguantando un lado del baúl como antes, pero ahora sus movimientos eran pesados. Su compañero daba traspiés siguiéndole, sintiendo claramente los efectos de bajar por la escalera. No había duda: aquel baúl contenía ahora algo de un peso bastante considerable. Uno de los chicos que miraba se quitó solemnemente la gorra.

—Delante de vuestras mismísimas narices, ¿verdad agente?

Thackeray se sobresaltó. El mayor Chick estaba detrás de su hombro.

—¡Madre mía!

—No hace falta que se ponga histérico, hombre. Descubrí su disfraz hace dos horas. Creyó que yo era un cartero ¿eh? Nunca dé nada por supuesto,

agente, y menos del servicio postal. Ahora mire, yo no sé lo que Scotland Yard tiene intención de hacer en este infame asunto. Personalmente, estoy dispuesto a perseguir a los canallas, aunque sea hasta el continente, si es necesario. Uno de mis asistentes, el farolero..., le he vuelto a sorprender, ¿eh?, tiene un coche al volver la esquina de Brook Drive. Si quiere, hay sitio para usted.

Thackeray se decidió al momento:

—Se lo agradezco mucho.

—Muy bien, yo estaré allí. Pero tenemos que estar preparados por si esos sujetos se separasen. Estrategia básica. Si alguno de ellos escapase a pie, lo mejor sería que usted lo persiguiese, y yo seguiría al que va en coche. Si no, espéreme al final de la calle. ¿De acuerdo?

—Mmm... sí. Casi se vio obligado a hacer un saludo.

El mayor se alejó a un paso que no se parecía en absoluto al de un cartero, pero los hombres del baúl estaban ocupados en subirlo al techo del coche de alquiler y no se dieron cuenta. Thackeray se apoyó pesadamente contra la pared, asimilando los sucesos de los últimos segundos. Quizás estaba aventurando demasiado con la colaboración del mayor. ¿Podía confiarse en él? Pero realmente, cuando lo pensaba, no tenía elección. La visión de aquel baúl siendo lentamente transportado a mano fuera de la casa hasta el coche que estaba esperando le había causado una profunda impresión. Había una gran posibilidad de que no se hubiese atrevido a aceptarlo. De lo único que estaba seguro era de que ahora era su deber seguir al coche y a su carga adondequiera que fuese llevada.

Entonces, para su asombro e infinito alivio, se abrió de nuevo la puerta de la casa y apareció Albert, andando con un bastón y ayudado por una mujer pequeña y de cabello gris, sin duda su patrona. Con la ayuda del cochero consiguieron subirlo al estribo, sin que se resistiese lo más mínimo. Luego le quitaron el morral al caballo, los dos porteadores del baúl se unieron a Albert en el interior del carruaje, el cochero soltó las riendas y el coche se puso en marcha. La patrona se quedó en la puerta, agitando un pañuelo.

Thackeray sintió una abrumadora sensación de liberación cuando Albert apareció de una pieza. En espíritu él estaba detrás de la patrona agitando su gorro de cazador. Sólo cuando el coche estaba dando la vuelta a la esquina los sentimientos dieron paso a cuestiones más prácticas. ¡Cielos! ¡Habían raptado a Albert delante suyo!

—¡Un momento! —Corrió hacia la patrona, con los bombachos agitándose—. Soy oficial de policía. Su huésped...

—Ya no es mi huésped, querido. Se acaba de ir.

—Sí, ya lo sé. ¿Le dijo adónde iba?

—Lo siento, corazón. Sólo pagó su alquiler y se fue con sus dos amigos. ¿Qué ha hecho? ¿Se ha emborrachado? No me sorprende, ¿sabe? Todos son así en el teatro. Bien, ¿y usted...?

El agente ya estaba trotando por la calle hacia el cabriolé que le esperaba.

El mayor Chick se inclinó hacia adelante para ayudarlo a subir y arrancaron a medio galope en dirección al río.

—¡Hágale cosquillas con el látigo, cochero! —gritó el mayor por la obertura del techo—. Nunca he visto un cabriolé que no pudiese alcanzar a un simón. Hágale cosquillas a la bestia y pronto los tendremos a la vista otra vez. —Se volvió a Thackeray—. No hay nada como una persecución, agente. Hace que el clarete hierva en las venas, ¿a que sí? ¿Ha traído usted sus pulseras? Las necesitaremos cuando encontremos a ese par.

—¿Mis qué? —preguntó Thackeray.

—Pulseras, hombre. Esposas. No puede uno arriesgarse con un par de asesinos.

Así que al mayor también le había engañado el baúl.

—Creo que debería explicarle algo, señor. Albert está en ese carruaje.

El mayor sonrió de forma macabra.

—Y viaja por dos peniques en el techo, ¿eh? En cambio nosotros tendremos que pagar un chelín. ¡Pues claro que sé que está en el coche, agente! No imaginé que esos canallas habían hecho su baúl para pasar una semana en Brighton, no por la forma en que lo llevaban. Yo también he ayudado a llevar un féretro, una docena de veces...

Thackeray interrumpió:

—Albert está sano y salvo, señor. Subió al coche por su propio pie.

—El mayor recibió en silencio la buena nueva, frunciendo los labios y mirando más allá de Thackeray hacia el adusto exterior de St. Thomas. Cuando el carruaje empezó a cruzar el puente de Westminster se quitó la gorra de cartero y hundió su puño derecho en el centro.

—Sano y salvo, dice usted. Hubiese sido mi primer caso de asesinato, ¿sabe?, y, ¡maldita sea!, lo tenía resuelto.

—Lo siento —dijo Thackeray—. Yo no lo veía así, señor. Quizás, sin embargo, estemos ante un caso de secuestro.

El mayor dudaba.

—No hay nada comparable a un asesinato, agente. Hubiese aparecido en *The Times*. Es muy bueno para los negocios ser mencionado en *The Times*. ¿Estará usted seguro de que era Albert? Es fácil hacerse pasar por un cojo, ¿sabe?

—Estoy seguro.

El coche de alquiler corría bajo la sombra del Big Ben esquivando un paso tortuoso a través de una fila de autobuses y furgones casi parados. De vez en cuando un peatón o un ciclista aparecían inesperadamente delante de ellos. No era la primera vez que Thackeray era consciente de la vulnerable posición de los pasajeros en los cabriolés, con los riesgos del tráfico al alcance de la mano, mientras el cochero encargado de su seguridad se sentaba seguro y en alto. Cualquier accidente podría degenerar ahora en una situación de lo más embarazosa, perteneciendo Westminster a la división B y estando Scotland Yard tan cerca.

«¿De veras nos pide usted que creamos, señor, que es usted un detective de la policía llevando unos bombachos prestados, viajando en compañía de un detective privado a una velocidad excesiva, atravesando una División que no es la suya y persiguiendo a tres hombres inocentes y un baúl?» Una pesadilla.

—Creo que puedo verlos, —dijo el mayor cuando giraron al pasar el Guildhall hacia el Broad Sanctuary—, Si podemos ir rápidos, los alcanzaremos en la calle Victoria.

—No tenía órdenes para hacer eso, señor, a menos que cometiesen un delito grave, desde luego. Se me ordenó que vigilase a Albert. Le agradecería que les siguiésemos sin adelantarles.

El mayor pareció satisfecho. Dio instrucciones al cochero y luego se volvió a Thackeray.

—Está muy bien. Déles bastante cuerda y se ahorcarán solos, ¿no? Todavía podré ver mi nombre en *The Times*.

—Sería mi deber intervenir si considerase que la vida del joven está en peligro, señor —dijo Thackeray—. Me perdonará usted que le pregunte: ¿cómo es que estaba usted en Little Moors Place esta mañana?

—¿Otra sorpresa, eh? —dijo el mayor, recobrando su humor—. Bien, interrogué a decenas de personas en el Grampian anoche. Y escuché algunos rumores inquietantes. Actores que desaparecían inexplicablemente después de haber tenido uno de esos accidentes por los que nos hemos preocupado tanto. Puedo decirle que tenía mis dudas sobre usted y su sargento cuando lo oí. ¡Hombre!, ustedes se llevaron a Albert anoche muy repentina y misteriosamente, ¿no? Bueno, pues como consecuencia de todas esas historias decidí vigilar a nuestro amigo Albert. Su madre me dio la dirección.

—Su interrogatorio, ¿le proporcionó alguna información que deba pasarle al sargento Cribb, señor?

El mayor denegó con la cabeza.

—Totalmente decepcionante. ¿Sabe usted?, la clase de personas que se encuentra uno en las variedades no me impresiona mucho, agente. Una existencia muy reservada. Hágales una pregunta amable y son capaces de empezar a soltar insultos. Les importan realmente muy poco las desgracias de sus compañeros artistas, se lo digo yo. ¡Ahí va! Enemigo a la vista. ¡No se acerque demasiado, cochero!

Los carruajes tirados por cuatro caballos eran menos comunes que los cabriolés en la calle Victoria, pero debía de haber una docena en la cola que se había formado desde los almacenes del Ejército y de la Marina hasta la estación Victoria. Afortunadamente, aquel baúl en el techo era un punto de referencia tan claro como un sombrero de copa en una iglesia. El cabriolé del mayor se incorporó rápidamente a la principal caravana de coches, detrás de un faetón.

—Caballos con muy buena marcha —comentó moviendo la cabeza—. Yendo hacia Hyde Park, supongo. Hay mejor clase de gente a este lado de

Londres.

Pasada la estación, el tráfico se hizo menos denso e iban a más de medio galope según se acercaban a Hyde Park Corner siguiendo por Grosvenor Place.

—No me importaría dar una vuelta por Rotten Row esta mañana —dijo el mayor, pero Thackeray iba mirando hacia el hospital de St. George, a su izquierda.

El viaje continuó a través de Knightsbridge y la calle Kensington. Ahí se pudo detectar una cierta tensión en el mayor. Alisó la parte delantera de su uniforme y se abrochó un botón, volvió a ponerse la gorra y colocó la correa del saco de la correspondencia simétricamente a través de su pecho. Thackeray enderezó su gorro, sin saber muy bien la razón. Segundos más tarde quedó clara, cuando el mayor se puso tieso en su asiento y ejecutó un elegante «¡vista a la derecha!», hacia el Albert Memorial.

El coche con el baúl giró a la derecha en la calle Mayor de Kensington, hacia Kensington Palace Gardens.

—Esta calle es privada, cartero —le dijo el cochero al mayor—. ¿Debo continuar?

—Sí por favor, pero si paran, quiero que usted les adelante despacio.

Mientras el cabriolé seguía a su presa tranquilamente por la elegante avenida, Thackeray se secaba la frente con un pañuelo grande. ¿Dónde estaba la lógica en este caso? Se necesitaría un detective más inteligente que él para encontrar una conexión entre estas elegantes casas, vecinas de una residencia real, y la prisión de Newgate. No había ni una que no tuviera verjas de hierro forjado y caminos de grava y escalones hasta la entrada principal.

A unos doscientos metros del final de Bayswater, el carricoche se dirigió hacia la avenida de una mansión en cuya blanca fachada había pilastras coronadas por águilas.

—Pase despacio y luego pare unos cincuenta metros más allá —ordenó el mayor.

A Thackeray le pareció ver a Albert al pie de las escaleras mirando cómo descargaban el baúl, pero era difícil observar algo en un fugaz instante entre las espesas coníferas plantadas delante de la casa.

—Philbeach House —leyó el mayor en voz alta—. No me dice nada.

Cuando el cabriolé se paró, se volvió hacia Thackeray.

—No conseguirá mucho observando, a menos que se suba a un pino, agente, y no se lo recomiendo. ¿Qué hace Scotland Yard ahora?

Thackeray abrió la puerta.

—He visto a un jardinero en la casa de al lado. Intentaré hablar con él.

Los bombachos eran muy adecuados para Kensington Palace Gardens. El jardinero se quitó la gorra.

—¡Ah, sí señor! —contestó—. Eso es Philbeach House.

—¿Y quién es el propietario?

—Sir Douglas Butterleigh, el fabricante de ginebra. Un millonario, dicen, y un caballero muy bueno también, sea como sea que haya hecho el dinero. No vive aquí, ¿sabe? ¿Le estaba usted buscando?

—Realmente no —dijo Thackeray—. ¿Y quién vive ahí entonces?

El jardinero se rió a carcajadas.

—¡Ahora sí que pregunta usted! Yo diría que hay una veintena o más de residentes en Philbeach, por las idas y venidas que observo cuando estoy aquí cortando mis rosas. Y bien raros son algunos de ellos, señor, pero eso forma parte de la vida del teatro... Eso es lo que creo.

—¿Del teatro?

—Bueno, de las variedades. Sir Douglas mantiene un hogar para los artistas de variedades que pasan por tiempos difíciles. Es un hombre muy bueno.

El sargento Cribb gruñó:

—Scotland Yard no es el Banco de Inglaterra. ¡Cuatro chelines! Eso es lo que yo pago por una semana de alquiler en los alojamientos de los hombres casados. No sé lo que le pasó, agente, haciéndose el señor por Londres en cabriolé. ¿Cómo puedo anotarlos como gastos razonables? Al menos de regreso podría usted haber tomado el autobús.

Thackeray aceptó la reprimenda. Era mejor sentirse avergonzado por la irritabilidad de la lengua de Cribb que por un viaje en bombachos en autobús. Nunca sabría la verdadera razón de aquel costoso viaje de vuelta. Confidencias de esa naturaleza era mejor ocultárselas a Cribb.

Cómodo ahora, con sombrero hongo y pantalones de franela, Thackeray le mostró el camino por Kensington Palace Gardens hasta Philbeach House. Una perfecta tarde de otoño, el destello de las hojas era increíblemente carmesí en su serpenteante caída. Realmente, no era la ocasión para que Cribb perdiera el tiempo con los precios de los coches de alquiler. Pasó una niñera uniformada, empujando un cochecito de tres ruedas. Thackeray levantó el sombrero y ella casi se cayó encima del niño que iba delante dando sus primeros pasos.

—Que me aspen si está usted escuchando —dijo Cribb—. ¿Dónde dice que está esa casa de reposo? Ya es hora de que lleguemos, necesito algún lugar donde apoyar mis pies.

Thackeray tosió forzosamente.

—Le dije que había un buen trozo desde la parada del autobús, sargento.

Recordaba para sí la dramática afirmación de Cribb al comienzo de la tarde:

—Scotland Yard ya ha vigilado y esperado lo bastante. Es imperativo que entremos inmediatamente en esa casa. Ha llegado la hora de la acción, agente.

Y así, salieron al momento hacia la calle Westminster Bridge. Y esperaron veinte minutos para tomar el autobús y hacer un viaje de tres peniques hasta Kensington.

Y llegó el momento en el que estuvieron ostentosamente en la entrada principal de Philbeach House y Cribb tiró de la campanilla.

—Policía —anunció al sirviente, que abrió parcialmente la puerta—. ¿Quiere tener la bondad de informar al propietario?

El rostro tenía las cicatrices y la mirada brutalizada de un expúgil. La comprensión aparecía lentamente en él. Se retiró sin decir palabra.

—¿Oye usted algo? —preguntó Cribb.

Thackeray se quitó el sombrero y puso un oído en la puerta.

—Suenan como si cantasen, sargento. Himnos, supongo. En domingo por la tarde.

Cribb no estuvo de acuerdo.

—*Tommy hazle sitio a tu tío* no está en mi libro de himnos.

El rostro volvió a aparecer.

—La señora dice que pasen.

—¿La señora? —Cribb repitió la palabra, arqueó las cejas, se quitó bruscamente el sombrero de hongo y caminó hacia adelante. Fueron descortésmente conducidos a través de un vestíbulo embaldosado, flanqueado por hileras de marchitos arbustos en tiestos de cobre, pulidos para una somera inspección. En las paredes se alineaban carteles enmarcados del teatro de variedades, como en Scotland Yard los carteles de recompensa. Desde algún lugar delante de ellos el canto se convirtió en un coro, claramente no eclesiástico. En otro lugar de la casa alguien estaba dando martillazos.

El sirviente arrastró los pies hasta que se detuvo, se apoyó contra la puerta y murmuró entre dientes:

—Aquí hay dos guindillas —dijo al abrir.

Después se volvió, apartó a los detectives con el hombro como si fuesen cortinajes drapeados, y se fue arrastrando los pies. Si esto era una antigua estrella del teatro, tenía sus talentos bien escondidos.

Cribb abrió más la puerta y entraron en una sala notable. El obligatorio mobiliario de salón estaba allí: aparador, mesa y sillas de caoba oscura, sillones y sofás tapizados en terciopelo, piano, vitrina y biombo. Pero la ornamentación era tan inesperada que se pararon, momentáneamente anonadados. Las paredes, donde debía haber habido un discreto papel de tela, estaban decoradas a mano con cientos de rostros humanos individualizados mirando fijamente hacia dentro con expectación, un deslumbrante desfile de manchas rosas y naranjas, roto por trozos sombreados que representaban sombreros, corbatas y barbas, y todos haciéndose más pequeños y menos destacados hacia el techo para conseguir el efecto de profundidad. Era como perderse en un escenario, frente a una sala atestada de espectadores.

Después de esa sensación vinieron otras. Más caras, caras blancas y sin expresión, una hilera de mascarillas de yeso bajo cúpulas de vidrio, alineadas en el aparador, una, grotescamente adornada con una peluca de crepé; otra, coronada con un viejo sombrero de seda. Cada una rotulada en dorado con el nombre de la fallecida estrella de las variedades. La parte superior del piano soportaba un pequeño ejército de cáscaras de huevo pintadas para representar aún más rostros, miniaturas de cómicos y payasos con todo su maquillaje, y con mechones de pelo de caballo pegados para darles realismo. Y las vitrinas estaban atestadas de marionetas y muñecos de ventrílocuos que miraban con sus ojos saltones inexpresivamente al frente, como el resto.

Un rostro de entre los cientos se movió.

—Pasen, por favor. Es un poco enervante, creo, si uno no pertenece al mundo del teatro. La mayoría de nosotros, aquí, en Philbeach, lo somos, ya ve. Mi nombre es Body. Viuda, hace siete años. ¿Cuál es el suyo?

Una figura como de muñeca, envuelta en un chal negro, hablaba desde el centro de un gran sillón de orejas, con las piernas fuera de la vista sobre el fondo del sillón. La cara estaba meticulosa y bellamente moldeada, radiante, aunque era imposible precisar dónde empezaba el colorete y dónde terminaba el arrebol del fuego. El cabello, demasiado rubio para ser natural, encuadraba unos rasgos con profusión de rizos, como un estudio de niño de Reynolds.

—Cribb, señora. Sargento Cribb y agente Thackeray. Investigando personas desaparecidas. Creo que esto es un hogar para artistas de variedades desamparados.

—Correcto. —La dicción de la señora Body, como su cabello, era algo demasiado pomposa—. El canto que puede usted oír forma parte de una función que están ensayando. Uno nunca se retira realmente del teatro, ¿saben? Los golpes no forman parte de la actuación. Tengo aquí al empleado del gas.

—¿En domingo, señora? Esto no es normal.

—Sí, pero los escapes de gas no respetan la observancia del día del Señor. El empleado del gas me ha dicho que podía ser peligroso si se dejase. Ahora, por favor, siéntense y díganme cómo puedo ayudarles.

Thackeray escogió una silla al lado del sillón que cogió Cribb. El mobiliario tapizado parecía inapropiado para el rango de agente mientras hubiese disponible un sólido trabajo de carpintería. La señora Body se le dirigió:

—Está usted sentado en una de nuestras más preciadas reliquias, señor Thackeray. No, está muy bien que la utilice. No se levante. Es la mismísima silla que W.G. Ross utilizaba para sentarse en los años cuarenta cuando cantaba la *Balada de Sam Hall* en las bodegas de sidra.

—¡Aquella maldita redada! —dijo Cribb.

—¡Lo recuerda usted! ¡Espléndido! ¡Señor Cribb, es usted un entendido de la escena de variedades, de veras!

—Eso sería exagerar, señora. Mi interés por Sam Hall es más por su historial criminal que por su leyenda en la canción. Es una bella colección de artículos del *music hall* la que tienen ustedes. ¿Podría ser eso un depósito de calcio utilizado como carbonera allí en el hogar?

Ella aplaudió.

—¡Es usted realmente un entendido! Deben de haberle enviado a usted a propósito. Espero que podré ayudarle a encontrar a algunas de sus personas desaparecidas y luego puede usted volver siempre que quiera para charlar conmigo.

Las preguntas del sargento raramente se volvían tan personales. ¿Era eso un toque de color asomando a sus mejillas? Thackeray se abstuvo de mirarle demasiado atentamente. Seguro que era el fuego.

Estallaron aplausos en la habitación de al lado, sorprendentemente estridentes para un domingo por la tarde, incluso entre artistas de

variedades. Pero éstos dieron paso a una exquisita interpretación de barítono bajo de una de las canciones cómicas más finas y populares de John Orlando Parry.

—*Se necesita una institutriz, adecuada para ocupar* —cuando, inexplicablemente, un estallido de risas sofocadas interrumpió al solista. Consiguió cantar—: *El puesto de enseñante con habilidad* —y de nuevo se vio obligado a parar por la ruidosa reacción de su público—. *En la familia de un caballero muy gentil* —comenzó de nuevo—, *en la que se espera que la señorita intentará ocultar...* —y ya incontroladas carcajadas le hicieron imposible continuar.

Cómo una simple tonada podía dar lugar a tales risotadas, era un desafío para la imaginación.

—Perdóneme. —La señora Body se levantó decididamente de su silla, cruzó la habitación hacia la puerta que comunicaba y fue en la dirección de donde procedía el escándalo, que paró casi al momento. Sólo continuó el martilleo procedente de una habitación, al otro lado.

—¡Vaya a ver al empleado del gas, rápido! —ordenó Cribb yendo a zancadas hacia la puerta que la señora Body había utilizado—. Yo vigilaré.

Thackeray reaccionó al instante, casi tirando la silla de W.G. Ross en la acción. Abrió la puerta y vio un largo comedor con paneles. Había varias mesas puestas para la cena. Entre los adornos de la mesa había candelabros de plata. Casi al final, en una tenue neblina, estaba el empleado del gas, con mono, metido hasta las rodillas en los cimientos y con media docena de tablas de suelo abiertas con una palanca a su alrededor. Se volvió con el martillo en la mano e hizo un guiño. ¡El mayor Chick!

—Exactamente en el campo del enemigo, ¿eh? —dijo el mayor en un teatral susurro—. Soy una verdadera caja de sorpresas, agente. —Thackeray cerró la ventana y asintió con pesar en respuesta a las enarcadas cejas de Cribb.

—Ustedes perdonarán que haya salido con tanta precipitación —dijo la señora Body volviendo a entrar— no eran en absoluto conscientes de que su pequeño concierto nos estaba molestando.

—¿Sus huéspedes son exclusivamente masculinos? —preguntó Cribb, tocando un par de zapatillas de ballet que estaban sujetas al lado de la repisa de la chimenea junto con otras, y que recordaban ratas muertas a tiros en la puerta de un granero.

—¡No, no! Recojo a cualquiera que tenga problemas temporalmente. Da la casualidad de que tengo a nueve señoras residiendo aquí en este momento. Pero nunca ha habido ni el más mínimo asomo de algo indecoroso en Philbeach House, ¿me entienden?

—Eso se da por supuesto —contestó Cribb.

Thackeray también asintió.

—¡Qué encantadores! ¿Sabe usted, señor Cribb?, me recuerda sorprendentemente al malogrado esposo de la señora Body, salvo que él no

era tan alto como usted y llevaba gafas. Usted ve bien, ¿verdad?

—Creo que sí, señora.

—No se confíe. *Nusquam tuta fides*, como el señor Body acostumbraba a decirme a menudo. «Nuestra confianza no está segura en ningún sitio», y perdió sus gafas en Hyde Park, y se ahogó en el Serpentine. ¿En qué puedo ayudarle, señor Cribb?

—¿Lleva usted un registro de sus huéspedes, señora?

—¿Un registro? Me temo que nada tan formal. Sin embargo, puedo decirle quiénes son.

—Muy bien. Thackeray, necesitará usted su libreta. ¿Quizás quiera usted empezar por las damas, señora Body?

Se dio una palmada en las mejillas.

—¡Oh, Dios mío, una libreta! Eso es suficiente para hacerme olvidar mi propio nombre, aparte de los nombres de los huéspedes.

—Olvide que Thackeray está aquí, señora —le sugirió Cribb—. Considérele otra cara pintada de la pared. Puede usted recordar los nombres para mí, ¿verdad?

Se revolvió de placer en su sillón.

—Si me lo pone usted así, creo que puedo. Bien, están Beatrice y Alexandra, mis más antiguos residentes. Son cantantes.

—¿Sus apellidos, señora? —preguntó Thackeray.

Cribb le miró con ferocidad.

—¿Cuándo llegaron?

—Oh, hace por lo menos dieciocho meses —dijo la señora Body—. Son hermanas, ¿sabe? Su apellido es Dartington. Ahora tengo aquí dos parejas de hermanas. Las otras son artistas de trapecio, Lola y Bella Pinkus. Si no fuese hacer un viejo chiste de *music hall* las describiría como muy excitables. Decentes, pero muy fogosas. Creo que echan de menos el ejercicio que acostumbraban a hacer.

—¿Están sin trabajo, entonces?

—Sí, pobres niñas. Una pequeña desgracia en el Middlesex y las despidieron. No podían pagar el alquiler ni encontrar otro empleo, así que les ofrecimos que viniesen aquí. Y lo mismo con la mayoría de las demás: la señorita Goodbody, la señorita Archer, la señorita Tring...

—¿La Voz del Columpio? —dijo Cribb.

—¡Sí! ¡Qué ilusión le hará a Penélope cuando le diga que sabe usted su nombre! Estaba en un terrible estado cuando llegó aquí. Tuvo una experiencia insoportable en su columpio, pero aquí, a nuestra alegre manera, estamos intentando que no se lo tome tan en serio.

—Estoy seguro de ello —dijo Cribb. El ruido de la habitación contigua, reiterándose de nuevo, era una evidencia de ello—. Eso hace siete señoras. ¿Quiénes son las demás?

La señora Body hizo un rápido inventario de sus huéspedes con los dedos.

—¡Ah!, la señorita Harriet Morris, cantante y bailarina. Ha sufrido unas

desgracias tan lamentables la pobre niña... y luego está mi último huésped que llegó ayer después de comer, y debo confesar que aún no sé su nombre. Es la madre de un forzudo que fue atacado por un perro y que trajeron aquí esta mañana.

—El gran Albert —dijo Cribb—, ¿Quién se lo trajo?

—¡Pues la Funeraria! No les habré sorprendido, ¿o sí, caballeros? Deben de haber oído hablar de la Funeraria, George y Bertie Smee, uno de los más fantásticos números cómicos de Londres hasta que tuvieron un accidente hace dos meses. Son una muy buena compañía, ¡y ayudan tanto! Fueron hasta Lambeth en un coche de alquiler para persuadir a Albert de que se viniese aquí a convalecer.

—¿De veras? ¿Y cómo se enteró usted de la lesión de Albert?

La señora Body sonrió beatíficamente.

—Hay muchos más buenos samaritanos en las variedades de los que usted cree, señor Cribb. Cuando un artista sufre una lesión puede usted estar seguro de que alguien de la misma compañía, o entre los espectadores, habrá oído hablar de Philbeach House. En este caso fue un conocido personal de Sir Douglas Butterleigh.

—¿Su benefactor?

—El mismo. Vemos poco a Sir Douglas, pero tiene muchos amigos, y a algunos de ellos les gusta unirse a nuestra filantropía. Prefieren permanecer en el anonimato.

Cribb asintió de manera que expresaba que no había esperado menos.

—¿También les dio su informante la dirección de Albert? Le trajeron aquí increíblemente deprisa.

Hubo una pausa mientras la señora Body enroscaba uno de sus rizos alrededor del dedo índice de la mano izquierda.

—Señor Cribb, hace usted unas preguntas tan sospechosas... ¿Cree usted que me cogerá diciendo algo indiscreto? Creo que me gusta la perspectiva de ser atrapada por un verdadero policía. ¿Qué le gustaría que dijera?

El lápiz de Thackeray se le escapó entre los dedos y rodó por el suelo. Murmuró una disculpa y lo recogió. ¿Cómo puede uno reaccionar como una pintura mural cuando su superior está siendo expuesto a un peligro moral?

—Simplemente preguntaba cómo supo la dirección de Albert, señora —dijo Cribb.

—A través de su representante, claro, —contestó la señora Body—. Todo artista se asegura de que su representante tenga su última dirección. Señor Cribb, arriba tengo algo que le interesará, como amante que es usted del teatro de variedades. Debió usted haber estado en el viejo Alhambra de la Plaza Leicester antes de que perdiese su licencia musical y de baile. Pues tengo una pequeña salita amueblada como una perfecta copia de un palco del Alhambra, incluso con las cortinas y las sillas que le compré al propietario.

—No creo que tenga tiempo hoy, señora... —empezó a decir Cribb.

—Quizás en otra ocasión, cuando quiera usted interrogarme más —aventuró la señora Body—. Puede usted comprender mi deseo de escapar de mis responsabilidades de vez en cuando. Es entonces cuando me retiro a mi pequeño palco de arriba.

Thackeray se sonó ruidosamente.

—Pero deseará usted saber los nombres de mis huéspedes masculinos, —dijo la señora Body, cuyos pensamientos habían sido evidentemente desviados por la interrupción—. No sé si podré recordarlos todos. Alojo a la mayoría de la antigua orquesta del Alhambra.

—La comprendo, señora —dijo Cribb con convicción—. Pero ellos no constan en mi lista. ¿Tiene usted a un italiano que baila sobre barriles, llamado Belloti?

—¡Sí, sí! —Abrió los brazos con exageración—, ¡Qué espléndido! ¡Le puede tachar de su lista!

—¿Y a un cómico llamado Fagan?

—¡Sam Fagan! Es la voz de Sam la que oye usted en la habitación contigua.

—Ésa es una buena noticia, —dijo Cribb—. ¿Podemos pasar?

La señora Body levantó una mano.

—Esta tarde no. Hay ensayo, ¿sabe? Insisten en que los ensayos sean privados.

—¿Y para qué están ensayando, señora?

Por un momento la señora Body pareció confundida.

—¿Para qué, señor Cribb? Pues para cuando vuelvan a las candilejas, cuando estén totalmente recuperados. A algunos de ellos ya no los contratarán nunca más, pero sería muy cruel si les privásemos de sus pocas esperanzas.

Esta patética visión de los huéspedes era difícil de reconciliar con lo que salía en ese momento de la puerta de al lado. Una voz, presumiblemente la de Sam Fagan, estaba intentando recitar un poema del difunto Thackeray. Como la canción, estaba siendo acogido de la forma más extraña.

El señor Fagan recitaba:

*Pero de todos los pobres tesoros que adornan mi nido,
Hay uno que me encanta y es el que más aprecio,
Ni por el más bello de los sofás acolchado de cabello
Te cambiaría jamás, silla mía de mimbre.*

En ese momento, carcajadas de risa indecorosa interrumpieron la interpretación. Era imposible creer que un conocido poema de salón pudiese ser acogido así.

*Tienes las patas arqueadas, el respaldo alto y el fondo comido
Con el respaldo crujiente y las viejas patas retorcidas
Pero desde la bella mañana en la que Fanny se sentó ahí
Te bendigo y te amo, vieja silla de mimbre.*

—¡Extraordinario! —exclamó Cribb, no por el poema, sino por el

persistente rumor de risitas que lo acompañaba, con las voces de las mujeres tan destacadas como las de los hombres. ¿Estaban interpretando alguna inexplicable pantomima como acompañamiento?

Si las sillas también sienten, al soportar tales encantos

Un estremecimiento debe de haber sacudido tus secos y viejos brazos.

Yo quería, anhelaba y deseaba desesperadamente

Deseaba haberme convertido en una silla de mimbre.

Un verdadero estruendo infernal de risotadas provocó la esperada reacción de la señora Body.

—Perdónenme, caballeros. Otra vez se están pasando.

No había llegado a la puerta cuando la detuvo en su camino una estremecedora explosión que procedía de la dirección contraria.

—¡El mayor! —dijo Thackeray, y corrió hacia la puerta del comedor.

Al abrir la puerta, la polvareda se esparció. Por un momento fue imposible ver nada. Después, se pudieron apreciar los efectos de la explosión: suelos de madera destrozados, mesas caídas y ventanas rotas. No había ni rastro del mayor, pero una ventana abierta daba pie a la esperanza.

—¡Vaya al conducto principal y cierre el gas! —ordenó Cribb al primer rostro asustado que apareció de la habitación contigua. El hombre tuvo el buen sentido de obedecer al instante—. Cuide de la señora Body, ¿quiere? —pidió Cribb a alguien más.

La habitación se fue llenando rápidamente de gente, chocando unos con otros en medio de la envolvente polvareda.

—He cerrado la puerta, sargento —dijo Thackeray cuando encontró al sargento—. El mayor parece haberse ido. No creo que fuese lo bastante violenta como para haberlo...

—¿Hecho pedazos? Lo dudo —dijo Cribb—. ¿Qué lleva usted debajo del brazo?

Thackeray volvió a colocar el fardo que llevaba.

—Creo que es Beaconsfield, sargento. Casi tropiezo con él hace un segundo. La pobre bestia está temblando como un flan.

—Y está absolutamente ridículo también con esa cinta rosa alrededor de su garganta. Creo que está temblando de humillación.

La atmósfera de la habitación se iba aclarando, aunque persistía un murmullo de agitada conversación. Dos mujeres jóvenes en trajes de malla cuidaban de la señora Body, que estaba echada en su sillón en un estado de postración nerviosa.

—¿No es aquél Albert, sargento, en aquel grupo de allí? —preguntó Thackeray.

—Probablemente. Es mejor no reconocerle abiertamente. Nos podemos enterar de mucho más con la ayuda de Albert. Y vigile a su madre. Si viene por aquí, mejor será que deje usted a Beaconsfield y se largue por la puerta principal. Este estúpido y baboso animal es capaz de estropearlo todo. ¿Le

tiene usted cariño a los dogos, quizás?

—No especialmente, sargento. Sólo parecía estar falto de confianza en medio de la confusión.

Cribb miró con desprecio al perro.

—Ése es su estado natural.

Al otro lado de la habitación, Albert llamaba la atención de Thackeray.

—Parece que le ocurre algo a Albert, sargento. ¿Cree usted que está bien? Creo que me señaló. Ésos son los hombres que estaban con él en el coche.

Cribb miró al grupo con interés. Los señores Smee, la Funeraria, eran difíciles de imaginar como número cómico. Albert estaba entre ellos, aflojándose el cuello de la camisa con el dedo índice.

—A lo que parece le ha entrado polvo en la camisa —dijo Cribb—. No le mire fijamente. Todos saben que somos polis. Suelte al perro y veremos si puede reconocer a alguien. Ésas deben de ser las hermanas Pinkus.

Un momento después, Thackeray insistió tozudamente con el tema de Albert.

—Sargento, se está rascando el cuello como un mono. No es natural. Se está quitando el cuello de la camisa.

—¿El cuello de la camisa? —Cribb giró en redondo—. ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho usted con Beaconsfield?

—Lo solté, como me dijo, sargento —dijo Thackeray, totalmente desconcertado. No se veía al perro.

—Bueno, pues encuéntralo otra vez, ¡rápido, por el amor de Dios! Albert nos está haciendo señales. Tiene que haber algo escondido bajo esa cinta que lleva el perro al cuello. ¿Adónde habrá ido ahora ese puñetero animal?

Cada detective salió en dirección distinta por la habitación, con el paso de mono habitualmente adoptado por los miembros del cuerpo cuando hacían rondas para buscar animales extraviados. Una de las jóvenes en mallas que estaba inclinada sobre la señora Body se irguió y lanzó a Thackeray una dura y larga mirada, pero, por lo demás, la confusión reinante desvió el interés de la búsqueda.

Fue Cribb quien localizó a Beaconsfield, jadeando detrás de un biombo. Llevó una mano hacia la cinta.

—Quieto, ahora. Quieto.

Beaconsfield gruñó. Cribb retiró la mano.

—¡Ah, está usted ahí, agente! ¡Con cuidado, vea qué hay debajo de esa cinta inmediatamente!

El perro dejó que Thackeray se acercase. Quitó un pedazo de papel de debajo de la cinta y se lo dio a Cribb.

—¡Malditos sean sus ojos! —dijo el sargento cuando lo hubo leído—. ¿Qué opina usted de esto?

Thackeray leyó el mensaje: «Todo está en perfecto orden. Gracias por su interés. Albert».

Apenas se intercambiaba una palabra amable entre los policías de la comisaría de la calle Paradise los lunes por la mañana. Se percibía la atmósfera en cuanto se pasaba bajo la lámpara azul y se veía la siniestra expresión del policía de servicio en su mesa de trabajo. Desde el momento en que el primer relevo formaba temblando en el patio, a las seis menos cuarto, y el sargento de la comisaría los clasificaba y se los llevaba a sus rondas en fila de a uno marcando el paso, la lista de servicios era suficiente como para arrancar una lágrima de pena de los ojos de un convicto. Porque para las diez, cuando el relevo volvía quejándose de la acumulación de mondas de naranjas en los fines de semana (que cada policía tenía órdenes de recoger, «porque han ocurrido frecuentes accidentes a transeúntes al resbalar con ellas») los de servicio en la comisaría tenían que haber comprobado las hojas de cargo, sacado a los ocupantes de las celdas y haberlos llevado ante los magistrados, barrido el suelo de la comisaría, estudiado la *Gaceta de la Policía*, completado los informes matutinos de delitos a tiempo para el coche de los despachos, puesto al día sus diarios personales y tratado con un interminable flujo de triviales preguntas del público. Y era los lunes cuando los oficiales equivocados conocían que sus nombres habían sido inscritos en el libro de delincentes de la División.

Fue por eso por lo que el sargento Cribb se sorprendió al oír el alegre tarareo de su ayudante cuando lo encontró en la sala de investigación criminal. Pronto puso fin a aquello.

—¿Una ligera indigestión, agente?

Thackeray se sentó completamente inmóvil. En sus uñas aparecieron semicírculos blancos mientras apretaba su pluma con fuerza. ¿Por qué tenía que soportar insultos?

—No, mi sargento. Siento que mi canturreo le ofenda. Es la alegría, creo, una vez terminada la investigación y con mi informe escrito en sus tres cuartas partes. —Secó la plumilla con cuidado y miró a Cribb—. Si quiere usted que le diga la verdad, estaré contento de volver a un trabajo serio de detective.

Las cejas de Cribb se enarcaron de golpe por la sorpresa.

—¡Cielo santo!, me ha cogido desprevenido. Thackeray, hay en usted una vena de malevolencia que yo no conocía. Aún le haremos sargento.

—No es que yo tenga la intención de ser ofensivo, sargento —explicó Thackeray, consciente de que su observación había herido más de lo que pretendía—, pero no puedo decirle lo descansado que me quedé cuando ayer encontramos a todas esas personas desaparecidas en Philbeach House. Yo ya pensaba que eran cadáveres. Usted sabe que estoy esperando encontrar un cadáver tanto como el que más, pero a veces te anima el descubrir que las cosas no eran lo que parecían. Quiero decir que aquel mensaje de Albert llegó como un rayo de dorado sol.

—En una cinta rosa —añadió Cribb.

Thackeray le dirigió una penetrante mirada.

—Una cosa como ésa, viniendo de forma tan inesperada, te devuelve la fe en tu prójimo, o eso creo yo, de todos modos, «Todo en perfecto orden». Voy a terminar mi informe con esas palabras. Serán un buen cambio frente a todos esos relatos de violencia y sangre que se envían a Scotland Yard.

—Debería alegrar los corazones de los de estadística, —murmuró Cribb. Pasó el dedo índice por el borde de la lámpara que había en la mesa de trabajo de Thackeray y miró si había polvo—. Así que tiene usted intención de volver al trabajo de rutina de detective. Por lo que a usted se refiere, la investigación de los teatros de variedades terminó ayer.

Thackeray apuntó con su pluma a Cribb.

—¡Ah!, ya sé lo que me va a preguntar, sargento, que cómo me explico todos esos accidentes. Pensé mucho en eso antes de acostarme anoche. Repasé todo el caso mentalmente, un accidente tras otro. Fue cuando llegué a pensar en Albert cuando de repente todo cobró un sentido. Recordé aquella fea habitacioncita en la que vive, el gastado linóleo y el mobiliario. Y la deprimente vista al manicomio. Luego pensé en los candelabros de plata de Philbeach House y los blancos manteles y gruesas alfombras y vi por qué todo está ahora en perfecto orden para Albert y para los demás. Están muy bien allí en Kensington, sargento. ¡Nunca han conocido cosa igual en su vida!

—No lo dudo —admitió Cribb—, pero ¿explica eso los accidentes?

—¿No se da usted cuenta? —preguntó Thackeray con los ojos relucientes—. ¡Ellos representaron sus propios accidentes para ser admitidos en Philbeach House! El mismo Albert cambió los perros, o quizás lo hizo su madre, y cambió una pierna dolorida por unas cuantas cómodas semanas en Kensington. ¿No es obvio cuando uno lo piensa? Se ha corrido la voz por las salas de que hay pensión y alojamiento gratuitos para cualquiera lo bastante listo como para caerse de narices en escena. Incluso los van a buscar en coche. Por eso es por lo que ha habido tal racha de accidentes. Cuando se piensa en ellos, fueron en su mayoría pequeñas lesiones...

—¿Como la de Woolston clavando una espada en su ayudante? —preguntó Cribb.

—Bueno, siempre hay algún tipo que va demasiado lejos —continuó Thackeray frunciendo el entrecejo—. Estaba claro que la chica le importaba un comino. Al atravesarle la espada en la pierna él creyó que conseguiría un lugar en Philbeach House para los dos. En lugar de eso ha tenido que conformarse con Newgate. Pero si piensa usted en cualquiera de los demás, las hermanas Pinkus, Belloti, Sam Fagan, se aseguraron la pérdida de sus empleos sin causar un daño verdadero a sus personas. Y ahora están instalados entre candelabros de plata con la señora Body. Si fuese una casa para polis sin trabajo, yo también estaría tentado de caerme por las escaleras de la comisaría.

—Pues yo no —dijo Cribb con énfasis—. Me sentí terriblemente incómodo

ayer, cuando estaba en la misma habitación que aquella mujer. Y eso que estaba usted allí de carabina.

Thackeray sonrió.

—Es que no ha sido nuestra clase de caso, sargento. Lo estuve presintiendo durante todo el tiempo. No estamos hechos para líos de teatro. Estaré muy contento de volver a algún sencillo trabajo de robo con violencia. Usted entiende el sentido de mi razonamiento, ¿verdad?

Cribb asintió gravemente.

—¿Termina eso la investigación entonces, sargento?

Cribb se encogió de hombros.

—Si quiere usted retirarse...

—Bueno, puesto que no ha habido asesinato, sargento y los fraudes no son fáciles de probar...

—¿Quisiera usted dejarme el resto a mí? Muy bien, Thackeray. —Cribb cogió el sombrero—. Siento haberle molestado. Tendría que haberme asegurado de que tenía un cadáver antes de interrumpir sus clases. No obstante, nos separaremos amistosamente. Recuerde usted pasados éxitos, ¿eh?

Thackeray se agarró la barba. ¡Cielos! ¡Las clases de gramática! ¿Qué había dicho?

—Sargento, ¡no estoy renunciando! Si hay más que investigar, lo investigaremos juntos. Sólo creí que mi teoría...

Cribb permaneció de pie mirando por la ventana. Antes de que hablase pasaron unos segundos angustiosos.

—También es una teoría atractiva. Sus deducciones han mejorado a través de los años. Incluso podría usted tener razón esta vez. —Se dio golpecitos en la nariz pensativamente. Thackeray esperaba, pálido—. Hay pequeñas cosas que todavía me preocupan. Preguntas que necesitan respuesta. ¿Quién nos puso sobre esta investigación enviándonos el cartel del Grampian con el mensaje marcado en él? Alguien quería que investigásemos. Y también, ¿por qué todos esos accidentes ocurren en teatros distintos en distintas noches y no hay dos víctimas que hagan números similares? ¿Por qué los huéspedes de Philbeach House no recogen sus cartas de los representantes? ¿Qué sucedía allí ayer, en la habitación contigua? Un ensayo, dijo la señora Body, pero ¿para qué? ¿Dónde estaba el humor en aquel poema? Pequeñas cuestiones todas ellas. Cosas tontas e insignificantes.

—Hay todavía un montón de cosas que desenmarañar, sargento —dijo Thackeray, aprovechando la primera ocasión que tuvo para afirmar su lealtad.

—Las suficientes para mantenerme ocupado un poco más... —dijo Cribb—. No obstante, no es preciso que siga usted en el caso. Es una cuestión personal, ¿comprende? Quedan algunos pequeños detalles irritantes, y no estaré contento hasta que estén todos explicados. Realmente, es como si tuviera que reunir un rebaño de ovejas.

Cribb como pastor era una concepción nueva, pero en espíritu, Thackeray ya estaba a su lado con polainas y blusón.

—No lo podría dejar ahora sargento, no mientras el trabajo esté por terminar. Porque la respuesta a sólo una de esas preguntas puede cambiarlo todo, como un movimiento en un juego de damas. ¿Cómo cree usted que me sentiría si usted encontrase algo que diera al traste con mis deducciones?

—No lo sé —dijo Cribb— pero si está usted equivocado y alguien más provocó esos accidentes, hay un hombre en Newgate a punto de ser juzgado por un delito que no cometió. Puedo imaginarme cómo se siente. Para él es un juego de salón, pobrecillo.

Thackeray, completamente apabullado, no hizo comentario alguno. En tales momentos había aprendido a esperar a que Cribb retomase de nuevo la conversación.

—Ayer noche hice algunas indagaciones por mi cuenta. Descubrí un par de cosas sobre sir Douglas Butterleigh, el propietario de Philbeach House.

—¿El fabricante de ginebra?

—Sí. Un hombre muy rico. Amasó su fortuna cuando hacían furor los salones de ginebra. Ahora tiene noventa años, está postrado en cama y perdió la capacidad de hablar hace un año. Vive en una clínica privada de reposo en Eastbourne.

—No parece que pueda ayudarnos mucho, sargento. ¿Tiene familia?

—Un hijo. Misionero en Etiopía.

—Esperará heredar una gran fortuna.

—Tres fábricas —dijo Cribb—, dos grandes mansiones y más de cien tabernas. —Hizo una pausa—. Y un teatro de variedades.

Thackeray silbó.

—¿Cuál, sargento?

—No creo que lo conozca. El Paragon, en Victoria. No es uno de los mayores.

Hervían teorías en el cerebro de Thackeray.

—¡Un teatro de variedades! ¡Caray, sargento, deberíamos ir a verlo!

—Eso es lo que me proponía hacer —dijo Cribb—, Es decir, si esa frase final de su informe puede soportar un pequeño aplazamiento.

Tres caballeros maduros en calzoncillos azules de satén y céfiros, posaban, con las barbillas erguidas, cogidos del brazo y con los vientres hacia dentro, como para una fotografía. Ni un muslo se estremecía, ni un mostacho se movía mientras los dos hombres más jóvenes, vestidos de blanco, corrían, cogían impulso y saltaban sobre sus hombros desde atrás, uniendo sus propios brazos para tener estabilidad y se enderezaban con tiento hasta adoptar la misma elegante postura. Ni siquiera el inesperado ruido de alguien moviendo el trampolín en la parte de atrás causó la más mínima alteración en el edificio humano. Hubo simplemente una flexión simultánea de cinco pares de piernas, una carrera desde atrás, un resonante ruido sordo en la tabla y un sexto acróbata se puso irresistiblemente en pie en lo alto. Iba

adecuadamente vestido de rojo. Los demás se tensaron, recobraron el equilibrio y se enderezaron formando una pirámide perfecta.

—¡Eso es propio de feria! —gritó una voz desde la sala de espectadores—, Mejor se buscan ustedes una sala parroquial, amigos. No hay sitio para ustedes en mi escenario. —Mientras la pirámide se desmoronaba y se iban cabizbajos hacia los bastidores, la voz añadió—: Ya se han terminado las audiciones, gracias a Dios. ¿Y ahora, dónde está el maldito ballet? Convoqué un ensayo para las diez. ¿Es que no hay absolutamente nadie en la casa, maldita sea?

En la última fila de la platea, Cribb y Thackeray se hundieron más todavía en sus asientos. Desde delante sólo se veían las colinas de sus sombreros de hongo, como gatos en una carbonera. El Paragon estaba frío y olía a mondas de naranja y a puros pasados. Además del empresario, que estaba sentado con su jarra de cerveza a una de las mesas delante del público, había hasta una docena de otras figuras solitarias con abrigo, acurrucados en los asientos de atrás. Comparado con el Grampian, la sala era pequeña, para quinientos o seiscientos espectadores, pero tenía el mérito de haber sido diseñada para su fin, y no adaptada, como lo habían sido otros teatros, a partir de un restaurante o de una capilla o estación de ferrocarril. No había trazas de la calumniada escuela de arquitectura rococó en la ornamentación. Las molduras se basaban en majestuosas líneas y curvas color marfil, con relieve dorado. Se había utilizado felpa y terciopelo marrón para el tapizado de los asientos, cortinajes y cortinas de los palcos, y era fácil imaginarse la acogedora intimidad de un lleno en el Paragon, con el gas encendido y una capa de humo de puro manteniendo abajo los aromas menos agradables que se dan en las reuniones públicas.

—¡Señor Plunkett, señor! —llamaba una voz desde los bastidores.

—¿Qué pasa ahora?

—Hay tendencia a que haya corrientes de aire detrás del escenario. Las chicas van a salir con la carne de gallina. ¿Puedo atreverme a sugerirle que encendamos las candilejas? Creo que el baile mejorará con ello.

—Puede usted comunicar a sus señorías de mi parte —contestó el empresario—, que si no están en el escenario dentro de medio minuto, se podrán calentar andando hasta la calle York para encontrar un nuevo empleo. ¡Carne de gallina!

El pianista lanzó una serie de arpegios y el *ballet divertissement* ocupó el escenario. Una hilera de bailarinas vestidas de carmesí salió andando de puntillas desde la izquierda para encontrarse con otra fila vestida de negro que venía de la derecha. Cada chica tenía una mano en el hombro de su compañera, y con la otra cogía despreocupadamente una orilla del vestido para deslumbrar a la audiencia con los destellos de sus pantorrillas de seda en medio de una agitación de encajes.

—Es realmente de buen gusto, ¿no le parece, sargento? —musitó Thackeray—. Para ser variedades, quiero decir.

—Me reservo la opinión —dijo Cribb—, Pueden ocurrir cosas inesperadas.

Los ojos de Thackeray se abrieron un poco más y volvieron al escenario, pero las variaciones de la danza eran estrictamente convencionales, una serie de movimientos sencillos que producían agradables alternancias de rojo y negro.

—¡Alto! —bramó el señor Plunkett—. ¿Dónde están las figurantes?

Las filas pararon y aparecieron tres pálidas caras por detrás de la cortina.

—¿Qué significa eso? Han perdido la entrada, ¡maldita sea!

—Por favor, señor Plunkett —fue una lo bastante atrevida como para contestar—, la parte de aquí detrás está tan fría como el chocolate de un asilo y Kate tiene un calambre terrible.

—¿Calambre? No me hablen de calambre. A mí me está dando apoplejía aquí abajo. Dígale a la señora que quiero que entre en el escenario cuando le den el pie, sea cual sea el estado en que se encuentre. Y ésa no es razón para las risitas del resto de ustedes. ¡Una figurante con calambre! ¡Nunca había oído tal embuste!

Thackeray dio un salto en su asiento. Alguien le había dado un codazo en el brazo izquierdo: un joven de uniforme, con una naranja en la mano.

—¿Quiere usted una, hermano? Tengo otra en el bolsillo. El viejo Plunkett es un ogro, ¿verdad? Aunque perro ladrador, poco mordedor. No me importa el lenguaje que utiliza, considero que es su forma de ser. Yo soy del Ejército de Salvación. Nunca utilizo palabras malsonantes, aunque he oído más que la mayoría.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó Thackeray en voz baja.

—No hay ningún lugar al que no vaya el Ejército de Salvación, hermano. Estoy aquí cada función y en todos los ensayos que puedo. ¡Ah, las oportunidades que hay para un hombre de mi vocación! ¿Ve usted aquella chica de cabello negro, vestida de rojo, la tercera de la izquierda? Cuento con convertirla antes de Navidad. Es maravillosa, ¿verdad? No se puede ver a una criatura joven como ésa yendo hacia su perdición. ¿No será usted su padre?

—¡Cielo santo, no! —dijo Thackeray.

—No me sorprendería. La mitad de esos tipos que se sientan a nuestro alrededor están emparentados con el *corps de ballet*. Esposos y padres, ¿sabe? Les gusta vigilar a Plunkett, pero él es inofensivo, se lo digo yo. Lo del Paragon es diversión para familias. Nada peor que lo que está usted viendo. Claro que la sala está en una zona de mejor clase que la mayoría. Las chicas de algunos teatros están más allá de toda esperanza de redención. Si me perdona usted la expresión, he visto chulos y alcahuetes, hombres de excesos, mirando el coro en sitios como el Alhambra. ¿Quién es el tipo de nariz afilada que se sienta a su derecha?

Thackeray se volvió para ver si Cribb estaba escuchando. Parecía estar absorto en la danza.

—Creo que sólo ha entrado para cobijarse del frío.

Una chispa misionera pasó por los ojos del joven.

—¿Cree usted que querría un vale para sopa? Cuidamos a un montón de esos en nuestro albergue de la calle Blackfriars.

—Estoy seguro de que sí —dijo Thackeray, hablando por un lado de la boca—, pero no me parece que sea de los que van a tomar sopa. —Dio un codazo al sargento—. Este caballero me decía que ve todos los ensayos.

—¿De veras? —dijo Cribb, tocándose el sombrero—. Dígame, ¿tienen en el cartel de aquí a uno que baila sobre barriles?

—¿Que baile sobre barriles? —repitió el joven—. Nunca he visto uno en el Paragon.

—¿Y tragasables?

—No recuerdo ni uno, hermano.

—¿Artistas de trapecio?

—Sí, tuvimos uno. Se llamaba el Leotard inglés. Pero no era muy bueno.

—¿No recuerda usted a ninguna mujer actuando sobre el trapecio?

Dirigió a Cribb una mirada de disgusto.

—No, gracias a Dios.

—A mí me gustan los cómicos —dijo Thackeray, cambiando de tema con inusitada destreza—. Particularmente los cantantes cómicos. ¡Sam Fagan en un tío divertidísimo!

—Nunca he visto a ese tipo aquí —dijo el joven—. Siempre hay un número cómico, pero ése es nuevo para mí.

La danza llegó a su punto culminante. Al son de un *fortísimo*, cada chica daba dos vueltas completas y acababa con una profunda reverencia, ayudando enormemente al efecto el corte de los corpiños. En un teatro abarrotado, las inclinaciones hacia delante hubieran sido hechas seguramente con estruendo de platillos y una sucesión de vítores. En lugar de eso, había sólo el enérgico aporrear de un piano. Con todo, el encanto del final cogió desprevenido al departamento de investigación criminal. Ambos detectives estaban demasiado arrobados por el espectáculo en escena como para ver que se acercaba el señor Plunkett. Les gritó desde el final de su fila:

—Quizás tendrían ustedes la amabilidad de volver a poner los ojos en sus órbitas y explicarme qué están haciendo en mi sala.

Thackeray se sonó. Las explicaciones eran trabajo de sargento.

Cribb se levantó.

—No le queríamos interrumpir, señor. Mi amigo y yo sólo deseábamos hablar con usted. Y por eso nos sentamos aquí esperando un momento adecuado para acercarnos.

—Por eso se sentaron en la última fila y echaron un vistazo a mis chicas —dijo el empresario, con más que una pizca de sarcasmo—. ¿Quisieran ustedes que interpretasen el baile de nuevo, o ya han visto lo suficiente? ¿Quizás quisieran darse una vuelta por los vestuarios?

La indignación de Thackeray creció como la espuma en un vaso.

Cribb respondió apresuradamente.

—Eso no será necesario. Hemos venido a por entradas.

—Entonces, ¿por qué no fueron ustedes a la taquilla del vestíbulo? —estalló Plunkett. Se volvió y dio una palmada—. Chicas, se pueden ir ya —gritó—. Preséntense mañana a las seis en punto.

Cribb se sacudió un rastro de ceniza de puro de su abrigo.

—Siempre me ha parecido —dijo con toda la dignidad que pudo reunir—, que es recomendable un contacto personal con el empresario. Siempre puede aconsejar en la cuestión de escoger entradas. No quisiéramos ver un programa que sea inferior al mejor de los que usted ofrece.

—Todas mis funciones son de primera —dijo Plunkett, en un tono más conciliador—. ¿Qué es lo que querían exactamente? —Tenía la envergadura de un peón caminero, pero la rapidez de sus respuestas sugería una inteligencia más despierta.

—Lo mejor que tenga —respondió Cribb—, Podemos pagar.

Los ojos de Plunkett fueron de Cribb a Thackeray. Las ofertas de pago, por lo visto, no eran suficiente en el Paragon.

Cribb habló de nuevo:

—Tiene usted una función mañana...

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó Plunkett, otra vez agresivo.

—Usted lo dijo —contestó Cribb—, Acaba de decir a las bailarinas que se presenten mañana por la tarde a las seis. No me parece que eso sea para ensayar.

—¿A las seis?, ¡ah, sí! La obertura comienza a las siete y media. Si ése es el programa para el que buscan entradas, mejor que vayan a ver a mi hija a la taquilla. Yo estoy muy ocupado.

—Gracias —dijo Cribb. Se quitó el sombrero—. Estaremos esperándolo. Son una bonita colección de bailarinas. Aquí mi amigo es un buen juez para las figuras.

Thackeray no estaba seguro de la alusión, pero sospechaba que, en cierto modo, Cribb se estaba vengando por la referencia a la sopa del Ejército de Salvación. Plunkett sorbió por las narices, echó otra mirada especulativa a los intrusos y volvió a su mesa pisando fuerte. Los detectives saludaron con la cabeza al joven del Ejército de Salvación y se fueron hacia la taquilla del vestíbulo, donde les aguardaba una sorpresa. Su llamada fue respondida por una joven que ambos reconocieron, pero que momentáneamente no pudieron situar. Era extremadamente bonita. Su fino cabello, de color amarillo pálido, estaba peinado en alto, luciendo la línea de su cuello.

Cribb se dio una palmada en la frente.

—¡Ya lo tengo! ¡La señorita Blake, del Grampian!

—Ustedes tienen una ventaja sobre mí... —empezó a decir—, Pero sí, ¡claro! ¡Son los valientes salvadores de Albert! ¿Qué hacen aquí?

—Buscamos a la hija del señor Plunkett, señorita. Esperamos poder comprar entradas. ¿Puedo hacerle la misma pregunta?

Ella se rió.

—Claro que puede. Samuel Plunkett es mi padre. Ustedes me buscaban a mí.

—¿A usted, señorita? —Cribb frunció el entrecejo.

—¿Están desconcertados por mi nombre? Es pura invención, lo confieso. Blake es mi nombre artístico. Incluso papá tuvo que reconocer que no tendría muchos contratos como Ellen Plunkett, vocalista romántica. Ahora, por favor, siéntense y díganme por qué vinieron realmente al Paragon.

—Muy bien, señorita. —Cribb se sentó con cuidado en una maltrecha silla que era evidentemente una silla estropeada de la sección de mesas de la sala. Habiéndose sentado la señorita Blake en la otra única silla, Thackeray tuvo que sentarse en un canasto de accesorios—. Pero quisiera dejar claro que fue a por entradas a por lo que vinimos.

Ellen Blake movió la cabeza.

—No me puede convencer, sargento. El Gran Scotland Yard y su funcionamiento son otro mundo para mí, pero estoy segura de que sus oficiales no pueden permitirse el tiempo de dar vueltas por los teatros de variedades de Londres sin que se estén investigando asuntos de gravedad.

Thackeray hubiera deseado compartir la seguridad de la señorita Blake. En la pared detrás de ella había un cartel con los espectáculos de la semana. No conocía ni un solo nombre. Ninguna de las actuaciones le sugería conexión alguna con los inquilinos de Philbeach House. Ni hermanas nacidas para el aire, ni bailarín sobre barriles, ni voz en un columpio, ni forzado. Ni siquiera un perro.

Cribb se encogió de hombros.

—Tenemos dos días de permiso al mes en la Policía, señorita. Intentan que cada hombre tenga un domingo libre al mes, pero el otro es muy posible que sea en un día entre semana. Si se pasa el día comprando entradas para las variedades, es un tributo a la calidad de la diversión, digo.

—¿No podría ser que sospechase otro accidente?, —dijo la señorita Blake. Cribb dejó de lado su ironía.

—¿Ha sabido usted de su hombre, señorita? Parece contento con su nuevo alojamiento.

—¿Albert? —se puso roja—. ¿Qué quiere usted decir?

—Quizás no debería haberlo dicho, señorita. Creí que se lo habría dicho. Albert se mudó de Little Moors Place ayer por la mañana.

—¿Se mudó? ¿Adónde?

—A Kensington, señorita. Un asilo para artistas de variedades. Quizás ha oído usted hablar de él. Es un sitio de lo mejor.

Ellen Blake cerró brevemente los ojos. Murmuró:

—Philbeach House.

—La misma, señorita —dijo Cribb sin darle importancia—. Seguro que hay una carta suya en camino.

—Pero yo creí que ustedes estaban...

—¿Protegiéndole, señorita? Así es. Aquí Thackeray le siguió todo el

camino hasta Kensington. Le visitamos para estar seguros de que estaba a gusto. Francamente, señorita Blake, está viviendo como un verdadero pez gordo. No sé si ha estado usted allí alguna vez pero... ¡Dios mío! ¡Thackeray, su pañuelo!

La señorita Blake había intentado contener sus lágrimas mordiéndose el labio, pero, con todo, salieron.

—Les ruego que me perdonen —dijo después de secarlas un poco con el pañuelo—. Ha sido tan inesperado. No me dijo nada de esto. Nada.

—Parece haber sido dispuesto muy rápidamente, señorita —dijo Cribb a modo de consuelo—, Albert no es de la clase de los que hieren los sentimientos de una señorita. Pero le prometo que no le sucederá nada en Philbeach House. Tiene a su madre y a su perro con él. Nadie en sus cabales pondría una mano sobre Albert estando por allí Beaconsfield, se lo aseguro.

Thackeray se movió, incómodo, en su cesto. Cribb debería haberlo hecho mejor. La posibilidad de que Beaconsfield saliese en defensa de alguien era remota. Costó una explosión que aquel animal levantara sus ancas.

—¿Querían ustedes entradas? —dijo la señorita Blake, haciendo un esfuerzo por recobrar su compostura—. Hay función tres noches por semana, los martes, jueves y sábados.

—¿Cambia el programa? —preguntó Cribb.

—Cambia muy poco, a menos que alguien se ponga enfermo. Las actuaciones son las anunciadas en este cartel, sea cual sea la noche que ustedes elijan.

—Entonces escogemos mañana —dijo Cribb con firmeza.

—¿El martes? —titubeó—. ¿Por qué el martes?

—¿Y por qué no? —dijo Cribb—. Es una noche en la que ambos podemos venir. ¿Pasa algo el martes?

La señorita Blake se levantó para abrir con llave una caja de metal.

—No, no. Cada noche es igual. ¿De qué precio quieren la entrada? Hay de todo, desde el gallinero a seis peniques hasta una mesa por una guinea. Los palcos son a cinco chelines.

¡Cinco chelines! Habían pagado dos en el Grampian.

—Tendrá que ser una butaca barata para nosotros, señorita —dijo Cribb—. ¿Tiene usted alguna de un chelín abajo?

—Eso es lo que cuesta estar de pie abajo. Pero les costará otro chelín una butaca en la platea.

—Estaremos de pie —afirmó el sargento, sacando un florín—. ¿La veremos actuar, señorita?

—En la sala de mi padre no. En el Paragon me dedico a la cuestión comercial. Mi carrera como cantante la ejerzo en otros teatros. Quiero labrarme mi camino, ¿sabe? Aquí están sus entradas de pie. Quizás les vea el martes. Les podría enseñar la zona entre bastidores si les gusta.

—Es extraordinariamente amable de su parte —dijo Cribb, levantándose—. Nos hace mucha ilusión, ¿no es así, Thackeray?

—Sí, sargento. —No hubo mucho entusiasmo en la respuesta de Thackeray. Se dio masaje en la parte de atrás de sus pantalones. El trenzado del canasto estaba firmemente impreso en su persona.

Cuando iban a salir, llamaron fuertemente a la puerta. La señorita Blake pidió a Cribb que abriera. Había dos hombres altos. Por segunda vez aquella mañana, Cribb y Thackeray experimentaron la sensación de reconocer un rostro familiar, pero sin ser temporalmente capaces de identificarlo. Sin embargo, había algo significativo en la ropa, los abrigos negros, las patentes botas de cuero y los guantes negros de cabritilla. Pero si a aquellos hombres sólo les faltaba una cinta de crepé en las chisteras para parecer... ¡lo que eran! No cabía duda alguna. La Funeraria, de Philbeach House.

Cribb se apartó para dejar que se dirigieran a la señorita Blake.

—Una entrega especial, señorita. El señor Plunkett dijo que usted lo firmaría.

—Por supuesto. ¿Qué han traído ustedes?

El primero de ellos señaló a su compañero. Se retiraron, y entraron de nuevo llevando entre ellos un objeto en forma de caja cubierto con una bandera pequeña del Reino Unido. No había duda de lo que era: el cesto de Beaconsfield.

La tacañería de Cribb provocó algunas dificultades en el Paragon a la noche siguiente. Su teoría era que dos entradas para estar de pie reunían todas las condiciones para una detección minuciosa. Por la modesta inversión de dos chelines, él y Thackeray podrían patrullar por todo el pasillo exterior de la sala durante toda la noche. Desgraciadamente, estas facilidades eran también disfrutadas por las señoras más acomodadas de la ciudad. El resultado fue que, cuando el Yard se paseaba, también lo hacía la hermandad, y Cribb y Thackeray se encontraron acorralados en el bar a un lado de la sala, donde era necesario hacer más gasto para crearse una reputación más de bebedores que de buscadores de placer. Incluso allí, fueron abordados varias veces con solicitudes de «una copa de ginebra sola» que rechazaron enérgicamente; la política del departamento no era la de contratar ayudantes.

Las pintarrajeadas paseantes iban notablemente mejor vestidas que las esposas y novias de los mecánicos y tenderos, que se sentaban en el lugar de la virtud, dentro de la barandilla, y eran infinitamente más elegantes que el contingente que desfilaba por los pasillos del Grampian, al otro lado del río. Podían ser mujeres caídas, pero iban decentemente enguantadas, vestidas a la moda y, tenía uno que admitirlo, no carecían de encanto. Los hombres que conversaban con estas mujeres parecían ser en su mayoría de clase alta, y estar dispuestos a gastar liberalmente. Se hablaba de las últimas cenas a base de caza y ostras del país en el Café de l'Europe, regadas con vino del Mosela y champán. Thackeray miró fijamente su pinta de cerveza Kop y se auguró que la virtud también tendría su recompensa.

Detrás de las candilejas los actores iban ejecutando su repertorio sin atraer demasiado el interés del bar. Las conversaciones animadas por la ginebra eran totalmente aturdidoras, y también lo eran las calientes olas de perfume, empujones y risitas. Un ventrílocuo de labios rígidos y su muñeco no eran un oponente para una bocanada de París en el propio hombro y el aleteo de pestañas cepilladas con carbonilla. Como todos los que les rodeaban, los detectives gritaban en señal de aprecio cuando aparecía el ballet, y dejaban caer con estrépito contra el mostrador sus jarras de peltre cada vez que una bailarina levantaba una pierna más arriba que sus compañeras; la autenticidad lo requería. Pero a la mitad de la noche, el trémulo humo por encima de las candilejas iba separando cada vez más a los actores del público. Eso, al menos, era lo que Thackeray suponía después de cinco pintas de cerveza Kop, aunque el humo de los puros y los vapores de la ginebra más a mano podían haber tenido su parte en ello. Fuera cual fuera la causa, era muy difícil concentrarse. Su memoria era inexplicablemente lenta también. Se sabía la letra de todos los estribillos, pero, por alguna razón, le salían un poco más tarde. La gente empezaba a alejarse de él.

—Es una función decepcionante, ¿no es así, sargento? —le confió a Cribb

—. Y pensar que estuvimos a punto de pagar cinco chelines por un maldito palco. No daría ni dos peniques por todo esto.

—Las variedades son más que una lista de actores, Thackeray. Es todo lo que hay alrededor suyo —le dijo el sargento en tono de conferencia, secándose la cerveza de la barbilla—. Los pasteles de riñón y la conversación son igual de vitales para ellas que aquel tío cantando fatal *Dear Old Pals*. ¿Cree usted que a los chicos del gallinero y a sus chicas les importa si están viendo acróbatas, o animales, o rubicundos bailarines en zuecos? Les tirarán naranjas si no son buenos, pero eso es parte de la diversión. Están igualmente encantados de volverlos a ver en el cartel a la siguiente ocasión, para poder echarles naranjas de nuevo. Es la participación lo que cuenta. Mírelos ahí en el centro. Respetables tenderos y dependientes engalanados con sus trajes de etiqueta y sentándose en las mesas de una guinea. Eso es a lo que ellos llaman «buen tono». La semana que viene volverán a estar en el gallinero, pero esta noche han vivido como peces gordos. Ellos no se sienten decepcionados con la función.

Thackeray sorbió su bebida en silencio. Nunca valía demasiado la pena discutir con Cribb, y menos durante una de sus homilías. Misericordiosamente hubo una interrupción, una voz de mujer detrás de ellos:

—Buenas noches, caballeros. Creo recordar un acuerdo entre nosotros.

—¡Ya! —dijo Cribb, dándose la vuelta. La frescura de algunas de esas señoras le dejaba sin habla. Como en esta ocasión, porque la que hablaba era la señorita Ellen Blake. El rechazo cayó de sus labios limpiamente, como el puente Tay.

—Les estaba sugiriendo simplemente si querían ustedes ver lo que hay detrás de la escena —dijo sonriendo—. Espero hacerme entender. Dentro de media hora debo irme hacia el Grampian. Ya no estoy la primera en el cartel, ¿saben?, por eso ahora es el momento, si todavía están ustedes interesados.

Envuelta en una capa negra de ópera adornada con pieles, tenía una apariencia tan fresca que eclipsaba completamente a la perfumada y empolvada compañía que había a su alrededor.

—Nada nos gustaría más —dijo Cribb.

—Iremos por la cantina, pues.

Les condujo hacia el escenario. Thackeray controlaba totalmente sus movimientos, pero hubiera deseado que la pendiente de la zona de a pie no fuese tan pronunciada. En el escenario, un cómico con la cara negra y un viejo sombrero gris recitaba:

—No hay nada como una esposa. Os lo digo a todos, jóvenes y viejos, tomad una esposa, la de cualquiera. Casáos, casáos pronto y a menudo. Tomad una esposa, casaos y tened hijos. Criadlos a todos y cuando seáis viejos, ellos os lo devolverán olvidándose de vosotros.

A la izquierda del foso de la orquesta había una puerta. Bajaron por un tramo de escaleras de hierro en espiral, y se aventuraron por debajo del

escenario.

En contraste con la brillantez de arriba, la cantina estaba oscura, iluminada por cuatro débiles quemadores con pantallas de color naranja. En una barra semicircular se servían bebidas a soldados de uniforme, que las llevaban a los bancos de madera en los que se sentaban mujeres jóvenes.

—Sirve como sala de esparcimiento —explicó la señorita Blake—. Ésas de los chubasqueros grises son las chicas del ballet. ¿Ven ustedes sus zapatillas blancas y sus mallas? En su mayoría son las figurantes, que saben bailar muy poco. Se les paga unos quince chelines a la semana, por eso están encantadas de que las inviten a champán. Los soldados son amigos suyos, casi todos ellos son oficiales de la Guardia Real. Las chicas bajan aquí entre baile y baile. Tenemos que subir la escalera del otro lado.

Salieron a los bastidores a tiempo para ver al cómico saludando a unos aplausos irregulares. Una mujer pálida con un par de cacatúas en el brazo se preparaba para tomar su puesto. Thackeray estaba exactamente debajo de donde estaba el chico encargado del calcio, y se tuvo que sacudir la chaqueta, salpicada de polvo blanco.

—Si vienen ustedes por aquí —dijo la señorita Blake—, les podré enseñar uno de los vestuarios. En muchas salas tienen que arreglárselas con dos, pero papá tiene seis. Las chicas del ballet están todas abajo, creo, así que podemos ver su vestuario sin problemas.

Cuando seguían a la señorita Blake por un estrecho pasillo entre una plataforma de escena y una colección de cestos con accesorios, Cribb se agachó inesperadamente para atarse un cordón del zapato. Thackeray chocó con él y sólo pudo evitar caerse de cabeza por encima de la espalda de Cribb agarrándose a un guardapolvo que había a su derecha.

—Bien hecho —murmuró el sargento—. Vuélvalo a tapar, deprisa. —Bajo la sábana había un montón de barriles, recientemente barnizados. El nombre de «G. Belloti» estaba claramente inscrito en el de arriba en esmalte rosa. En la forma de caminar de Cribb, según marchaba hacia adelante, había cierto pavoneo.

La señorita Blake se acercó a una puerta en la que ponía «Vestuario de señoras. Prohibida la entrada a caballeros», entreabrió la puerta, se asomó y luego les llamó por señas, de forma conspiradora. Entraron a una habitación estrecha, de unos cuarenta pies de largo, dividida por una cuerda para tender ropa sobre la que estaban colgadas las prendas de calle del ballet, grises vestidos de estameña y lana gruesa, y camisas de batista, desgastadas y manchadas por la orilla de llevarlas por las calles de Londres. En la habitación flotaba un perfume barato, pero el mal olor de las ropas era más fuerte. Una hilera de estanterías alrededor de las paredes, a una altura de tres pies, servía de tocador, con trozos de espejos empañados, velas, cepillos para el pelo y potes de crema, para indicar el territorio de cada chica. Unas pocas tenían cajones de cerveza como taburetes. Corsés, ligas y medias estaban esparcidos por el suelo de piedra. Thackeray carraspeó.

—¿Les sorprende? —preguntó la señorita Blake—. Cuando se las ve en el escenario en sus tisús y oropeles, probablemente no se las imagina volviendo a sus casas con estos trapos. Sorprende a sus amigos oficiales al final de la noche, se lo puedo asegurar. No hay mucho hechizo en ellas entonces, pobrecillas.

—Dijo usted que las figurantes ganaban quince chelines por semana —dijo Cribb—. ¿Cuánto paga su padre a las mejores bailarinas?

—¿A las segundas bailarinas? Treinta chelines, si están en la primera fila, y eso está bien pagado para lo que se paga en las variedades. De eso tienen que pagarse las zapatillas y las mallas. No se puede comprar un par de medias de seda por menos de diez chelines. —La señorita Blake cogió a Cribb del brazo—. Vengan y vean lo que utilizan para maquillarse la cara. —Cogió un tarro del estante—. Como base, tiza pulverizada con colorete. Una pastilla de un penique de tinta india. Un paquete de azul armenio. Y arcilla para empolvase.

—¿Y para qué sirve el periódico quemado? —preguntó Cribb.

—Para delinear y sombrear la cara. Algunas de ellas también queman una vela contra un recipiente de porcelana y utilizan el depósito marrón que se forma como sombreador de ojos. No se sorprendan tanto, caballeros. Después se quita todo con manteca de cerdo. Tienen que admitir que es una receta de belleza barata. A veces miro a las llamadas mujeres caídas que pasean por la zona de a pie donde les encontré y me encuentro odiándolas, sargento. Odiándolas por sus caros perfumes y labios maquillados y por sus hileras de joyas, mientras estas pobres criaturas tienen que zurcirse las mallas y remendar sus vestidos y sentarse abajo con los soldados si quieren ser tratadas con consideración. Intenten explicarles que la virtud se recompensa mientras estén en la calle esta noche mirando cómo a estas Jezabeles las ayudan a subir a los coches.

Entre las mujeres jóvenes se estaban poniendo de moda exaltados discursos sobre cuestiones sociales, pero uno no se esperaba tales argumentos de la cantante de *Fresca como el heno recién segado*. El joven del Ejército de Salvación no había hablado con ni siquiera la mitad del fervor de Ellen Blake.

—Sólo hay una manera de cambiar las cosas, señorita —dijo Cribb—, y es la de convencer a su padre para que no admita a mujeres solas en esta sala. Pero, en mi opinión, ése es el paso previo a la bancarrota. Están intentando llevar el viejo teatro Victoria que hay al otro lado del río con directrices basadas en la templanza, y he oído que están actuando con la sala medio vacía. El hecho es que cuando un teatro cierra, las chicas del ballet pierden sus empleos, mientras que las mujeres de la otra clase, simplemente se van a los casinos y al Cremorne y otros sitios así.

La señorita Blake volvió a colocar los cosméticos en el estante.

—Realmente mi padre no va a desanimar a esas mujeres para que no vengan al Paragon. Yo tengo conciencia de lo que ocurre aquí, sargento, y le

aseguro que no la heredé de mi padre.

—Bien, si le sirve de consuelo, señorita, Thackeray y yo conocemos muy bien el lado más miserable de la vida de Londres por nuestra profesión, y no hay muchas de esas paseantes que vayan a escapar del asilo o del río, se lo aseguro. Recuerde sus caras mientras se contonean arriba y abajo en el teatro de su padre. Uno de estos días verá usted esas mismas caras mirándola a usted desde el gallinero de tres peniques en el Grampian...

—¡El Grampian! —exclamó la señorita Blake—. ¡Dios mío, tengo que irme! Y no tengo tiempo de enseñarles el vestuario o la sala de accesorios.

—No importa, señorita. Volveremos nosotros solos por la cantina. Tiene usted que darse prisa, o tendrá usted que enfrentarse con el señor Goodly. ¿Podemos darle un mensaje a Albert de su parte?

—¿A Albert? —la señorita Blake estaba visiblemente alterada por la mención de ese nombre—. Pero él está...

—¿En cama en Philbeach House, señorita? Pues claro. Sólo pensé que si teníamos ocasión de visitarle allí, para aclarar algunos asuntos importantes, ¿sabe?, podríamos transmitirle sus deseos de pronta recuperación.

—Claro. Háganlo, por favor. —Se tranquilizó, les dio la mano y dijo—: ¿Conocen ustedes el camino? —y les dejó.

Cribb permaneció en actitud contemplativa durante varios segundos, con la mano izquierda sosteniendo su codo derecho, y el índice derecho en el puente de la nariz. Por fin dijo:

—No estaría bien que nos encontrasen en el vestuario de señoras, agente. Sigamos con la inspección.

Thackeray estaba a punto de comentar que la señorita Blake esperaba que ellos volviesen directamente a su sitio y que dar vueltas entre bastidores sin ir acompañados podría ser considerado como una sospechosa, por no decir impropia, práctica, cuando vio una expresión especial en los rasgos del sargento, una tensión de los músculos anteriores a sus patillas, normalmente en reposo. La crispación de la mejilla de Cribb era el equivalente a la orden de apuntar en uno de los cañoneros de Su Majestad. Thackeray se puso el sombrero y le siguió.

No habían recorrido muchos metros por el corredor cuando Cribb se detuvo ante una puerta, escuchó, la abrió, entró y arrastró a Thackeray detrás suyo. Husmeó en la oscuridad.

—La carpintería. No nos molestarán aquí. Quiero echar un buen vistazo a este teatro. Esperaremos a que se acabe la función y se hayan ido todos. Debería haber un banco aquí en algún sitio. ¡Ah, sí! Tenga cuidado en dónde se sienta. Los carpinteros son tremendamente descuidados con los formones. ¿Y bien, agente, cuáles son sus observaciones?

Hubo una pausa seguida por el sonido de rascar una barba.

—Venga, hombre. Usted vio los barriles de Belloti, ¿no es así?

—Sí, sargento.

—¿Y el cesto de Beaconsfield ayer? ¿Y a los de la Funeraria?

—Sí.

—¿Y qué deduce usted?

Más rascarse la barba.

—Bien, sargento, creo que podría haber una conexión con Philbeach House.

—¡Demonio!, ¿y qué otra evidencia espera usted, a la señora Body en tutú? Un agente de servicio no debería beber si eso ralentiza su pensamiento, Thackeray. Pues claro que hay una conexión, hombre. Si los barriles están aquí, Belloti no puede estar lejos. No le sirven a nadie más, ¿no es así?

—Pero el baile sobre barriles no está anunciado, sargento.

Cribb suspiró.

—Ni tampoco dogos, ni ninguno de la lista de huéspedes de la señora Body. ¿Esperaba usted verlos aquí esta noche? Pero apostarí una guinea contra un chelín a que aquí, en algún sitio, hay una habitación con sus accesorios.

La inspiración descendió sobre Thackeray en la oscuridad.

—¡Quizás están preparando una vuelta al escenario, sargento! El señor Plunkett les deja utilizar la sala para ensayos. Sólo se utiliza tres noches por semana, acuérdesse. Cuando hayan recuperado la confianza en sí mismos, podrán volver a las variedades.

—Olvida usted algo, agente. No es su confianza lo que cuenta. Pueden ensayar cuanto quieran, pero eso no es probable que sirva de mucho para la confianza de los empresarios. Los artistas de quienes se han reído en el escenario no van a tener otro contrato en Londres así de fácil. A lo más que pueden esperar es a cambiar sus nombres y sus actuaciones y empezar de nuevo en provincias. Además, Plunkett no me da la impresión de ser un hombre caritativo. No tendría esta sala atestada de vagabundos y sus equipajes a no ser que haya algún provecho en ello.

—Parecía tener algo que ocultar, sargento.

—Por eso es por lo que estamos aquí, agente. Un hombre de mi posición no arriesga su reputación paseándose por las zonas de a pie de los *music halls* sin una razón perfectamente válida. Hay cosas que van a pasar esta noche que Plunkett no quiere que sepamos. Acuérdesse de ayer, cuando le pedí entradas. Una petición muy simple, sin embargo, las cejas del tipo saltaron como un saltamontes cuando dije que esta noche. Su hija también estaba igual de nerviosa. No se preocupe por los ensayos secretos, Thackeray. Quiero saber qué pasa esta noche.

—¿No deberíamos volver, pues, y ver la actuación? Puede haber otro accidente mientras estamos aquí escondidos.

Cribb hizo un extraño ruido de desprecio haciendo vibrar sus labios.

—Muy poco probable, en mi opinión. De todas maneras, no hay necesidad de que estemos allí. Hay un hombre perfectamente capaz de vigilar algo así.

—No me lo dijo usted, sargento. ¿Otro hombre del departamento?

—¡Por el amor de Dios, Thackeray! El tercer violín de la orquesta. ¿No lo

reconoció usted?

—No será el mayor...

—Rascando como un profesional. Al menos sabemos que no se hizo pedazos en la explosión de gas. Estoy sorprendido de que usted no lo descubriese. Había demasiadas cosas a las que mirar, ¿eh? Está usted bostezando, Thackeray.

—Es la oscuridad, sargento.

—Más bien la cerveza. Mire, tendremos que estar aquí una hora. Estírese en el banco y duérmala. Es una orden. Le quiero sobrio, agente.

Era un poco humillante, pero Thackeray tuvo otra idea mejor que la desafiar las órdenes. No se dormiría realmente, pero sería un alivio quitar el peso de sus pies. Fue tentando el banco, buscando clavos perdidos y astillas, y puso la mano sobre algo blando, quizás un abrigo, doblado en forma de almohada. Puso ahí la cabeza con alivio. ¿No sería el abrigo de Cribb, verdad? No era propio de él; no había un átomo de compasión en él, no para los policías, de todos modos. Cribb no creía en los descansos, descabezar un sueño en cualquier momento era negligencia. Si estaba haciendo la vista gorda era que estaba planeando algo, podías estar seguro.

Thackeray no estaba seguro de cuánto había dormido cuando un codazo de Cribb le espabiló, pero le dolían los huesos y tenía la boca seca.

—¿Qué pasa, sargento?

—Pronto entraremos en acción. Ha pasado media hora desde que se oyó el himno nacional. Muchos de ellos ya se han ido. ¿Está usted mejor, espero?

Estaba temblando y le dolía todo, pero dijo:

—Estoy más fresco que una lechuga.

—Bien. Páseme el abrigo, ¿quiere?

—¡Dénse prisa todos! El señor Plunkett quiere que todo el mundo esté fuera en cinco minutos —gritó una voz desagradable cerca de la puerta. Chillidos de protesta respondieron desde el vestuario de señoras al final del corredor—. Cinco minutos, estén como estén —reiteró la voz, y el ballet, evidentemente, se tomó en serio la advertencia, porque grupos de pies con botas pasaron al cabo de muy poco rato, y al poco se hizo el silencio.

Después de un estratégico intervalo, Cribb abrió con cuidado la puerta que daba al pasillo, que aún estaba totalmente iluminado. Thackeray pestañeó, miró su esmoquin y empezó a sacudirse las virutas.

—¡Deje estar eso, maldita sea! —susurró Cribb—, y sígame.

Thackeray obedeció, advirtiendo en silencio que su sargento había vuelto a su estado natural. Se deslizaron por el pasillo lo más silenciosamente que dos hombretones podían, y cruzaron la plataforma de escena y los barriles de Belloti hasta la zona del escenario. Un movimiento delante de ellos les paró en seco, y volvieron a las sombras entre algunos decorados amontonados en los bastidores. Grupos de hombres en ropa de trabajo, chalecos de pana y piel de gamo, o chaquetas cortas de estameña, hablaban en grupos en el escenario, detrás del telón bajado. Lejos de prepararse a marchar, parecían

estar esperando algo. Algunos miraban las cajas del alumbrado y los puentes de iluminación como si nunca antes hubiesen estado en un escenario. Subían más por la escalera de la cantina. Plunkett les seguía.

Alguien corrió un taburete al centro del escenario y Plunkett se subió a él y dio una palmada.

—Gracias, caballeros. Si se acercan todos, no tendré que gritar. La mayoría de ustedes me conoce, pero para aquellos que sean nuevos en el Paragon, les diré que soy el empresario. Ustedes son responsables ante mí. El trabajo que tengo para ustedes no es abrumador, en el sentido físico, pero es trabajo de responsabilidad y ustedes han sido empleados porque tienen fama de ser trabajadores responsables. La paga, ya lo sabrán, es generosa, por no decir más. Se lo ganarán llevando a cabo sus órdenes con diligencia, en silencio y sin hacer preguntas. Las cosas que puedan ustedes ver y escuchar esta noche mientras trabajan no son para que se hagan preguntas o las comenten, esta noche o más tarde. Soy muy exigente en cuanto a la lealtad entre mi personal y hay formas de parar en seco la palabrería. ¿Me han entendido todos?

Asentimientos y gruñidos coordinados indicaban que se tomaban en serio a Plunkett.

—Muy bien. Trabajarán en equipos de tres y cuatro bajo la dirección de tramoyistas experimentados y ejecutarán sus órdenes incondicionalmente. Yo estaré entre el público, pero sus capataces, para utilizar un término que les es conocido, me darán un completo informe antes de que se les pague al final de la noche. Pueden ustedes dirigirse ahora hacia la sala de los comparsas, que está en el lado del escenario frente a la concha del apuntador, detrás mío. Allí encontrarán sus uniformes para esta noche. Tienen ustedes que vestirse de lacayos... ¡ah!, ya veo las miradas de consternación entre ustedes, imaginándose el desprecio de sus compañeros artesanos cuando sepan que han sido ustedes vistos con medias y peluca. Pero permítanme que les recuerde que lo que sucede en el Paragon no debe ser el tema de conversaciones de bodegón. El recuerdo de su excéntrica aparición, que puedo asegurarles será perfectamente aceptada por el público, les ayudará a controlar sus lenguas. Tienen pues diez minutos para escoger un juego de ropas que les vayan bien, después de lo cual volverán ustedes aquí para dividirse en grupos de trabajo y recibir sus instrucciones. ¡Dense prisa!

Lejos de eso, los reclutados parecían pasmados, pero alguien se movió hacia el lado opuesto a la concha del apuntador y el resto le siguió arrastrando los pies con desánimo y sin protestar. Plunkett se bajó del taburete y se fue por donde había venido.

—¡Fantástico! —exclamó Cribb en voz baja—. El primer golpe de suerte que hemos tenido, Thackeray. Quítese la chaqueta y los pantalones.

¿Lo había oído bien?

—Mi...

—Dése prisa, hombre. Quíteselos y espéreme aquí.

—¿Dónde va usted, sargento?

Pero Cribb ya iba trotando abiertamente por el escenario vacío, y había tal aire de urgencia en sus movimientos que contagió a Thackeray y se encontró a sí mismo empezando a llevar realmente a cabo la absurda orden. Colgó su chaqueta de un clavo apropiado, se desabrochó el chaleco y aflojó los cordones de los zapatos. Una vez ahí, el decoro requería un alto hasta que aproximadamente un minuto más tarde Cribb volvió con un juego de ropa en el brazo.

—Los pantalones también, agente; no puede usted aparecer como un lacayo con una chaqueta de satén y unos pantalones negros de tela cruzada. Va usted a reunirse con la brigada de tramoyistas. Póngase esto rápidamente. Primero las medias.

¡Cielo santo! ¿El Yard con medias blancas de seda? ¿Se había trastornado Cribb finalmente?

—Sargento, realmente, yo no creo que esto sea conveniente para nuestra posición como oficiales. Usted como sargento...

—Está bien, Thackeray. Sólo es usted el que se va a disfrazar. Por supuesto que estaré entre el público vigilando la evolución. Pruébese los calzones ahora. Son los más grandes que pude encontrar. Tendrá usted que ajustar las hebillas a sus pantorrillas. No tenemos mucho tiempo, así que escuche atentamente. No hay nadie que pueda reconocerle, pero lleve puesta la peluca todo el tiempo, y, si sube usted al escenario, intente no mostrar su cara al público.

—¿Lo haría usted, vestido así? —preguntó Thackeray amargamente, de pie con sus pantalones de satén amarillo—. No puedo hacerlo, sargento.

—Tonterías. No va a ser usted distinto de los demás. Cogí estas ropas de la habitación en la que se están cambiando. Me tomaron por uno de la plantilla. Están equipados de amarillo como usted, y tan sensibilizados como usted por tener que parecer lacayos. ¿No lo ve, Thackeray? Usted estará perfectamente situado para observar lo que sucede. Esta noche puede solucionar este caso para nosotros. Estamos a punto de conseguir respuestas. Ahora póngase la chaqueta y la peluca. Sus compañeros llegarán pronto y yo debo haberme ido. ¡Espléndido! Eso le cae mejor que los pantalones. Ponga su esmoquin en aquella esquina. Cuando ellos se reúnan, usted simplemente se les une como si fuese uno de los reclutados. Haga lo que le ordenen, como los demás, pase lo que pase. Y, Thackeray...

—¿Qué sargento?

—Me siento obligado a advertirle de que esta noche podrían suceder cosas extrañas.

Thackeray ajustó su peluca y miró fijamente sus pantorrillas de seda y sus zapatos con hebillas de plata. Cribb había bajado las escaleras de la cantina antes de que pudiese responder.

No hubo dificultades para la entrada de Thackeray en las filas de los tramoyistas.

—Es usted un tipo robusto —dijo el encargado—. Puede usted unirse al contingente pesado.

Tampoco hubo problema para identificar quiénes eran el contingente pesado: tres corpulentas figuras, algo separadas de los demás, de pie como los osos hambrientos de bollos en Mappin Terrace. Se les unió.

—Es dinero fácil —le confió uno, cuando los equipos se iban dirigiendo a sus obligaciones—. Sólo algunos cambios de escenas y algunos levantamientos, eso es todo. Sólo hay una cosa pesada, y es la escena de la transformación. Nunca nos sale bien, pero ¿qué esperan, si le piden a cuatro hombres que muevan media docena de decorados en el escenario y que sigan balanceando en el aire esa maldita cestilla al mismo tiempo?

—¿La cestilla? —repitió Thackeray.

Su informante levantó los ojos. Por encima de ellos, en las cuerdas, suspendida por dos aparejos de poleas, y atada al telar, había una gran canasta.

—Esto es una sala manual, sin contrapeso; así pues, está todo controlado por nosotros. Hay un par de tipos ahí arriba en la galería de trabajo con las cuerdas, pero todo el trabajo muscular se hace desde aquí abajo. ¡Harry!

Una voz respondió desde la galería de trabajo, por encima de sus cabezas.

—Afloja tus cuerdas, ¿quieres, Harry?, y bajaremos la cestilla.

Se fue hacia un torno que había en los bastidores y empezó a girar la manivela vigorosamente. El cesto descendió lentamente, para posarse en las tablas.

—¡Ahora lo veo! —dijo Thackeray—. ¡Una cestilla de globo!

—Así es, compañero. No parece mucho visto desde aquí, desde luego, pero cuando están dadas las luces y el viejo telón de escena brilla, te puedes sentar allí delante en la sala y creer que estás viendo a los aeronautas volando por encima de los jardines del Crystal Palace. ¡Ya lo tenemos aquí! Bajado y listo para que suba su señoría.

—¿Se sube una señora ahí?

—De un momento a otro, amigo. Entonces nuestro trabajo es subirla otra vez con el torno y se está allí en las cuerdas del foro hasta que la bajamos para la escena de la transformación. Cuando veas a la que tenemos que subir esta noche entenderás por qué le dijimos al señor Plunkett que no queríamos lastre a los lados de la cestilla. «El realismo requiere sacos de arena», dijo. «Puede usted tener su lastre —le dijimos— o puede usted tener a la señora, pero las cuerdas no lo soportarán todo y no tendrá nada.» Eso es realismo, ¿no?

—Indudablemente —dijo Thackeray—, ¿Qué debo hacer esta noche?

—Es mejor que me ayudes primero con el torno, y después te pondremos

en los accesorios, moviendo las cosas pesadas hacia el centro cuando se necesiten. Ahí no te puedes equivocar.

—Eso está bien —dijo Thackeray, no muy convencido, pero la posibilidad de más explicaciones fue interrumpida por la llegada, desde el lado opuesto, de la señora del globo. En seguida se dio cuenta de por qué era imposible utilizar los sacos de arena: ella tenía el tamaño suficiente como para justificar una revisión inmediata del mecanismo de elevación. Tal como iba vestida, con un traje de chaqueta de tafetán marrón *poult de soie* y un gran sombrero de flores atado bajo su barbilla con un pañuelo rosa, se podría haber presentado a todos los que iban en globo como un reto, como la muía indomable o el gran tronco de abeto que nadie puede mover. Pero aunque el físico de la dama era formidable, Thackeray fijó su atención en un accesorio firmemente sujeto bajo su brazo derecho, un dogo blanco con una cinta rosa, sin duda, Beaconsfield. La aeronauta era la madre de Albert.

Thackeray se volvió al momento para apartar su cara de ella. Era horrible pensar en la posibilidad de ser reconocido en esas circunstancias. Se echó la peluca hacia delante. Rizos de plata se apoyaban en su frente, encontrándose de hecho con sus propios bigotes en la parte inferior de su rostro, y dándole el peludo anonimato de un antiguo perro pastor inglés.

—Ya se ha hecho usted el cargo, compañero —dijo su nuevo colega—. Encontrará usted un cesto allí abajo, una especie de canasta. Lo quiere en la cestilla para colocar al perro, de forma que el público pueda verlo. Tráigalo, ¿quiere?

¡La última cosa a la que se hubiera prestado voluntario! Fue a tientas en la oscuridad a buscar el cesto de Beaconsfield y se lo puso delante de la cara como si fuese un escudo. Mientras tanto, el resto del contingente pesado estaba ayudando a la madre de Albert a subirse a la cestilla del globo. Cuando Thackeray se acercó detrás del cesto, Beaconsfield ladró con excitación y se removió en los brazos de su dueña. El maldito animal había visto su cesto, ¿o había olido un aroma familiar?

—Aquí en el rincón, joven —ordenó la madre de Albert—. Ponga el cesto de canto. Te puedes sentar aquí y poner tus patitas en el borde de la cestilla, ¿verdad que sí, Dizzie? —pero Beaconsfield estaba demasiado ocupado lamiendo las manos que cogían su cesto como para escuchar aquel parloteo. Thackeray las quitó de golpe y casi huyó hacia la oscuridad de los bastidores.

—¿Está usted lista, señora? —preguntó su compañero—. Muy bien, pues ¡estirad todos!

¡Cielos! ¡El alivio de estar doblado sobre la manivela del torno para ayudar a levantar la cestilla y su pasajera por chirriantes etapas hasta una posición en donde ya no pudieran identificar a nadie de abajo! Con tres hombres en la manivela, el trabajo llevó más de un minuto. Ni una vez miró Thackeray hacia arriba; por él, la madre de Albert, su cesto y su perro podían continuar su ascensión indefinidamente.

El sombrero de flores apareció por encima del borde de la cestilla.

—¿Estamos totalmente seguros aquí? Parece muy lejos del escenario.

—No se preocupe, señora. Volverá a estar abajo en un momento —le aseguró alguien alegremente.

Thackeray miró el torno, fijado ahora por un simple mecanismo de trinquete. Una patada al soporte de madera haría que la cestilla del globo se hundiese a través de las tablas, el escotillón y la cantina, yendo a enterrarse en los cimientos. Cualquiera que quisiese provocar un accidente aquí no necesitaba sutilezas.

Después, el fuerte sonido de los instrumentos de viento alejó a la madre de Albert de sus pensamientos más inmediatos. ¡La obertura! Thackeray fue inmediatamente asaltado por un abrumador sentimiento de incompetencia. Los tramoyistas con sus uniformes amarillos estaban en todas partes, estirando cuerdas, moviendo decorados a mano por el escenario, subiendo por la escalera hasta la galería de trabajo. Era como estar en un clíper cuando se hacía a la mar: terriblemente emocionante, a menos que uno intentase hacerse pasar por uno de la tripulación. ¿Qué demonios hacía un hombre del Departamento de Investigación Criminal en esta situación? Ciertamente, no quedarse donde estaba. Al ver un gran decorado a su derecha, le dio la vuelta con cuidado y se vio en una situación que es de esperar no tenga precedentes en los anales de Scotland Yard.

Se encontró en medio de un apretado grupo de mujeres jóvenes casi desnudas. Tan apretadas estaban contra su persona que era totalmente imposible observar qué llevaban puesto, si es que llevaban algo. Se puso colorado hasta la raíz del pelo. Era impensable cualquier otro movimiento. Sólo podía permanecer allí hombro con hombro junto a ellas (como escribió posteriormente en su diario) y someterse al contacto físico. ¡Una experiencia insoportable!

—Ten cuidado con tus bigotes, precioso —le rogó una pelirroja del grupo —, me estás quitando el rímel de las pestañas.

Mantuvo en alto la barbilla, con los ojos cerrados y las manos apretadas a los lados. No había nada que durase eternamente. Casi con toda seguridad, se encontraba ahora todavía firmes, pero totalmente solo. Únicamente por su papel de investigador se volvió a mirar al escenario, en el que se había corrido el telón. Sus tan recientes íntimas estaban colocadas en dos círculos y bailaban como salvajes.

Después de todo no estaban desnudas, pero era fácil ver cómo se había llevado esa impresión. Zonas de carne descubierta brillaban descaradamente a la luz de calcio. Faldas temerariamente divididas, desde las caderas hasta la orilla, revelaban no sólo las medias de seda negra que llevaban las bailarinas, sino también los medios de suspensión de éstas. Por encima de la cintura, la única prenda importante que llevaban era unos guantes hasta el codo de cabritilla negra; la flagrante indecencia era sólo impedida por unos trozos cortos de gasa y grandes cantidades de suerte.

—Eso no es nada, amigo —dijo una voz detrás de Thackeray—, Espera

sólo a que lleguen las estatuas vivientes. Si tú crees que esto es fuerte, aquello te va a hacer arrastrar a paso de tortuga el maldito decorado. Esto son sólo los *hors d'oeuvre*, muchacho.

Se volvió.

—Sam Fagan —dijo el que hablaba, alargando una mano—. Cabeza de cartelera en mis tiempos, pero aquí sólo un relleno. Esta clase de público no se aficiona a mi tipo de humor. Es lo picante lo que han venido a probar, las cosas tentadoras que no se ven en los teatros baratos. Aquí todos son personas distinguidas, ¿sabes? El señor Plunkett no permite que haya chusma en la función de medianoche. Miembros del parlamento, pares del reino, mariscales de campo y generales. ¿Y qué puede un cómico barriobajero como yo decir a un público de clase alta como ése? Te lo digo yo, no están interesados. Ni tampoco vale la pena que me ponga así de elegante. Daría lo mismo que me pusiera mi traje a cuadros y mi nariz colorada. —Aún así, comprobó el ángulo de su sombrero de seda en un espejo que colgaba del armazón de madera del decorado. El esfuerzo de años en busca de las carcajadas se reflejaba en su rostro. Tenía la sonrisa de una gárgola—. El poema debería hacerles partirse de risa. Escucha, si no lo conoces. ¡Ey!, aquí vienen las chicas.

Las bailarinas hicieron sus últimos vistosos levantamientos de piernas, movieron las caderas, tiraron besos hacia las candilejas y se fueron contoneando hacia los bastidores, volviendo a apiñarse en torno a Thackeray, algunas de ellas cogiéndose a sus brazos para sostenerse mientras se desataban las botas. Sus brillantes cuerpos despedían olas de calor.

—Pero ¿qué tiene ahí Plunkett esta noche? —preguntaba airadamente la pelirroja—. Enseñas más pierna de la que haya visto nadie aparte de en la jaula de la jirafa y meneas las tetas arriba y abajo como boyas con marea alta y ¿cómo suena el aplauso? Como dos lenguados mojados que se dejan caer sobre un mármol. Ni un puñetero silbido... Parece una reunión de muertos. ¿No os parece?

Nadie contestó. Quizá no tenían aliento suficiente. Realmente, la respuesta del público había sido poco entusiasta. Thackeray supuso que si Fagan estaba en lo cierto y pares y parlamentarios estaban realmente presentes, la fría recepción no era tan de extrañar. Gente de esa clase no estaba acostumbrada a tales exhibiciones. Algunos de ellos probablemente se habrían marchado asqueados. Plunkett debería encontrar algo de mejor gusto si esperaba atraer a la aristocracia al Paragon. Sam Fagan, al menos, tenía el talento de ver que las variedades no estaban bien esa noche. Estaba recitando *La silla de mimbre*.

Nadie parecía necesitar ningún accesorio pesado y la madre de Albert estaba todavía segura en las cuerdas, por eso, cuando las bailarinas se hubieron dispersado (no sin guiños), Thackeray prestó su atención al poema. Para ser un hombre pequeño, Sam Fagan poseía una buena voz. Uno de los hombres encargados de los accesorios del otro lado había traído un gran

helecho en una maceta y Fagan estaba de pie a su lado, dirigiéndose al público, pero volviéndose de cuando en cuando para dirigir una mano flácida hacia los bastidores. Como rapsoda, le faltaba la brillantez de artistas con más tablas, pero era una interpretación vigorosa, aunque el énfasis pareciese algo desigual en algunas partes. El rasgo inquietante del recitado era la forma en que era recibido. Algunas partes del público se partían de risa abiertamente. Como mérito de Fagan hay que decir que no estaba en absoluto desanimado; quizás el ensayo en Philbeach House le había endurecido para tal prueba.

Sólo se sentó un momento en este lugar.

Llevaba un pañuelo en el cuello y una sonrisa en la cara.

Una sonrisa en la cara y una rosa en su pelo.

Y se sentó allí y floreció en mi silla de mimbre.

Hizo una pausa, devolviéndoles la sonrisa a los que se burlaban, que ahora, lamentablemente, parecían ser la mayor parte de los espectadores.

Y así he apreciado mi silla desde entonces

Como el santuario de un santo o el trono de un príncipe;

Declaro a Santa Fanny mi dulce patrona,

La reina de mi corazón y de mi silla de mimbre.

¿Dónde estaba el humor? Thackeray empezaba a creer que los teatros de variedades no eran el lugar apropiado para la poesía seria.

Luego bajaron las luces, indudablemente como efecto según se recitaba el verso final del poema, pero el público apenas podía contenerse, silbando y gritando tan groseramente como lo había hecho el del Grampian. ¡No puede encontrar a su Fanny!

Alguien tiró de la manga de Thackeray.

—Empuja esto hasta el medio. No demasiado deprisa.

¿En medio del escenario? ¡Dios mío! Gracias a Dios que el lugar estaba a oscuras.

Miró el accesorio. ¡Claro, una silla de mimbre! Y en ella sólo pudo ver a una joven sentada, presumiblemente una representación teatral de Fanny. Por San Jorge, había alguien en el Paragon que era un genio para los efectos escénicos. Empujó el respaldo de la silla; iba sobre ruedas y se movía fácilmente. Fagan ya estaba empezando la estrofa:

Cuando las velas se van apagando, y la compañía se ha ido,

En el silencio de la noche cuando me siento aquí solo,

Me siento aquí solo, pero todavía somos dos

Veo a mi Fanny en mi silla de mimbre.

La luz de un foco fluyó desde las bambalinas alcanzando a la silla. Thackeray reaccionó dando un salto lateral tan limpio como podría uno esperar ver fuera de un cuadrilátero. Sonrió entre las sombras. ¿Quién hubiese creído que era su primera noche como tramoyista? Un instante después la sonrisa se le congeló y casi se cayó. Lo que lo provocó no fue el impresionante e inesperado rugido del público, sino lo que vio. La joven en

la silla no llevaba nada encima.

Thackeray se dio una palmada en la frente. Treinta años en la policía tendría que servir para algo en esta situación. Su primer impulso fue restaurar el orden arrastrando la silla de nuevo a la oscuridad, pero eso entrañaba el riesgo considerable de derribar a la que la ocupaba. Eso era impensable. Luego pensó tratar al público como si fuese un caballo desbocado, y saltar protectoramente delante de la silla con los brazos extendidos y agitándolos. En uniforme lo hubiese hecho, pero no vestido de satén amarillo y con medias blancas.

Antes de que pudiese pensar en otro recurso, alguien, misericordiosamente, bajó el telón. Le echaron un abrigo a la joven y se levantó, se lo puso sobre los hombros y pasó por delante de Thackeray para salir del escenario, tan indiferente como si estuviese de compras por el Strand. Sintió una trémula sensación en la zona de las rodillas. ¿En nombre de Robert Peel, en qué estaba participando?

—¡Moveos por ahí! —gritó alguien—. La escena de la transformación.

Otras figuras con librea estaban ya luchando con los decorados y trepando por las escaleras de la galería de trabajo.

—Haga lo que le ordenen, como los demás, ocurra lo que ocurra —había dicho Cribb, pero ¿podía haber concebido algo tan horrible como lo que acababa de tener lugar?

—¡El torno, chico! —vociferaba alguien—, ¡Te necesitan en el torno!

En una conmoción de escandalizada confusión se fue tambaleando hacia los bastidores y tomó su puesto en la manivela, al lado de otro del contingente pesado.

—Muy bien. Ella baja unas quince vueltas de manivela hasta que queda bien centrada —le explicó su compañero—. Cuando suelte el gatillo, quiero que tú la sostengas. Aguanta como si fuese tu madre la que estuviese ahí arriba. ¿De acuerdo?

Thackeray asintió. Soltaron el gatillo de mano. Aseguró y agarró la manivela encarnizadamente. La costura de atrás de la parte de abajo de su chaqueta empezó a romperse por el esfuerzo. ¡Por Júpiter!, era un trabajo más duro dejar bajar suavemente a la madre de Albert que subirla con el torno. Incluso antes de que se hubiesen dado las quince vueltas a la manivela, Harry, en la galería de trabajo, tiró de su cuerda para producir un balanceo lateral en la cestilla del globo. Al mismo tiempo, el telón se levantó, la orquesta tocó y los iluminadores dirigieron una luz azul brillante hacia la cortina de gasa que colgaba del escenario.

La madre de Albert, que pronto osciló de forma convincente contra un fondo azul, se lanzó poderosamente a cantar la canción de Nellie Power.

Montada en un globo, chicas, en un globo,

Navegando por los aires en una tarde de verano.

Montada en un globo, chicas, en un globo,

Qué lugar más oportuno para pasar vuestra luna de miel.

Desgraciadamente, o el movimiento pendular o el horror de la letra había molestado al segundo pasajero. Mientras unos compases de *pianissimo* buscaban comunicar las delicias aéreas de ir en globo, un triste gemido se oía claramente desde arriba. La cara de Beaconsfield se asomaba tristemente por el borde de la cestilla.

—Ahora está asegurada —dijo el compañero de Thackeray—. Puedes ayudar cambiando los decorados. No se puede uno sentar cuando está en marcha la escena de la transformación, ¿sabes?

Detrás de la cortina de gasa, un decorado exótico estaba casi montado. Un telón, decorado con un horizonte toscamente pintado con cúpulas y minarettes, ya estaba en su lugar, y una bambalina que representaba arcos orientales había sido izada desde el telar. Thackeray se unió a dos hombres que luchaban con un panel con relieves, una pieza de decorado representando un trozo de pared coronado por palmeras. Al otro lado de la cortina de gasa, la madre de Albert empezó braviamente la cuarta estrofa de *Montada en un globo*.

—Ahora ya está segura en su sitio —dijo uno de los hombres dirigiéndose a Thackeray—. Fíjala, ¿quieres?, mientras mi compañero y yo ponemos en su sitio los accesorios pequeños. Falta todavía poner todas esas plantas en macetas.

Se encontró a sí mismo solo, de pie, entre dos piezas de decorado, con un trozo de cuerda de ventana de guillotina atado al decorado movable de su izquierda. Hacía mucho tiempo que no se había sentido tan incapaz.

—¡Vaya!, pero si es otra vez el tipo del peluquín —dijo una voz detrás de él—. ¿Tienes problemas, papaíto?

Era difícil volverse cuando uno era el único soporte de una gran pieza de decorado, pero le pareció reconocer la voz de la chica pelirroja del coro. A menos que hubiese encontrado algo más de ropa no estaba dispuesto de ninguna manera a mantener una conversación con esa joven.

—No sabes en lo que estás metido, ¿verdad? —continuó—. Dame a mí la cuerda. —Se introdujo con dificultad delante suyo, la cogió de su mano y la lanzó hábilmente sobre una abrazadera que había arriba, en el decorado movable de la derecha. Luego pasó la cuerda por detrás a través de la juntura y la ató debajo, con dos abrazaderas, una en cada decorado—. La atas con un nudo corredizo como éste, de manera que sea fácil deshacerlo cuando necesites levantar la escena.

—Se lo agradezco.

—Ahora ya te puedes ir. No se caerá. Es decir, a menos que pienses quedarte aquí apretándote contra mí.

¡Vaya idea! Se retiró como un caballo del ronزال. Ahora podía ver su pelo rojo y además bastante más de ella. Iba vestida con un chaleco de lentejuelas y pantalones de harén transparentes.

—Creo que me pueden necesitar en el torno —dijo.

—Ya era hora —dijo su compañero enojado, cuando llegó—. No puedo

dar vueltas a esta condenada cosa yo solo, ¿sabes?

Delante de ellos, el balanceo de la cestilla del globo había parado y la madre de Albert estaba terminando el estribillo final. Cuando el aplauso —no fue grande— cesó, las luces azules se apagaron y la escena de detrás de la cortina de gasa se iluminó. La madre de Albert estaba precariamente apoyada en el borde de la cestilla.

Caballeros, miren lo que ha encontrado mi globo

¡Una palmera en Marruecos en el harén de un sultán!

—Vale. Subidla. ¡Quince vueltas! —dijo el hombre que estaba en el torno.

Al tiempo que la madre de Albert subía hacia el foro, subía también la cortina de gasa. Cinco mujeres jóvenes, vestidas como la que había visto Thackeray, ejecutaban lo que pasaba por ser una danza arabesca entre los accesorios y los decorados. Ahora que ya había pasado la impresión inicial, pudo reunir el ánimo suficiente para mirar la escena. El público, por lo que pudo oír, parecía realmente muy bien dispuesto hacia las bailarinas. Supuso que si uno tenía una imaginación desarrollada —y la gente de esa clase seguro que la tenía— incluso podía hacer un viaje mental a Marruecos y observar la función sin tener en cuenta las normas británicas del decoro. Si lo intentase mucho, incluso un hombre de su educación lo conseguiría. Pero un codazo en las costillas le devolvió con firmeza a Londres.

—Bájala lentamente.

La madre de Albert bajaba, y también la gasa. Thackeray se quedó obstinadamente en el torno; otros podían cambiar esta escena. Increíblemente pronto, llegó el momento de otro pareado:

A veces, ¿saben?, el tiempo es una amenaza.

Una poderosa brisa me ha traído sobre... ¡Venecia!

—¡Maravilloso! —exclamó Thackeray, mientras la ciudad flotante se iba viendo, completada con góndolas que se movían.

—Dale a la manivela, o no van a ver nada. ¡Caray!, si crees que esto es un escenario, deberías ir a Drury Lane. Ponen de todo en aquel escenario, desde carreras de caballos hasta máquinas de ferrocarril.

—Fue la transformación lo que me sorprendió —jadeó Thackeray una vez dadas las quince vueltas.

Su compañero hizo un gesto desdenoso.

—Decorados que bajan. Pon a un buen tío allí en el puente de trabajo y puedes convertir una pensión corriente en Buckingham Palace en diez segundos, si quieres. ¡Bien! Ya vuelve a bajar, y luego se te necesitará para las estatuas vivientes.

Quince vueltas más tarde, fue tambaleándose para informarse de su nuevo trabajo. Detrás de la cortina de gasa se construía Grecia, una serie de columnas fijadas con riostras frente a un telón que representaba la Acrópolis.

—¿Es usted uno de los fuertes? —le preguntó alguien.

—Sí.

—Bien. Bien. Ésta es suya. Afrodita. Baje bien la cabeza, no dé sacudidas y

vigile al Pensador que viene hacia usted desde el otro lado.

—¿Afro...?

—La señorita Penélope Tring. Póngase en posición y ella se subirá en seguida.

Una estructura de madera sobre pequeñas ruedas, que no era muy distinta a un piano recto pintado de blanco, con dos escalones en el lado del teclado, le esperaba. Jóvenes envueltas en sábanas estaban cerca, listas para empezar. Vio dos manivelas en la parte posterior de la estructura y se cogió a ellas. Se movía con bastante facilidad. Esperó indeciso.

El último de los lacayos salió del escenario y las doncellas griegas se pusieron en arco detrás de la cortina de gasa, dejando libre la zona que había delante de Thackeray. En el bastidor opuesto podía ver a otro de los del contingente pesado agachándose detrás de un pedestal sobre ruedas parecido, pero aquél ya sostenía una estatua blanca. La orquesta dejó de tocar y la madre de Albert hizo su introducción final, pero Thackeray no oyó ni una palabra. La señorita Penélope Tring estaba subiendo a su pedestal...

Al momento siguiente, el escenario estaba bañado en luz, la orquesta tocaba una melodía majestuosa y alguien le empujaba desde atrás. Automáticamente, empezó el viaje hacia el otro lado: automáticamente, porque su mente no quiso aceptar la realidad de lo que acababa de ver y podía continuar viendo si volvía sus ojos por allí. Era manifiestamente imposible que él, el detective de la policía Edward Thackeray de Scotland Yard estuviese en aquel momento cruzando un escenario vestido de satén, agachado detrás de un vehículo que soportaba una hembra vestida sólo con mallas de seda blanca. No importaba la perturbadora figura masculina viva que era empujada más allá de su derecha; no importaba el calor procedente de las vagamente rotundas áreas de blancura a su izquierda, unas cuantas pulgadas más allá de su mejilla. Todo era fantasía. Porque el sargento Cribb, a pesar de sus maneras intimidatorias nunca sometería a un hombre a tales indignidades.

—¡Para, hombre! —le advirtió una voz a su codo—. Vas a empujar a la señora contra la pared si no pones el freno.

Cuando pararon, la señorita Tring relajó su postura y bajó pesadamente del pedestal delante de Thackeray, lo suficientemente sólida como para convencer a cualquier otro de que existía. Claro que él había oído hablar, tomando pintas de cerveza, de cosas que sucedían al otro lado del Canal, de *poses plastiques* y *tableaux vivants* en teatros parisinos. Sin duda había sido por eso que su imaginación le había jugado una mala pasada produciéndole aquella ilusión. Seguro que si se pellizcaba o, aún mejor, si alcanzaba con el pulgar y el índice a la señorita Tring, seguro que ella se desvanecería. Pero algo le detenía, y en ese momento, la aparición aceptó una capa de alguien y se fue a los vestuarios.

Por encima del escenario, la madre de Albert terminó el estribillo final de *Montada en un globo*, bajaron el telón y también a ella y a su dogo, con

alguien más que ayudaba en el torno. Pero no hubo respiro para Thackeray.

—Lleva esto al centro —le dijo uno que estaba mirando—, y ponlo en la zona azul. —Se encontró llevando una especie de paraguero hecho de cromo y que contenía una impresionante colección de espadas—. Para el ilusionista —le dijeron—. ¡Muévete, condenado!

¡Espadas! Sus pensamientos volvieron al infortunado mago languideciendo en Newgate, y su fracasado truco de la chica en la caja. ¿Tendría el que perpetró esos «accidentes» (si es que existía tal persona) la audacia de repetir aquí su maldad? Recordó las palabras de Cribb: «Lleve a cabo sus órdenes...». Fue hacia el medio y encontró la zona azul. En cualquier caso las espadas habían tenido un buen efecto sobre él: las ilusiones se habían desvanecido de su mente y era totalmente consciente de los peligros de la actual situación. Le espetaron otra orden:

—Sólo la mesa ahora. En el cuadrado amarillo.

Aquello parecía bastante inofensivo, gracias al cielo. Una mesa de cartas con una funda de seda que tenía la impedimenta del mago, un sombrero de seda, varita, guantes y un vaso que contenía un líquido rojo.

Corrieron de nuevo la cortina casi antes de que él hubiese llegado a los bastidores, y desde el otro lado, un artista con corbata blanca y frac había ocupado el escenario. Thackeray le reconoció al momento como uno de los huéspedes de Philbeach House, y pronto se hizo patente la razón por la que había estado allí. El hombre tomó una de las espadas, echó hacia atrás la cabeza, abrió totalmente la boca e introdujo lentamente la hoja hasta que la empuñadura estuvo a seis pulgadas de sus dientes. ¡El tragasables!

Retiró la hoja y repitió nuevamente la hazaña con espadas más anchas, acompañado por redobles de tambor. Entre bastidores, Thackeray suspiró aliviado cada vez que las armas salían igual de limpias y relucientes como habían entrado. No durante mucho tiempo, sin embargo. Como si el tragarse sables no fuera lo suficientemente espectacular, el artista sacó una caja de cerillas, encendió una mecha y comenzó una exhibición de tragafuegos. ¡Verdaderamente! Gente así, ¿se merecía que los protegiera la policía?

—Lores, señoras y caballeros, como número final —dijo el tragasables, una vez hubo concluido el tragar fuego sin problemas—, y para su deleite, me gustaría presentarles a mi encantadora ayudante, ¡la señorita Lola!

Salió corriendo al escenario desde detrás de Thackeray, rozándole con su capa al pasar. Lola Pinkus, como la señorita Tring, había encontrado un nuevo puesto en la profesión. Hizo unas reverencias encantadoras, sacudiendo sus rubios rizos hacia atrás al enderezarse. ¡Qué estimulante ver finalmente a una joven vestida decentemente de la cabeza a los pies!

—¡Quítatelo! —pidió un grosero de entre el público.

—Tenga usted paciencia, señor, por favor —le rogó el tragasables—. Ustedes piensan, amigos, que han visto demasiado poco de la señorita Lola. Pronto verán menos. De hecho, ella se desvanecerá completamente ante sus propios ojos. —Cogió el vaso—. Aquí está el fluido más maravilloso del

mundo...

—¡Ginebra! —gritó alguien.

—¡No señor! Ni siquiera la ginebra tiene las propiedades de este particular brebaje. Si usted se toma un sorbo, en unos segundos, desaparecerá usted totalmente. Y tengo que decirles que no puede ser comprado después por caballeros que quieran experimentarlo con sus suegras. Ahora, señorita Lola, ¿quiere usted darme su capa? Nuestros amigos del público querrán ver que es usted realmente de carne y hueso, y no simplemente una ilusión.

¡Incluso en este número! Thackeray advirtió una deprimente igualdad en el entretenimiento. Fuese cual fuese su lugar en el cartel, el objeto de las funciones parecía ser la exhibición del sexo débil en distintos grados de indecencia. Lola Pinkus estaba más adecuadamente vestida que la señorita Tring, pero algo menos de lo que la respetabilidad hubiese requerido en, por ejemplo, unos baños para señoras solamente. Y los espectadores se comportaban de manera intolerable, silbando y gritando como si no hubiesen visto nunca antes una mujer medio desnuda. Quizás no la habían visto. Thackeray hizo un gesto de desprecio. Después de todo, había algunas compensaciones en una educación humilde.

—Ahora invitaré a la señorita Lola a tomar este vaso del fluido mágico —anunció el tragasables, cuando se le pudo oír—, Y luego deben ustedes mirar atentamente, ¡porque ver es creer!

Lola se le acercó y tomó una postura con particular cuidado. Thackeray vigilaba atentamente. El ya tenía una idea de cómo podría efectuarse la desaparición. Comenzó el redoble de tambores. El tragasables hizo algunos movimientos espectaculares con la capa. Las candilejas y las luces laterales se desvanecieron, dejando un único haz de luz sobre los artistas desde la galería. Lola levantó el vaso, lo bajó y bebió. Simultáneamente, el tragasables la ocultó a la audiencia con la capa. Con un chillido totalmente convincente, cayó por la tapa del escotillón sobre la que estaba. Las luces volvieron. Apartó la capa para mostrar que se había llevado a cabo la desaparición. Se oyeron exclamaciones de asombro desde la sala.

—¡Ver es creer! —gritó el tragasables.

—¡Y aquí estoy! —gritó una voz desde arriba de la galería. Todo el mundo se volvió a ver. Allí estaba ella con sus lentejuelas y poco más, saludando triunfante. Recibió un atronador aplauso. Pocos de los presentes podían darse cuenta, como Thackeray, de que no estaban viendo a Lola Pinkus sino a su hermana Bella.

El tragasables extendió una mano señalando a la galería, hizo una reverencia, dio un paso atrás y saludó de nuevo.

Corrieron el telón. Cuando se dirigía hacia los bastidores uno de los tramoyistas corrió a su encuentro. Parecía prever lo que tenía que decirle.

—Ese grito...

—Así es, señor —dijo el tramoyista—. También lo oímos nosotros desde abajo, un momento después de que atravesase la escotilla. Estaba ya

muriéndose antes de llegar al colchón, señor. No estaba consciente. Se retorció una o dos veces y se quedó rígida.

Las noticias de debajo del escenario tuvieron un extraño efecto en Thackeray. Naturalmente, estaba disgustado por la muerte repentina de aquella joven y encantadora artista, pero triste como estaba, el paso por la escena de Lola Pinkus elevó su moral de forma significativa. Ahora tenía una clara justificación para estar en el escenario, y podía volver a pensar y a actuar como un simple policía. ¡Y era un alivio! Sus mortificantes experiencias como tramoyista empezaban a parecer ahora como parte de un inspirado plan. Incluso aquel horrible viaje por el escenario llevando a la señorita Tring se revistió de una cualidad heroica. De hecho, ya se podía imaginar en el tribunal número uno escuchando al Lord Mayor de Justicia: «No puede quedar sin constancia el hecho de que este caso nunca hubiera sido traído a juicio a no ser por la devoción al deber, en las circunstancias más inimaginables, de cierto detective de policía...».

Una vez se hubo convencido de que Lola estaba innegablemente muerta, y por su expresión y actitud el momento de la muerte había sido violento en extremo, se dio cuenta de que, después de todo, no iba a ser posible cumplir con el deber de un simple policía. «Después de encontrar un cadáver —decretaba el *Código de la Policía* (que todos los miembros de la Policía que se respetaban a sí mismos se sabían de memoria)—, debe informarse al coronel en la forma apropiada.»

Eso estaba bien para los cadáveres que de vez en cuando se encontraban a lo largo del Embankment después de una inusitada noche fría, pero no funcionaba para el presente caso. Pasó mentalmente las páginas del manual, buscando algo más apropiado. «Cuando se encuentra un cadáver, y no hay duda de que ya no tiene vida... —contempló atentamente los restos mortales de Lola—, no se debe tocar nunca hasta que llegue un policía que tomará nota, sin dilación, de su aspecto y todo lo que lo rodee.» Se llevó la mano al lugar donde debería haber estado su libreta. No había por qué alarmarse, sin embargo. Se aprendería los pormenores de memoria. «Semblante azulado, revelando inequívocos signos de dolor. Los ojos saliéndole de las órbitas. Dientes al descubierto y apretados. Cuerpo contorsionado, con las piernas dobladas de forma no natural debido a la caída. Las manos extendidas, pero rígidas, como garras. Cuerpo encontrado sobre un colchón de paja, debajo de la escotilla. Trozos de un vaso roto esparcidos alrededor.» Eso sería suficiente por el momento. El tiempo era demasiado precioso para perderlo con detalles. ¿Y luego? «Si sospecha que la muerte fue causada con violencia no debe mover el cuerpo ni dejar que ninguna pieza de ropa o cualquier artículo que tenga que ver con ella sea tocado o movido por ninguna persona hasta que llegue el inspector, a quien debe mandar a buscar por un mensajero.» Condenadamente difícil. Cribb haría de inspector, desde luego. Siempre le estaba diciendo a todo el mundo que él tenía la responsabilidad sin el rango. Pero contactar con él a través de un mensajero era casi imposible; el hombre

que estaba en la escotilla y que había dado cuenta primero de la muerte de Lola se había ido quejándose de vértigos, y dejándole solo con el cuerpo. ¿Qué podía hacer él solo? Parar la actuación y preguntar: ¿hay un sargento detective en la sala? Una pregunta como ésa en esta sala podía originar una estampida hacia la salida.

Así pues, Thackeray decidió prescindir del mensajero e ir a buscar a Cribb él mismo. Eso significaba abandonar el cuerpo durante unos pocos minutos y arriesgarse a que alguien interfiriese mientras él no estaba, pero verdaderamente no había otra posibilidad. Lo que más le molestaba era la perspectiva de meterse entre los espectadores con su librea amarilla.

Abrió una puerta que daba a la cantina. Por la atmósfera de ruidosa alegría se veía que la noticia de la muerte de Lola no había llegado allí. Las chicas del coro se sentaban como siempre en las rodillas de oficiales del ejército, con un vaso de ginebra en una mano y con la otra haciendo melindres a las barbas del regimiento. Thackeray se abrió paso temiendo que, en cualquier momento, la señorita pelirroja que le había ayudado con el decorado aparecería por algún sitio y se arrojaría sobre él. Sin embargo, llegó al otro lado sin que le molestasen y subió por las escaleras que llevaban a la sala.

Afortunadamente la actuación que había en escena concentraba toda la atención de los espectadores. Una joven que no reconoció estaba imitando a un hombre. La canción era bastante inofensiva; él mismo había tarareado la melodía cuando trotaba por las calles de Bermondsey. Pero el énfasis que la cantante le daba a algunas de las palabras distorsionaba completamente el sentido original, aunque encantaba al público, dispuesto ya a ver insinuaciones en cualquier cosa. Thackeray no podía esperar deslizarse por entre las mesas sin que se dieran cuenta, vestido de satén como iba, pero, al menos, la diversión apartaba de él la mayoría de las miradas. Su preocupación principal era ahora saber si incluso Cribb estaría demasiado aborrido en la actuación como para verle.

Fue cuando estaba casi a mitad de camino del grupo de mesas cuando creyó reconocer a uno del público. Calvo, de perfil aguileño, y con una buena barba. Sí, una cara que conocía de algún sitio, pero que le era difícil ubicar. Ninguno de sus amigos podía permitirse champán en botella de dos litros ni una cortesana rebosando diamantes. Para no parecer maleducado, miró hacia otro lado y encontró otro rostro que reconoció al instante. Dos más a la mesa le eran también familiares, aunque no la compañía femenina que iba con ellos. Ahora reconoció a cuatro hombres, de un tiempo que había pasado con la División B de Westminster. Lo que les había traído aquí no quería pensarlo, porque eran miembros honorables de una casa muy distinguida, en la que los teatros de variedades eran considerados como templos del vicio.

Cuando llegó a la zona de a pie, Cribb le esperaba con las manos en las caderas y los ojos encendidos con toda la furia de un oficial enfrentándose a un desertor en el campo de batalla.

—Sargento, ya tiene usted su caso, —se descolgó Thackeray—, y creo que puede ser asesinato.

Al cabo de un minuto estaban entrando en el piso de la escotilla, donde alguien se inclinaba sobre el cuerpo de Lola. Sobre sus cabezas, las tablas resonaban a ritmo de *canean*.

—Apártese, por favor, señor Plunkett. Somos oficiales de policía.

El empresario estaba tan asustado que casi se cayó sobre el colchón. ¿Son ustedes, qué?

—Si es que nos identifiquemos lo que usted desea, le agradeceré que espere hasta que hayamos examinado a esta desgraciada joven. ¿Han tocado ustedes algo?

Sin esperar respuesta Cribb acercó su cara a la de Lola y le olió la boca.

—Yo sólo limpié los trozos de cristal —dijo Plunkett.

—¿De cristal?

—Sí. Ella debía de estar aún sosteniendo el vaso cuando pasó por la escotilla. Se hizo pedazos en el suelo.

Cribb se volvió hacia él.

—¿Dónde están los trozos?

—Pues los envolví en un diario y los puse sobre la repisa de allí por seguridad.

—Por favor, Thackeray —dijo Cribb.

El policía trajo el paquete. Cribb lo desenvolvió cuidadosamente, sin tocar los fragmentos. Olió varias veces una pieza circular que había sido el culo del vaso.

—Esto tiene que ser analizado. El líquido del mago... ¿qué era?

—Agua, con un poquito de cochinilla para dar efecto —contestó Plunkett. Volvió a oler otra vez.

—Tiene un nauseabundo olor dulce, para ser cochinilla.

Plunkett metió el dedo hacia el vaso. Cribb se lo quitó de un tirón.

—Yo no haría eso, señor.

—¿Y por qué no?

—No soy un científico, señor Plunkett, pero si veo que una joven con buena salud muere en cuestión de segundos y no puedo encontrar señal de un agujero de bala, pienso en los venenos. Y cuando veo las pupilas dilatadas como éstas lo están y las mejillas con ese color azulado, voy a la lista de síntomas que tengo en la cabeza, señor, y me sale ácido prúsico. Si eso es lo que es esto y se pone usted un poquitín en el dedo y lo chupa, tendremos dos cadáveres para hacerles la autopsia mañana por la mañana en lugar de uno.

El empresario estaba completamente impresionado. Metió las manos en los bolsillos inmediatamente.

—Pero yo le conozco a usted —le dijo a Cribb—, y a su amigo. Estaban ustedes ambos acechando en la parte de atrás de mi teatro durante el ensayo de ayer. Les envié a por entradas, pero para el primer pase, no para éste. ¿Cómo demonios consiguieron entrar a esta representación? ¿Y qué hace este

hombre con el uniforme de uno de mi personal?

—Es un tramoyista voluntario que no cobra —le explicó Cribb—, Si él no hubiese estado aquí yo no hubiese sabido lo que pasaba, ¿o no es así? El público de ahí afuera todavía no sabe que la señorita Pinkus ha muerto.

Los modales de Plunkett cambiaron bruscamente. Puso una mano en el hombro de Cribb.

—Ni hace falta que se entere, ¿eh? Podemos llevar las cosas discretamente entre nosotros, ¿no? —Se sacó la cartera—, ¡Maldita sea!, esto no tiene por qué ser un asunto policial, ¿verdad?

—Si usted está sugiriendo lo que creo —dijo Cribb—, debo advertirle que es un delito. Tenemos que cumplir con nuestro deber, señor, y tenemos todo el derecho a pedirle su cooperación. Eso no significa que vayamos a parar las actuaciones al otro lado de las candilejas, aunque tengamos serias dudas sobre ellas.

—¡Vamos, hombre! —dijo Plunkett—, Es una representación privada. Además, no hay nada en mi espectáculo que no pueda usted ver en otras salas. —Por su mirada de inocencia ofendida podría haber estado ofreciendo un selecto concierto.

Cribb movió la cabeza.

—Se lo concedo, señor. Tales actuaciones se pueden ver a veces en los teatros baratos de las callejuelas de El Cairo. Pero no estoy aquí para recordar viejas historias. ¿Dónde está el mago con el que trabajaba esta chica?

—¿El Profesor Virgo? Le han acompañado a su vestuario. Estaba más que trastornado, desde luego, y no quiero que cunda el pánico aquí detrás. Ahora sólo hay un puñado de personas que lo saben.

—¿Y quiénes son?

—Los dos hombres de la escotilla que trabajaban aquí debajo, ustedes, el Profesor Virgo y yo.

—¿Y la hermana de la chica muerta?

—¿Bella? ¡Dios mío!, la había olvidado. Nadie se lo ha dicho. Bajaré aquí y verá...

Cribb reaccionó rápidamente.

—Déme aquella sábana, por favor, Thackeray. Ya estará lo suficientemente conmovida por la noticia, sin necesidad de que vea el cuerpo. ¿Se lo dirá usted, señor Plunkett, o se lo digo yo?

—Preferiría que lo hiciera usted, si no tiene ninguna objeción.

—Muy bien. Será mejor que pregunte a Virgo, Thackeray. Averigüe lo que pueda del hombre, y luego repase con él la actuación paso a paso. —En caso de que en la cabeza de su agente brillara un destello de responsabilidad, añadió—: Y póngase su chaqueta y sus pantalones. Está usted ridículo.

No obstante, Thackeray llamó a la puerta del Profesor Virgo unos minutos más tarde con un justificado sentimiento de importancia. No eran muchos los policías que eran capaces de llevar a cabo entrevistas importantes en el

terreno del área metropolitana.

El Profesor estaba sentado ante una mesita de tocador hecha de una caja para el té, tenía una botella de whisky en la mano izquierda y una vara en la derecha, con la que estaba dándole malhumoradamente a un gordo conejo blanco que estaba en una conejera. Thackeray carraspeó dándose importancia. Lo sabía todo de interrogar sospechosos. Tenías que controlar desde el primer momento, informar de tu rango oficial y después ir lanzando las preguntas como disparos de revólver.

—Soy el agente de policía Thackeray, señor, de Scotland Yard. Tengo que hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntas? —el Profesor Virgo dio un respingo de sorpresa. Y también el conejo.

—¿Podría decirme cuánto tiempo hace que está usted en el cartel del Paragon, señor? —Una buena primera pregunta, que requería una corta afirmación de hecho. Haz de forma que repitan los hechos y luego les será difícil empezar a introducir evasivas.

Hubo una larga pausa.

—¿Me ha oído usted, señor?

Unos segundos más tarde, Virgo habló:

—Cu-cuando estoy nervioso, me cuesta ha-h-h...

—¿Hablar? —¡Cielo santo, vaya una suerte! Su primer interrogatorio importante y le había tocado un tartamudo.

—Hace seis semanas es la respuesta a su p-p...

—Creo que es usted tragasables de profesión.

Virgo asintió.

—¿Y tuvo usted un accidente?

—En el Ti-Ti...

—Tivoli Garden. ¿Qué sucedió entonces, señor?

—D-d-dolor...

—¿...de garganta? Ya lo creo, señor. Y fue usted llevado a Philbeach House en Kensington, ¿verdad? —Poner las palabras en su boca no era el procedimiento recomendado, pero si no lo hacía, esa entrevista podía durar toda la noche.

Otra afirmación de cabeza.

—Y alguien de allí le ofreció un contrato en el Paragon. ¿Es así? Bien. ¿Y quién fue?

—La señora B-B...

—Body. Gracias. ¿Y cuándo vio usted por primera vez a las hermanas Pinkus?, ¿en Philbeach House? Bien. ¿De quién partió la idea de que trabajasen con usted, de ellas o de usted?

—De ellas.

—Ya. ¿Y cuándo apareció usted por primera vez con ellas en el Paragon?

Virgo levantó los dedos.

—T-tr...

—¿Hace tres días? ¿no? Tres semanas. Muy bien. ¿Está usted nervioso todavía? ¿Cómo se llama su conejo? Olvídelo. Mire, Profesor Virgo, yo necesito escuchar su relato de lo que ha sucedido esta noche desde el momento en que llegó usted al teatro. ¿Puede usted hacerlo? Tome un poco de whisky. Para mí no, gracias. Estoy de servicio.

Cuando le hubo dado la vuelta a la botella durante varios segundos, Virgo pareció recobrar algo de su seguridad. Parecía un hombre honrado, de rasgos regulares, pero tremendamente delgado. No duraría mucho en Newgate, pensó Thackeray.

—¡Ll-llugué aquí a eso de las once. No quieren que estemos aquí mientras la otra función está en m-m...

—...marcha.

—Yo no estaba en el primer número y así tenía un poco de tiempo para poner a punto mis cosas. Las puse aquí fuera junto a la p-puerta para que el hombre encargado de los accesorios las recogiese y las llevase abajo.

—Serían sus sables —recordó Thackeray—, y la mesa con la varita, su sombrero, los guantes y el vaso con fluido mágico. ¿Qué había en aquel fluido, señor?

—Ag-agua, y un poco de colorante. —Virgo sacó una botella pequeña de cochinilla.

—¿Me la puede dar? Haré que se la devuelvan. ¿Y cuándo se llevaron sus accesorios al escenario?

—Durante el m-m...

—Monólogo. Ya. ¿Sabe usted quién lo hizo?

Virgo negó con la cabeza.

—Probablemente estuvieron en los bastidores unos veinte minutos. Eso es mucho tiempo. ¿La gente no cambia los trucos de un mago cuando están por ahí así, señor?

—¡Oh sí! Hay cantidad de bromistas en el teatro. Eso es lo que les sucedió a mis sables en el Ti-Ti...

—Tivoli Garden. Sí señor. Entonces, ¿por qué permitió que bajaran sus accesorios tanto tiempo antes de que bajase usted?

Virgo levantó el dedo confidencialmente.

—No podían hacer mucho con esas pocas cosas, ¿verdad? Sólo podían añadirle algo al fluido mágico y ése es un riesgo que corres. Una vez mi ayudante tragó un vaso del líquido para hacer d-d-desaparecer y más tarde se encontró con que había sido mezclado con ca-ca-cas...

—Cáscara sagrada. ¡Ah!, el laxante. —Ambos sonrieron—. Así que fue a los bastidores durante la escena de la transformación —prosiguió Thackeray—, y esperó en el lado opuesto a su mesa, que trajó un tramoyista.

—Sí, hice los trucos como de costumbre. Los sables y el tragafuegos. Luego presenté a la señorita Lola. Es extraño, ¿sabe? Nunca t-t-tartamudeo durante la a-a-ac...

—...tuación —dijo Thackeray—, ¿Sucedio algo inusual?

—Realmente no. Le di la bebida después de que se hubiese quitado la capa. Luego me aseguré de que ella... ¿conoce usted el truco?

—Se puso sobre la escotilla —dijo Thackeray, con aires de suficiencia.

—Sí. Bebió el agua, la tapé con la capa y cayó por la escotilla como de costumbre.

—Pero gritó —dijo Thackeray.

—Sí. En ese momento debió de ser cuando le dio el ataque al corazón, supongo, pobrecita. Debía de estar aterrorizada por el acontecimiento. No creo que yo haya a-a-actuado ante un público tan distinguido en mi vida, tampoco.

—¿Y luego qué sucedió?

—Terminé la actuación y cuando salí del escenario, el hombre de la escotilla me dijo que estaba muerta. Me quedé anonadado.

—Lo creo —le aseguró Thackeray—, Un suceso muy trágico, señor.

—Un desastre —dijo Virgo—. Tendré que cambiar mi número ahora. Ese truco es imposible sin hermanas g-gemelas. Y t-t-tragar sables no es suficiente para tener contenta a una sala como ésta. No están contentos hasta que no hay una chica en el escenario enseñando un montón de e-e...

—¿Extremidad inferior? —preguntó Thackeray.

Virgo asintió.

—Así que ya ve usted que no puedo a-actuar sólo con la señorita Bella. —Se dio con la vara en la frente—. Quizás podría serrarla en dos m-m-m...

—Yo no lo haría —dijo rápidamente Thackeray—. No hay mucho futuro en esa clase de truco, señor. Bien, le agradezco sus respuestas a mis preguntas, debo ir con mi sargento ahora. Por si él quisiera hablar con usted, ¿dónde estará, señor?

—Aquí, una hora, al menos —dijo Virgo con una nota de compasión en la voz—. Tengo que esperar al autobús p-privado que nos lleva de regreso a Philbeach H-H...

—Gracias, señor.

Al encontrar el piso de la escotilla desierto, Thackeray buscó finalmente a su superior en el vestuario de cambio rápido. Uno de los tramoyistas estaba apostado ante la puerta para repeler a los intrusos. Durante el resto de aquella noche los cambios rápidos deberían hacerse entre bastidores, una contingencia que era poco probable que causase azoramiento a nadie en el Paragon. Thackeray estableció su identidad blandiendo su libreta, ¡qué alivio haberla recuperado de nuevo!, y fue admitido.

—Está usted aquí, agente —dijo Cribb—, Estaba empezando a preguntarme si se habría perdido usted en los vestuarios.

Thackeray le devolvió una mirada airada.

—El interrogatorio me llevó más tiempo del que usted creería, sargento. El Profesor tenía un defecto del habla.

—No me sorprende. Si usted tragase sables para ganarse la vida, probablemente con el tiempo dañaría sus facultades.

—Es un riesgo que me propongo no correr, sargento —dijo Thackeray firmemente, ahora en guardia contra cualquier sugerencia de Cribb. Repitió la historia de Virgo, remitiéndose sólo brevemente a sus notas—. Por lo tanto, no puedo creer que él envenenase deliberadamente a la señorita Pinkus —concluyó—, ya que sólo hacía tres semanas que conocía a las chicas. Además, ella y Bella eran necesarias para el número de la desaparición. No será fácil encontrar sustitutos. Y, por si acaso se le había pasado a usted el pensamiento por la imaginación, sargento —añadió, sonriendo, pero todavía con un cierto recelo— sucede que no tengo ningún hermano gemelo.

—Aunque lo tuviese usted Thackeray, no podría imaginármelo con lentejuelas y leotardos —le tranquilizó Cribb—. No, por lo que colegí cuando interrogué a nuestro amigo Plunkett, el Profesor no es probable que busque sustitutos. Es un tragasables y un tragafuegos de pura raza. El truco de la desaparición se puso ante la insistencia del empresario. Los clientes no le tienen simpatía a ningún número, aunque sea excelente, sin su provisión de carne de mujer destapada. Pero Virgo sólo hizo el truco de la desaparición bajo protestas. Cuando estás introduciendo sables en tu propia garganta para impresionar a la audiencia, no te gusta manchar el número con trucos de magia, o eso dice Plunkett.

—Eso lo aclara, sargento. Ahora que lo menciona usted, no parecía demasiado molesto por no poder hacer el truco de nuevo, pero no me pareció que eso tuviera importancia. Creo que estaba demasiado ocupado intentando darse ánimos para no tartamudear. Me temo que tengo muy poca experiencia en entrevistar sospechosos.

Ahora le tocaba sonreír a Cribb.

—Remediamos eso, agente. Debo salir a informar de la muerte de la señorita Pinkus en el barrio adecuado, pero quiero que usted se quede aquí y recoja declaraciones de todo el que estuviera en ese escenario esta noche hasta el momento de la muerte de Lola. Puede usted decirles que está usted en la policía. Dígales que está usted llevando a cabo investigaciones de rutina, como consecuencia de la muerte súbita de la señorita Pinkus. Le tomará casi toda la noche, pero no deje que ninguno se vaya hasta que les haya interrogado. Eso le dará alguna experiencia en seguida. ¡Oh!, y obtenga también declaraciones de la orquesta, ¿quiere?

Thackeray examinó una tenue mancha azul en la taza de café que sostenía. El calor de la copa había hecho lo que varios minutos de continuo restregar con jabón de sosa no habían conseguido antes: había quitado algo del residuo de tinta que había en sus dos primeros dedos. La evidencia de dos laboriosos días de copiar informes estaba ahora primorosamente marcada en la porcelana de Gran Scotland Yard, porque él y el sargento Cribb estaban sentados en sillas tapizadas de cuero, siendo tratados con desacostumbrada hospitalidad por el inspector Jowett.

—Desde la posición que uno ocupa aquí, en la oficina central, tiene uno que estar constantemente en guardia para no perder el contacto con, si me perdonan la frase, los humildes buscadores de pistas, los hurones de la policía, resumiendo, señores, con ustedes. ¿Otra galleta digestiva, sargento?

La nuca de Cribb se había puesto sensiblemente más colorada por los aires de superioridad de Jowett. Movi6 la cabeza. Thackeray también notó calor alrededor del cuello de la camisa y una sensación de frío en el est6mago. Ambas digestiones necesitarían algo más fuerte que una galleta después de esto. Los dos recordaban claramente un tiempo en el que Jowett era un sargento detective competente sólo en evitar los problemas. Esa habilidad y unas ciertas conexiones familiares, se decía que habían hecho inevitable su promoción. Si Cribb y Thackeray eran hurones, Jowett era un conejo con pedigrí, y mucho más aceptable en el Yard. Durante la conversación movía la nariz de forma muy molesta.

—Nosotros, aquí, en la oficina central —continuó—, a menudo les envidiamos a ustedes, habitantes de los bajos fondos. Desgraciadamente, un departamento de investigación criminal eficiente requiere sus planificadores, sus coordinadores, sus cabezas pensantes. Por eso nos vemos obligados a permanecer en nuestras sillas dirigiendo los esfuerzos de respetables policías como ustedes, mientras el detective que hay en nosotros grita por acompañarles. Por ejemplo, caballeros, he estado leyendo con interés su informe de la muerte de la joven el pasado martes en aquel teatro de variedades.

—El Paragon, señor.

—Sí. Un suceso tremendamente desgraciado. ¡Pero qué marco tan espléndido para una investigación! ¿Deduzco que también han estado ustedes en otros teatros?

—Sólo en el Grampian, en la calle Blackfriars, señor, —dijo Cribb. Curioso por conocer las intenciones de Jowett, añadió:

—¿Está usted interesado en los espectáculos de variedades?

—No, no. Esa no es en absoluto mi forma de divertirme. Casi nunca he puesto el pie en semejante sitio. La opereta es mucho más de mi gusto.

—Cuando se tiene que hacer servicio de policía, ¿verdad señor? —dijo Cribb.

—¿Cómo?

—*Los piratas de Penzance*, señor.

—¡Ah, sí! Claro. —El Inspector Jowett no captó en absoluto la alusión—. También me gustan las carreras de caballos. —Dejó la taza sobre la mesa y buscó tabaco en el bolsillo—. Pero su visita al Paragon me interesa. Dígame lo que sabe de ese lugar.

—¿Del Paragon? Creo que hemos hecho una descripción bastante clara de lo que sucede allí, señor. Lo hemos visto por nosotros mismos y hemos documentado esas actividades con treinta declaraciones o más.

—Infórmeme, por favor.

—Bien, señor. Para la mayoría de la gente es un teatro ordinario, algo más caro que algunos de ellos, pero que ofrece el mismo tipo de espectáculo tres noches por semana, como cientos de otros. Tiene su zona de a pie, desde luego, y hay algo de libertinaje en esa zona, pero aparte de eso, lo demás está bien, es decir, si le gustan las variedades.

—Le aseguro que no, pero siga.

—El dueño del Paragon es el magnate de la ginebra, sir Douglas Butterleigh. Parece que le tiene cariño a las variedades. Abrió un hogar para artistas desamparados en Kensington, Philbeach House. Quizás haya usted oído hablar de él. Su intención fue que los artistas enfermos o que sufrieran un accidente pudieran ser rescatados de la casa de caridad y puestos al cuidado de una tal señora Body en Philbeach House. Cuando estuviesen lo suficientemente restablecidos, volverían al escenario del Paragon. El empresario de allí es un tal señor Plunkett, y él me dio su versión del Paragon la otra noche. Ahora bien, Plunkett es un hombre de negocios realista y en ningún momento creyó que la idea de Butterleigh pudiese llenar ese teatro tres noches por semana.

—Los filántropos raramente se plantean la caridad en términos comerciales —observó Jowett desde el centro de una nube de humo.

—Bien, Plunkett insistió durante unos meses, pero el cartel del Paragon no reaccionaba muy bien ante la caridad. Las tres cuartas partes de los huéspedes de Philbeach House eran cantantes, y no muy buenos. No se puede reclutar una compañía de variedades sólo de cantantes. Así pues, se hicieron innovaciones, y pronto el Paragon funcionó como cualquier otro teatro, y atrajo a una audiencia regular. Sir Douglas Butterleigh no sabía nada de eso porque su invalidez le tiene apartado de todo ello. Para salvar su conciencia, supongo, Plunkett decidió que tendría que encontrar algo para ocupar a los desheredados de Philbeach House. Concibió la idea de una función especial sólo para que vieran que no se les había olvidado.

—¿Además de la función regular?

—Exactamente. Pero ésa era una clase de público totalmente distinta. Plunkett dejó bien claro que lo que ofrecía era un espectáculo caritativo. Les puso a las entradas un precio alto, puso el nombre de sir Douglas en ellas y después hizo su ronda por la alta sociedad de Londres. Les prometió un

espectáculo de media noche, estrictamente para una buena causa, y todas las entradas se vendieron en una semana.

—Realmente, no me lo explico.

—Yo tampoco me lo explicaba, señor, hasta que Plunkett me dijo lo que les había dicho a sus clientes: que ya que compraban entradas para una función privada, podrían esperar un espectáculo algo distinto. Lo que hizo, de hecho, fue convencer a un par de cantantes para que se dejaran transportar a través del escenario llevando puesto poco más que un rayo de luz de calcio.

—¡Por mi alma, qué idea tan increíble!

—Eso es lo que yo opino, señor, pero eso no justifica el mal gusto. Plunkett me ha contado que la actuación fue un tremendo éxito. El público no dejó que la función continuase hasta que hubieron paseado a las dos cantantes arriba y abajo una docena de veces, como el cuadro favorito de una linterna mágica. Y cuando acabó la velada, le bombardearon con solicitudes de entradas para la siguiente función. Se dio cuenta de que había descubierto una mina de oro. Un teatro de variedades secreto para la gente bien, con algunos atractivos adicionales.

—Eso es muy ingenioso.

—Sí, señor —dijo Cribb—, pero Plunkett era un empresario demasiado inteligente para creer que podría continuar así durante mucho tiempo. Aunque convenciese a todas las mujeres que vivían en Philbeach House de que hicieran el papel de estatuas vivientes, y la mayoría de ellas estaban lo suficientemente cerca de la penuria para hacerlo, sus clientes se cansarían pronto de la distracción. Como cualquier otro cartel, su espectáculo de media noche necesitaba variedad. Pero él no podía convertir a cantantes en tragasables de la noche a la mañana. Ni tampoco quería contratar artistas en la forma habitual, a través de sus representantes. Eso no haría más que complicar sus planes. No, la compañía para el espectáculo de medianoche tenía que proceder de Philbeach House. Una vez que un artista fuese lo suficientemente desgraciado como para vivir de la caridad, no era muy probable que discutiese sobre la clase de trabajo que se le ofrecía. El problema de Plunkett era que la lista de huéspedes de la señora Body no le proveía de la variedad que él necesitaba. No había ni un volatinero ni un artista del trapecio entre ellos.

—Singularmente desgraciado —dijo Jowett—. ¿Les puedo ofrecer más café, caballeros?

—Nunca tomamos una segunda taza, señor. Ahora debe de hacer unas tres semanas que empecé a interesarme en una incomprensible serie de accidentes ocurridos a artistas de las variedades: un tragasables, una trapecista, un cómico, un mago, etc. Podría no haber investigado más si alguien no me hubiese avisado de un inminente accidente en un determinado teatro, el Grampian, en la calle Blackfriars. Lo indicaban en términos excesivamente dramáticos: «Esta noche, sensacional tragedia», decía la nota,

y lo que hubo fue un forzado al que le mordió la pierna un dogo, pero eso hizo que me plantease una serie de preguntas, señor. Empecé a buscar similitudes en los accidentes. ¿Era sólo un bromista, o había algo más? Thackeray, dígame al inspector lo que resolvimos acerca de los accidentes.

El policía dio un respingo en su silla.

—¿Los accidentes? Ah, sí, sargento. Bien, señor, pudimos establecer que habían sucedido todos en teatros distintos. Y todas las víctimas, si las puedo llamar así, se quedaron sin trabajo. También hacían números completamente distintos en el teatro. Y más tarde supimos que todos habían sido llevados a Philbeach House.

—Y una cosa más —dijo Cribb, con aire de trascendencia—. La naturaleza de los accidentes era tal, que no era probable que ninguno de ellos volviese a ser contratado de nuevo durante mucho tiempo. El factor común era el ridículo, señor. Esos desgraciados eran el hazmerreír: el cómico con la letra equivocada en la hoja de la canción, el tragasables que tose, las chicas del trapecio que colisionan, el bailarín sobre barriles que no se podía ni aguantar de pie sobre ellos, el forzado al que muerden y se cae de la plataforma, y la infortunada chica del columpio.

—¿Qué le pasó a ella?

—Me faltan las palabras, señor. Sin embargo, como los demás, está acabada como artista a menos que se cambie de nombre y haga un número distinto. Eso no es fácil.

Jowett aspiró su pipa con fuerza y exhaló despacio.

—A ver si lo entiendo bien, sargento. ¿Está usted sugiriendo que el señor Plunkett ideó todos estos accidentes para llevar a esa gente a Philbeach House?

—Todavía no estoy seguro de eso, señor. El no me dijo tanto. Pero había seis de ellos actuando en el Paragon la otra noche, incluyendo a la difunta señorita Lola Pinkus.

—Admito que hace usted que parezca verosímil. Sin embargo, ¿cómo justifica usted la muerte de esta joven? ¿Fue otro accidente que quizás salió mal?

—Con toda seguridad no, señor. Tengo el informe de la autopsia. Murió envenenada con ácido prúsico. Casi instantáneo. Eso no fue un accidente.

—¡Ya lo creo que no! —Los ojos de Jowett se redujeron a dos hendiduras, llenas de arrugas a su alrededor. Todo indicaba que estaba a punto de hacer una profunda observación—. Entonces fue suicidio. Se mató. Qué suerte que el truco mágico la apartase de la vista del público en el momento crítico. El fallecimiento súbito de un artista debe de tener un efecto perturbador en el público.

—Ella gritó, señor —dijo Cribb—, pero apenas se la oyó por encima del retumbar del tambor. El público aún no sabe qué ocurrió. La mayoría de ellos estaba arrebatada por la ilusión y creyó que estaba viendo a Lola cuando Bella apareció en la galería. Aunque algunos de los presentes se

imaginasen el secreto, ellos no supieron que Lola estaba muriéndose cuando golpeó el colchón debajo del escenario.

—¡Menos mal! Y dígame, sargento, ¿cuál fue la reacción de la señorita Bella Pinkus?

—Ella no supo nada hasta que vino a buscar a Lola, señor. Le di yo mismo la noticia. Al principio no quería creerme. No entendía cómo el truco había funcionado tan perfectamente si había matado a su hermana. Tuve que enseñarle el cuerpo para convencerla. Se lo tomó bien, no obstante. Son gente práctica, estos del teatro. Tienen una vena de tenacidad que no me importaría encontrar en algunos miembros del cuerpo, señor. —Cribb dijo esto con una expresión tan suave que Jowett no pudo disentir.

Sin embargo, el inspector se levantó para adoptar una pose en la alfombra de piel de tigre frente a la repisa de la chimenea. Detrás suyo había una fotografía de él, vestido de cazador, de color sepia. Thackeray pensó, sin mucha caridad, que la silla que había en la foto era idéntica a una que había visto en un estudio en Bayswater.

—Sólo hay una cosa que no está totalmente clara para mí, sargento. Usted daba a entender que los clientes de esas funciones de medianoche eran miembros influyentes y ricos de la sociedad de Londres.

—La zona de a pie era como el Rotten Row en temporada alta, señor.

—En tal caso, explíqueme, cómo dos miembros ordinarios del cuerpo de policía fueron admitidos.

—Conocimos a la hija del señor Plunkett, señor —dijo Cribb, como si eso lo explicase todo.

—Ya veo —dijo Jowett en tono amenazador—. ¿Y ustedes se mezclaron libremente con el público? ¿Los dos?

La taza y el plato de Thackeray se oían vibrar en su mano.

—Nos separamos para evitar sospechas, señor —dijo Cribb—. Yo encontré un lugar en la platea. Thackeray estaba... esto... mejor situado.

—Lo que explica que él llegase primero al lugar en el que fue encontrada la señorita Pinkus —observó Jowett.

Thackeray asintió enérgicamente.

—Bien, sargento —dijo Jowett, esforzándose en parecer intrascendente—, espero que podrá usted llegar a una conclusión de sumario con este asqueroso pequeño asunto. No debería ser difícil establecer dónde compró la señorita Pinkus los medios para su autodestrucción. ¿Dice usted que fue ácido?

—Prúxico, señor. El más mortífero que se conoce. Había muchísimo. Más de la mitad de lo que había en aquel vaso debía ser ácido puro.

—Entonces no tendría que haber ninguna dificultad. Ningún farmacéutico habría vendido esa cantidad de ácido sin haberlo hecho constar en su libro de venenos.

—Estoy haciendo las comprobaciones habituales, señor, pero no soy optimista. Ya hay demasiado de eso por ahí. Se utiliza para las ratas, ¿sabe?

Las compañías de ferrocarril fumigan los vagones con ese ácido periódicamente. También hay un montón de ratas en las bodegas de los barcos. Sólo Dios sabe el ácido que utilizan en el puerto de Londres. Plunkett incluso creyó que tenían una botella en el Paragon, pero no la hemos encontrado. Después de la exhibición del martes por la noche, entiendo muy bien que la sala necesite ser fumigada con regularidad, señor.

Jowett golpeó varias veces su pipa sobre la repisa de la chimenea y comenzó a escarbar en el contenido con el palo de una cerilla.

—Vamos, vamos, sargento. Eso se parece extraordinariamente a las andanadas que uno lee en la prensa diaria, escritas por maestros retirados que firman «Padre de tres hijas», o «Puro de Corazón». No puedo creer que se esconda un remilgado detrás de esas patillas que lleva.

¿Cribb acusado de remilgado? Al sargento no le gustaría nada. Thackeray cerró los ojos y esperó la explosión.

—Dios me libre de alentar la perversidad —continuó el inspector—, pero por Dios, hombre, se ven peores cosas en Londres que unas cuantas señoras de buen ver en mallas. Es usted lo bastante mayor como para haber hecho una ronda de servicio por la casa de Kate Hamilton en sus tiempos, ¿no?

De alguna forma, Cribb estaba controlándose.

—Pero no puedo ver cómo afecta eso las funciones del Paragon. Había gente entre el público con nombres respetados en todo el país, señor. Sentados ahí, abiertamente, en compañía de mujeres perdidas, cortesanas caras, lo admito, pero no por ello mejores en mi opinión, y contemplando indecencias que ninguna licencia para oír música y bailar da a un empresario el derecho a exhibir. Ciertamente tengo la intención de ver a Plunkett llevarse su merecido, dejando aparte la muerte de la señora Pinkus.

—Era una función indecente, señor —corroboró Thackeray—, Le arrestaremos bajo la ley de la policía.

—¿Y le pondrán una multa de cuarenta chelines por permitir que se cante una canción indecente delante de un policía? —dijo Jowett desdeñosamente—. No pueden ustedes perjudicar a Plunkett así. Déjenme que les dé un consejo, caballeros. El martes por la noche consiguieron ustedes entrar a una función organizada para una clase de público acostumbrado a disfrutar de sus placeres en privado. Pueden ustedes ser perdonados por creer equivocadamente que lo que ustedes vieron podría corromper a tales personas. Pero ustedes no estaban en posición de juzgar, ni deben ustedes constituirse en jueces. Ellos viven en un plano distinto al suyo, caballeros, o al mío.

—¿Está usted diciendo que están por encima de la ley, señor?

—No, por Dios, sargento. Pero la ley tiene en cuenta las circunstancias, y las circunstancias en las que ustedes se introdujeron el pasado martes eran totalmente extrañas a su experiencia. Tales funciones privadas no son desconocidas en Londres. Los clientes saben lo que esperan cuando van, y no recibimos quejas de la naturaleza de la diversión. Si hay algo que uno

aprende en el Yard sobre administrar la ley es la importancia de la discreción. Discreción, caballeros, la discreción lo es todo.

Éste era ahora el Jowett ortodoxo. Cribb dirigió a Thackeray una mirada de complicidad, casi un guiño.

—Entonces, ¿usted quisiera que concentrásemos nuestras investigaciones en la muerte de la señora Pinkus, señor, y fuésemos discretos en el asunto de las funciones de medianoche?

El inspector asintió con satisfacción.

—Precisamente, sargento. Dedique sus energías al asunto en cuestión. No debería llevarle mucho tiempo el descubrir por qué se mató. Hay una casa completa de chismosos en Kensington listos para darle a usted información. La murmuración forma parte de la tradición teatral. Ya tiene usted las declaraciones del Paragon. No necesita usted perder más tiempo allí, ¿verdad?

Cribb movió la cabeza denegando.

—Lo siento, señor. El lugar del óbito. Seguro que tendremos que volver allí.

—Sargento, sargento, —rogó Jowett, blandiendo su pipa—, ¿dónde está la discreción que usted me prometió emplear? El señor Plunkett tiene una reputación que mantener. No quiere detectives dando tumbos por su escenario.

Cribb se levantó con decisión.

—Si así es como usted ve nuestro trabajo, señor...

—¡Por el amor de Dios, sargento! No se ofenda, hombre. Todos somos miembros del mismo cuerpo, ¡maldita sea! Seguro que no somos tan condenadamente susceptibles como para que no podamos decirnos claramente unas cuantas palabras. Yo simplemente le sugería que concentrase usted sus pesquisas en Philbeach House y que dejase al señor Plunkett...

—¿Continuar con su caritativo trabajo, señor? Sí, ya le comprendo —dijo Cribb—, y si es una orden lo que me está usted dando de que deje al señor Plunkett en paz, no la desafiaré. Pero le estaré muy agradecido si me la da usted como una orden, porque yo tengo tendencia a tomar las sugerencias como lo que son, y a dejarlas de lado si no las encuentro lógicas.

Jowett suspiró.

—Es usted un hombre difícil, Cribb. Muy bien. Le ordeno que no vuelva a entrar en el Paragon sin consultármelo.

—Gracias, señor. Y ya que nos estamos diciendo las cosas claras, quisiera dejar sentado que dar tumbos no es una descripción correcta de la forma en que sus oficiales se comportan. No estoy seguro de qué ha motivado ese comentario, señor, pero si lo que se cuestiona es la parte que jugó el agente Thackeray en la representación del pasado martes, debo decirle que me responsabilizo totalmente. Fue un imaculado trabajo de detective, tan discreto como usted pudiera desear y que merece el mayor elogio. Eso

constará en mi informe, señor.

—Estaré encantado de leerlo, sargento —dijo Jowett fríamente—. La expresión que utilicé era una simple expresión. Estaba intentando ver las cosas desde el punto de vista del señor Plunkett. No había ninguna intención personal. No tengo nada más que decirles en este momento.

Indicó que la entrevista había terminado yendo hacia la ventana y mirando por ella.

—Hay un asunto, señor —insistió Cribb—. Woolston, el prisionero de Newgate. Un ilusionista... Le clavó una espada en la pierna a su ayudante, si recuerda usted el caso.

—Realmente —contestó Jowett sin volverse.

—Es inocente, señor, si nuestras teorías son correctas. Los cargos deberían ser retirados. Estaba casi con toda seguridad destinado a Philbeach House y al Paragon. No dudo que el señor Plunkett...

—Lo investigaré. Buenos días, caballeros.

Cuando salieron al bálsamo de una suave llovizna de octubre, Thackeray se sintió impelido a expresar su gratitud a Cribb.

—Fue muy generoso de su parte, sargento.

—¿El qué?

—El hablar por mí de aquella manera. Trabajo imaculado de detective y todo aquello. Yo no lo consideré como algo especial.

—Ni yo —dijo Cribb—, pero que me aspen si acepto insultos de tipos como ese Jowett.

Entraron en la calle Whitehall en silencio y apretaron el paso bruscamente, indistinguibles con sus sombreros hongos de los funcionarios civiles, que se apresuraban desde el Ministerio de Marina para conseguir almorzar los primeros en las tabernas alrededor de Charing Cross.

—¿Cree usted realmente que fue un suicidio, sargento? —preguntó Thackeray finalmente.

—No —dijo Cribb—. Ni nunca lo he dicho.

—Pero el inspector sí, y usted no le expresó sus dudas. Parecía tener ya una idea hecha.

—Sus ideas se paran en el suicidio —dijo Cribb—. El asesinato es impensable en su situación.

—¿Y por qué, sargento?

—Hemos hurgado en un avispero, agente, y hay en él algunos especímenes muy grandes.

—¿Miembros del parlamento?

—Sí, y otros. Había un par de caras en el Paragon la otra noche que por mi vida que no podía identificar. Unos tipos fuertes, de pelo corto y bigotes prusianos, sentados en un palco y alimentando con ostras a sus queridas. He perdido casi una noche de sueño intentando recordar dónde los había visto. Me vino a la mente esta mañana de repente: los directores del Yard.

—¡Dios mío!

—Ahora, un asesinato traerá toda clase de publicidad no deseada al Paragon, si la prensa lo olfatea. No haría mucho por la carrera de Jowett si los nombres de los espectadores del martes se dieran a conocer. ¿Recuerda toda esa cháchara sobre la discreción? Por lo tanto, probablemente sea mejor que Jowett continúe pensando que la muerte de Lola es un suicidio. Si menciono el asesinato, es probable que a alguien le entre el pánico. Usted y yo podríamos encontrarnos de vuelta a las rondas.

—Hace que se le hiele la sangre a uno, sargento.

En aquel momento fueron necesarias dos o tres pintas para reavivar las circulaciones de ambos detectives.

—¿Vamos a Philbeach House como sugirió el inspector, sargento? —preguntó Thackeray, cuando vio que Cribb estaba dispuesto a discutir de nuevo el caso.

—Hubiese ido allí de todos modos. Necesito saber más sobre las hermanas Pinkus y sobre cómo las veían los demás huéspedes. De hecho, quiero una descripción de lo que realmente sucede en Philbeach House.

—Pero eso tomará días, sargento, preguntar a todos los huéspedes.

—Hay un atajo —dijo Cribb—, Si usted lo recuerda, recibí una invitación para volver allí en una visita social.

—¡La señora Body!

—No hay nadie mejor situado para decirme lo que necesito saber. No hay más remedio, Thackeray. Voy a aceptar la oferta de la señora Body para inspeccionar el palco del antiguo Alhambra.

—¿Su sala privada? Seguro que le comprometerá. No lo tenga en cuenta, sargento. Es un suicidio moral. El Yard no tiene ningún derecho a esperar eso de usted. Estoy totalmente seguro de que el inspector Jowett no iría.

—A Jowett no le han invitado —dijo Cribb—. El Yard no tiene nada que ver con esto. Es una decisión totalmente mía. Si le digo la verdad, me hace ilusión.

Éste era el hombre al que Jowett había considerado remilgado... Thackeray se fue al bar para pedir un whisky doble.

Aquella tarde en Philbeach House, la iniciativa de Cribb sufrió un momentáneo rechazo. El mismo sirviente con las cicatrices de batallas que se había encarado a los detectives en su primera visita anunció con un tono terminante que la señora estaba ocupada. No podía ser molestada. El visitante debía volver otra tarde. Y ahí se hubiera terminado la cita si Cribb no hubiese puesto intencionadamente su pie contra la puerta. ¿Acaso tenía tarjeta de visita? No, no la tenía, pero su identificación del Departamento de Investigación Criminal era una prueba de respetabilidad. ¿Era una visita oficial? No, social. La señora Body le había invitado a visitarla. En tal caso, podía esperar dentro, pero no era seguro que le recibiera. No se la podía molestar bajo ningún concepto antes de la hora del té.

Así pues, fue conducido a una pequeña antesala amueblada con sillas, una mesa y una estantería completamente abarrotada de revistas de teatro. Un gran reloj de mármol sobre la repisa de la chimenea hacía tictac con un énfasis totalmente desproporcionado al tamaño de la sala. Escogió una silla con el respaldo hacia el reloj y hojeó las páginas de *The Bill of the Play* para 1880. Así como las publicaciones de las salas de espera de los doctores estaban invariablemente llenas de horribles anuncios de medicinas de curanderos, la literatura de la señora Body estaba profusamente ilustrada con actores y actrices que se abrazaban. Cuando Cribb llegó a un anuncio ilustrado de corsés, cerró el libro de golpe.

No podía culparse al sirviente por no haber reconocido a Cribb cuando llegó a Philbeach House. No sólo no iba acompañado de su inolvidable ayudante (que se estaba mordiendo las uñas hasta destrozárselas en la comisaría de policía de la calle Paradise), sino que iba, en conjunto, vestido de un modo más llamativo: corbata púrpura y pañuelo a juego, chaqueta y pantalones a cuadros tipo Norfolk, y todo ello completado con una gorra escocesa de Glengarry. Y una rosa amarilla en la solapa. Conservó el sombrero y el paraguas, como exigía la etiqueta.

En ese momento llegaba otra visita. El sirviente fue arrastrando los pies hasta la puerta. Una voz de mujer. Conocida. Cribb se acercó a la puerta y escuchó. Unos pasos más y el frufrú de unas faldas le dio apenas tiempo para alejarse cuando se abrió la puerta. La hicieron pasar sin demasiada elegancia y la dejaron allí con Cribb.

—¿Cómo está usted, señorita Blake?

—¡Sargento! ¡Qué sorpresa tan agradable! Su rostro, mojado por la lluvia, se sonrojó bajo la gorra de terciopelo.

—El placer es mío, señorita. Ha venido a ver a Albert, supongo.

—Así es. Es extraño que una señorita visite a su novio, ¿verdad? Pero usted conoce las circunstancias. A ninguno de los huéspedes se le permite salir, excepto a los hermanos Smee.

—¿Los de la Funeraria?

—Sí. Y ellos son más personal que huéspedes. Así que si quiero ver a Albert tengo que venir yo aquí. Se me permite hablar con él en el salón. La señora Body está allí normalmente de carabina.

—Muy adecuado, señorita. ¿Cómo va Albert?

Los ojos de Ellen brillaron.

—Parece que se está haciendo muy bien a la vida de aquí. No se queja en absoluto.

—Creo que es una vida de lujo, señorita. Es seguro que la disfrutará durante un tiempo, después del alojamiento que tenía en Lambeth. Aunque seguro que se cansará de ella tan pronto como pueda volver al escenario.

—Ruego para que tenga usted razón, sargento. Hay cosas en esta casa, y en algunas de las personas que hay en ella, que me hacen temer por Albert. ¿Por qué está usted aquí? ¿Tiene algo que ver con aquel trágico suceso en el teatro de mi padre?

Cribb se encogió de hombros.

—Visita social, señorita. La señora Body me invitó a venir y ver algunas de las características de la arquitectura. —Le guiñó un ojo—. Estará demasiado ocupada para hacer de carabina.

—¿Estaba usted allí la otra noche, sargento? ¿Verdad que sí? Se quedó usted al segundo espectáculo. Mi padre me lo dijo. No me permite que asista a las funciones de beneficencia, pero tengo alguna idea de lo que sucede. Seguro que la policía pondrá punto final a todo eso ahora, ¿no es así?

—No se lo podría decir, señorita. Eso le concierne a otro.

La puerta se abrió de nuevo. El feo rostro del sirviente apareció con una sonrisa maliciosa.

—La señora acaba de llamar por el tubo acústico. Dice que está libre ahora. Puede usted subir.

Cribb cogió su gorra y su paraguas.

—Déle mis saludos a Albert, señorita. Confío en que pronto pueda dejar este lugar. —Hizo una pequeña reverencia y salió para ir al encuentro de la señora Body con el aire de un isabelino yendo al cadalso.

—Por aquí —gruñó el sirviente, arrastrando los pies por delante de él. Éste, a su vez, hubiese hecho muy convincentemente de ayudante en las ejecuciones. Cruzaron el vestíbulo y atravesaron una puerta en la que ponía «privado» y que daba a un estrecho pasillo alfombrado. Al final había una escalera de caracol.

—Suba la escalera, guindilla. Su habitación está arriba.

Y con eso, la escolta de Cribb se volvió y cerró de un portazo.

Empezó a subir la escalera, agarrando su paraguas como si fuese una espada y arrimándose a la curva de la pared a su izquierda, donde los peldaños eran más anchos. Aquello era el interior de un ala como de un torreón, sólo visible desde la fachada del edificio en Kensington Palace Gardens. Ventanas de ranura, emplomadas, dejaban pasar algo de luz a intervalos. El alfombrado de la escalera amortiguaba su paso.

A más de la mitad de la subida, se paró. Golpes rítmicos por encima de su cabeza indicaban con toda seguridad que alguien estaba bajando por la escalera. Un paso demasiado lento para ser de una mujer. ¿Un hombre, bajando de la habitación privada de la señora Body? Cribb bajó cuatro escalones y se colocó en la sombra contra el costado, con una vista clara sobre el rayo de luz que dejaba pasar la ventana en la pared de enfrente, unos dos metros por encima suyo. Quienquiera que bajase, se le podría distinguir claramente en aquel punto. Presumiblemente, sabía que Cribb estaba subiendo, pero no podía saber hasta dónde había llegado. Si el sargento se mantenía en esa posición, tendría una ventaja momentánea. Los pasos continuaron descendiendo, aunque de forma algo irregular. Cribb vigilaba, como un naturalista cazando mariposas con el haz de una linterna.

Después aparecieron el rostro y el cuerpo, vestido con un blanco espectral. Un rostro pálido de penetrantes ojos azules, y un mechón de corto pelo gris, tieso como la lavanda fresca.

—¡Por Dios, el mayor Chick! —dijo Cribb, corriendo a su encuentro.

—Ya veo que Scotland Yard ha vuelto a llegar tarde a escena —murmuró el mayor, con el aliento oliéndole a ginebra. Llevaba un arrugado traje de lino, y los restos de un clavel rojo en el ojal. Llevaba la corbata desabrochada y también los cordones de los zapatos—. Tiene que pensar con más antelación en este condenado trabajo, sargento. No es bueno para nada andar comprobando los libros de venenos a cientos. —Se dio una palmada en la frente—. Es la inteligencia lo que atrapa al criminal.

Cribb lo agarró por los hombros, pensando en si era seguro dejarle bajar el resto del camino sin ayuda.

—¿Qué es esto? —preguntó el mayor, dando golpecitos en el ojal de Cribb con el dedo índice—. Si yo fuese usted me lo quitaría, sargento. La de ahí arriba no está interesada en el acebo marchito. Lo que quiere es el pudín de ciruelas. —Y con eso apartó a Cribb y continuó bajando la escalera con toda seguridad.

Moviendo la cabeza con señal de desaprobación, el sargento se quedó mirando al mayor hasta que se perdió de vista. Luego dirigió su atención hacia arriba. Subió dos escalones y se paró, frunciendo el ceño; se quitó la rosa de la solapa y se la metió en el bolsillo, antes de emprender la subida del resto de la escalera.

La pequeña aldaba de gozne que había en la parte exterior de la puerta de la suite de la señora Body estaba moldeada en cobre con la forma de un tapón de champán.

—Eso suena sospechosamente como la llegada del departamento de detectives —dijo la señora Body desde dentro. Abrió la puerta. Cribb, dos escalones por debajo de su nivel, le sacaba todavía una cabeza—. ¡Qué sorpresa tan agradable, señor Cribb! Estoy encantada de que tomase usted en serio mi invitación. Bienvenido a mi cuartito.

—Encantado, señora.

Entró en una habitación circular de tamaño modesto, iluminada con gas. Cortinas carmesíes caían desde el techo hasta la alfombra alrededor de unos dos tercios de las paredes. A su derecha, saliendo del espacio de pared restante, estaba el palco del Alhambra, una magnífica construcción de madera y estuco de estilo barroco, con musas doradas como soporte a una marquesina de querubines. Cortinas drapeadas de gruesa seda en color dorado estaban recogidas a los lados en pliegues exuberantes.

—Deja sin aliento —dijo Cribb.

—Espero que no por mucho tiempo —dijo la señora Body—, Venga a ver el interior.

Le condujo por detrás de una de las musas al interior del palco. Estaba amueblado con total autenticidad: dos sillas de respaldo alto con asientos de satén a rayas, una mesita para las bebidas y las paredes empapeladas con un vistoso estampado rojo y dorado.

Cribb miró hacia la puerta lacada que había detrás de las sillas.

—¿Dónde da esto, a la sala del teatro? —bromeó.

—No —dijo la señora Body—, A mi habitación. Pero debo advertirle que hay una pendiente muy pronunciada.

—Lo tendré en cuenta, señora.

—Por favor, siéntese y coloque sus cosas sobre la mesa. Puedo correr las cortinas si lo encuentra más acogedor. Creo que estas cortinas no habían sido corridas en diez años antes de que yo las comprase. ¿Qué le puedo ofrecer para beber?

No había botellas a la vista; desconcertado, Cribb pidió ginebra.

—¿Blanco Satén? —preguntó la señora Body—, Tenemos mucha aquí. De Butterleigh, naturalmente.

—Desde luego.

Movió un poco la cortina y se acercó a la boca un tubo acústico.

—Envíe dos ginebras, por favor. —Volviéndose a Cribb, le preguntó—: ¿Se encontró usted con el contralmirante al subir?

—Ah, así que era ése —dijo Cribb asintiendo.

—Un amigo personal de sir Douglas. Es extraño que a un hombre de mar le sienta mal la ginebra. Quizá debería haberle ofrecido ron. —Se oyó el ruido de maquinaria procedente de algún sitio—. Bien, debe de ser nuestro camarero. —Se levantó y abrió una puertecita, que era imposible distinguir entre la intrincada decoración de la pared. Dos vasos esperaban en el montacargas—. Estoy en contacto con todo el mundo, ya ve, pero protegida contra los extraños. ¿Quiere usted ver mis otros artilugios?

Cribb dudó, medio mirando la puerta que había detrás de su silla.

—¿No estará usted nervioso, señor Cribb? —Tiró de un cordón a su izquierda, y las cortinas de la pared de enfrente se separaron unos seis pies, dejando ver la pared, desnuda y blanca—. Ahora, si tuviese usted la amabilidad de bajar el gas que está por encima de su cabeza. Gracias. ¡Aquí está!

Al quedarse la luz en una modesta llama azul, se produjo un singular efecto en la blanca pared de enfrente, un panorama en colores con árboles que se mecían y diminutas figuras en movimiento cruzando verdes céspedes.

—¡Kensington Gardens al natural! —exclamó Cribb.

—Una cámara oscura —explicó la señora Body—. La cámara está por encima de nuestras cabezas y mira hacia afuera desde lo alto de la torre. La imagen se proyecta en la pared por medio de espejos y lentes. Accionando una palanca puedo hacer girar la cámara por todo el paisaje visible desde la torre, incluyendo las casas y jardines de mis vecinos. A veces puede proporcionar una diversión muy entretenida.

—Ya lo creo —dijo Cribb—, Me preguntaba cómo pasaría usted el tiempo, sentada en un palco como éste y mirando a una pared blanca. Es muy ingenioso. A Scotland Yard le irían bien unas cuantas de éstas, colocadas en las zonas más altas de Londres.

—¡Ah, sí! Qué pena que el señor Body se haya pasado a la mayoría ausente. Podría haber hecho milagros para Scotland Yard. Era un hombre de ciencia, ¿sabe? Tengo debilidad por los hombres ingeniosos. Abajo hay un cuarto lleno todavía de sus artilugios y sustancias químicas. Tengo una linterna mágica que hizo. Veo los cuadros en esta pared de aquí. Hay varios melodramas en juegos de cuadros, y algunos fantásticos estudios de figuras, que quizá quiera usted ver más tarde, después de unas copas. Caballeros amigos míos, normalmente...

—¿Le importaría que me dirigiera a usted de una forma personal, señora? —dijo de pronto Cribb.

—En absoluto, querido.

La señora Body acercó más su silla a la de Cribb. Iba vestida de satén negro que hacía frufrú cada vez que se movía.

—Viendo que ha sido usted tan amable como para enseñarme su tocador, señora...

—Lo he hecho encantada, señor Cribb.

Cribb tosió encima de su ginebra.

—Bien. Creí que debería advertirle de que pueden surgir ciertas complicaciones por algo que sucedió en el teatro Paragon el pasado martes.

—¿El accidente de Lola Pinkus?

—No fue un accidente, señora. Un asesinato, casi con certeza. El empresario de allí, el señor Plunkett, se podría encontrar metido en un lío. En unas declaraciones que hizo a la policía mencionó estar relacionado con usted...

—¡Indignante! Mi reputación está fuera de todo reproche.

—Nada indelicado, señora —se apresuró a añadir Cribb—, Nadie sugeriría algo así. No, la conexión en cuestión es puramente de negocios, señora. Creo que los artistas para los espectáculos de medianoche del señor Plunkett son llevados al Paragon desde Philbeach House en un autobús privado.

—Sí, que Dios me perdone. —La señora Body cogió un gran abanico y se

abanicó frenéticamente—. Es en el único momento que salen de casa. Todos han estado de acuerdo en no poner un pie fuera de estas paredes. Lo tienen todo aquí.

—¿Y qué pasaría si uno desobedeciera las normas, señora?

—Se le pediría que se fuera. Pero mis huéspedes no están locos, señor Cribb. Están aquí porque no pueden emplearse. Se morirían de hambre si se fuesen.

—Así pues no tienen elección.

La señora Body pidió por el tubo acústico:

—Más ginebra, por favor. Envíe la botella.

—Suenan bastante como si fuese una institución de esas... para un forastero, quiero decir.

—En absoluto. Los huéspedes vienen aquí por voluntad propia. Se me paga para que me encargue de que estén bien cuidados y no hay quejas. El señor Plunkett les da trabajo. Incluso permito que vengan visitas, si son respetables. Ah, aquí está la ginebra. Déjeme llenarle el vaso.

—Supongo que no sabe usted mucho de las funciones benéficas del Paragon —dijo Cribb.

—Nada, señor Cribb, fuera de lo que oigo cuando ensayan abajo. ¿Hay algo irregular en esas funciones?

—Prefiero no comentarlo, señora. Así pues, ¿nunca ha asistido usted a ninguno de los espectáculos?

—Mis obligaciones me retienen aquí, ya ve. George y Bertie, los de la Funeraria, acompañan a los artistas hasta el Paragon. Yo no sé nada realmente de lo que ocurre allí.

—Entonces no tiene nada que temer, señora Body. Aunque todavía puede ayudarme. Dígame qué clase de chica era Lola Pinkus. ¿Se llevaba bien con el resto de los huéspedes? ¿Diría usted que era una persona sociable?

La señora Body se rió un poco.

—Perdone que me ría, señor Cribb. Las hazañas de Lola en el arte de alternar no tienen precedentes en mi experiencia.

—Quiere usted decir que ella...

—Coqueteaba de forma escandalosa, señor Cribb. Siempre nos mostramos indecisos antes de hablar poco caritativamente de los que se han ido para siempre, pero, francamente, todos los miembros del sexo opuesto eran para Lola como el salir a agradecer los aplausos del público, cada uno de ellos un nuevo placer. Sam Fagan, Bellotti, Professor Virgo, casi toda la orquesta del Paragon. Ocasiónó algunos rencores aquí, se lo aseguro. Ella y su hermana habían prometido a Bellotti que le ayudarían en su número de baile sobre barriles. Se puede usted imaginar la decepción del pobre chico cuando Lola, en lugar de eso, empezó a estrechar su amistad con el Profesor.

—Ah —dijo Cribb—. Estaría celoso entonces.

—Arruinó el número de Bellotti. Un hombre sobre barriles no es demasiado atractivo sin una preciosa ayudante, ¿no es así? Creo que le

tiraron tapones de champán en el Paragon.

—¿Discutió con Virgo a causa de las chicas?

—No, no —dijo la señora Body—. Bellotti sabía que el Profesor no se las había quitado. No quiero hacer conjeturas sobre cómo le engatusaron para actuar en el número de tragar sables, pero el truco que le hicieron hacer al Profesor tenía poco que ver con el resto de su actuación. Él es un tragasables y un tragafuegos ortodoxo, no un mago. El pobre hombre se sentía despreciable por hacerlo, pero estoy segura de que Lola tenía algún modo de obligarle a cooperar.

—¿Está usted segura de que no fue Bella quien le persuadió?

La señora Body negó vivamente con la cabeza.

—Bella no tenía ninguna iniciativa. Estaba totalmente dominada por su hermana. Oh, siempre tenían peleas, algunas bastante fuertes. ¡Qué lenguaje, señor Cribb! Pero Lola siempre tenía la última palabra. Sólo hubo una ocasión en la que se encontrase con la horma de su zapato, y eso fue el lunes pasado.

—¿Y cómo fue eso?

—¿Conoce usted a mis nuevos huéspedes, Albert, el forzudo y su madre? Llegaron el domingo, trayendo a su dogo con ellos. Normalmente no admito animales, pero como Beaconsfield ha pisado las tablas como el resto de nosotros y era un miembro trabajador del grupo, hice una excepción. La señora está extremadamente encariñada con el animal, ¿comprende?, y me pidió si se podía recostar a sus pies debajo de la mesa para la cena del lunes por la noche. Yo no puse ninguna objeción, porque parecía un animal muy tranquilo, pero, naturalmente, dije que si alguno de mis huéspedes no lo admitía, Beaconsfield tendría que salir del comedor. Lo dije pensando en el Profesor Virgo, un hombre de una sensibilidad muy nerviosa, ¿sabe?

—Eso creo.

—Bien, me aseguré de que Beaconsfield estuviese instalado bajo la mesa antes de hacer sonar el gong. En su honor, tengo que decir que no hizo ni un ruido. Supongo que se durmió. El Profesor se sentó; naturalmente, Lola se había reservado un asiento a su lado y todo fue perfectamente hasta que llegamos al último plato: fruta y merengues. Entonces a Lola debió de darle algún espasmo muscular, porque su merengue saltó del plato y fue a parar debajo de la mesa. Exclamó: «¡Oh, mi merengue!» El Profesor Virgo, todo un caballero, se agachó debajo del mantel para recuperarlo. Todo sucedió antes de que ninguno de nosotros tuviese tiempo para pensar. Oímos un quejido del perro y una expresión de sorpresa del Profesor, seguida de un golpe al intentar enderezarse. El hombre y el perro estaban más inquietos de lo que uno creería, señor Cribb, y Lola se reía como un niño con una pantomima.

—Muy lamentable.

—Pero la madre de Albert estaba más molesta que nadie. Ella creyó simplemente que Lola, a sangre fría, había echado a rodar el merengue en dirección a Beaconsfield. Si la gente no podía llevar un animal que se

comportaba bien a un comedor sin que una chica perversa le espantase echándole merengues, dijo, tenía la intención de tomar las comidas en su habitación en el futuro y aconsejaba que los demás hiciesen lo mismo. A lo que Lola respondió que un comedor no era el lugar apropiado, y perdóneme señor Cribb, para animales asquerosos. En ese caso, dijo la madre de Albert, era Lola la que debía irse de la sala, porque al menos Beaconsfield tomaba un baño quincenal. Fue la única vez que vi a Lola sin respuesta. De alguna forma, se veía que dijera lo que dijese, siempre sería mejor replicado por la madre de Albert.

—Una mujer formidable —estuvo de acuerdo Cribb—. No creo que le saquen el mejor partido en el Paragon columpiándola en una cestilla de globo. Es una visión poco común cuando se disfraza de Gran Bretaña, mientras Albert levanta sus pesas.

—Tengo buenas noticias para usted, señor Cribb. Pronto acompañará a su hijo de nuevo en una nueva serie de cuadros, especialmente pensados para el Paragon. Su pierna ha mejorado más de lo esperado, con la ayuda de unas friegas de whisky, y ya levanta pesos de nuevo. Debería estar a punto para el próximo martes.

—¿El próximo martes? —preguntó Cribb.

La señora Body puso su mano sobre la rodilla de Cribb.

—Mi Scotland Yard va lento esta tarde. ¡La próxima función de beneficencia en el Paragon, lento detective! Seguramente usted ya lo sabe todo...

Cribb estaba boquiabierto.

—¿Quiere usted decir que van a continuar con esas exhibiciones, señora?

Ella se rió a carcajadas.

—Bueno, sería difícil cancelar los compromisos del martes, ¿no?

Cribb se levantó.

—No sé lo que quiere usted decir, señora. Una joven asesinada en el escenario, ¡y ellos haciendo cruelmente planes para la próxima función! Es una forma fría de seguir adelante, en mi opinión.

—Quizás le parezca así a usted, señor Cribb, pero no hay elección. La función ya estaba montada antes de la inoportuna muerte de Lola. La información que tengo es que el Paragon va a ser visitado por un cliente de lo más distinguido el próximo martes por la noche. Probablemente no se le puede decepcionar. En efecto, es una función solicitada por un jefe de Estado.

Cribb palideció. ¡Dios mío! No será...

—Es lo suficientemente mayor como para tener ideas propias, señor Cribb. Si él escoge tomarse interés por el Paragon no debemos decepcionarle. Por eso es por lo que Albert ha hecho tales esfuerzos para estar en forma. El honor, ¿sabe? ¿Qué demonios está usted haciendo, señor Cribb?

—Saltando por el borde de su palco, señora. Me temo que no puedo quedarme. Tengo cosas urgentes que hacer, ¡por Dios!

—Envíeme otra botella de ginebra —pidió lastimeramente la señora Body por el tubo acústico, cuando las pisadas de Cribb se hubieron alejado del todo.

El sábado por la mañana encontró a Cribb y a Thackeray sentados en un autobús que iba hacia la calle mayor de Kensington. Era un viaje sin alegría. La primera niebla invernal oscurecía casi totalmente la interesante actividad de las aceras. Los pasajeros sólo podían ver lo que sucedía a un metro de la ventana: las agitadas cabezas de los caballos de los coches, el parpadeo de los faroles de los carruajes y los toscos anuncios de cacao y cerillas de seguridad en los lados de los autobuses que pasaban. Thackeray estaba sentado hacia adelante, con los codos sobre sus rodillas, y los pies manipulando inútilmente un paquete de cigarrillos por entre la paja que había en el suelo. Era lo bastante listo como para saber cuándo no era aconsejable conversar con Cribb; así pues, dejó que continuase el monólogo del sargento, respondiéndole con puras fórmulas a intervalos decentes.

—No pido mucho, Thackeray. No soy quisquilloso con las horas que trabajo, los casos que me encomiendan, o la compañía con la que me tengo que codear. Usted no ha encontrado nunca que yo sea un hombre difícil, ¿verdad? Hay bastantes descontentos en el Cuerpo, pero nunca me he contado entre ellos, aunque he tenido más motivos de queja que la mayoría. Pero un oficial tiene derecho a buscar apoyo en sus superiores, ¿no? ¡Superiores...! ¿Sabe usted dónde demonios le encontré finalmente, después de haber pasado una hora y media convenciendo a Scotland Yard de que era lo suficientemente importante como para molestarle aunque estuviera fuera de servicio? ¿Dónde cree usted que le encontré?

—No lo sé, sargento. ¿En su club?

—En el acuario de Westminster, mirando con ojos saltones una pecera. «Ah —me dice—, no sabía que usted fuese ictólogo, sargento.» ¡Usted y yo corriendo por ahí como locos, intentando evitar una catástrofe nacional, mientras el inspector Jowett estudia los hábitos de los peces de colores! «Siento muchísimo tener que invadir su intimidad —le digo yo—, pero es un asunto de primordial importancia que detengamos la próxima función en el Paragon.» Después le conté lo que me dijo la señora Body, y ¿qué cree usted que me ha dicho cuando lo ha oído todo? «Oh —ha dicho, con la nariz todavía pegada al cristal—. Lo sé todo acerca de eso. No es preciso que se inquiete, sargento. Vuelva usted a sus interrogatorios a las chicas del coro y deje los asuntos de Estado en manos de los que entienden.» No creo que tengan ninguna intención de detener esa función, Thackeray.

—Usted ha cumplido con su deber de todos modos, sargento. No puede hacer más que eso, a menos que pueda usted acusar a Plunkett de asesinato antes del martes.

—Quizás me esté convirtiendo en un cínico —dijo Cribb—, pero tengo el presentimiento de que no hay ningún futuro en acusar al señor Plunkett de nada. Es uno de los peces más gordos de los que Jowett vigila. Usted y yo somos pececillos, agente. Ah, se puede montar un caso muy bonito contra

Plunkett. Como empresario, tenía todas las oportunidades de envenenar a Lola Pinkus. Nadie cuestionaría su aparición en los bastidores o el que tocara los accesorios. Él conocía perfectamente el orden de las actuaciones y las costumbres de Virgo. El veneno estaba disponible en la casa, y la puesta en escena del asesinato fue muy profesional, ¿no es así? No dificultó lo más mínimo el espectáculo. Y él también fue de los primeros en llegar a la escena del crimen después.

—Pero, ¿por qué iba a querer envenenar a la chica, sargento?

—Plunkett tiene mucho dinero y muchas cosas que prefiere guardar para sí. Pudiera ser que Lola estuviese intentando chantajearle. Un hombre de esa clase no va a permitir que una chiquita del espectáculo se interponga en su camino. Por eso, la quita de en medio de la forma más limpia posible. Si no hubiésemos estado allí hubiese echado la culpa a un ataque de corazón y la chica hubiese sido enterrada al día siguiente.

—¡Monstruoso!

—Eso es sólo teorizar, por supuesto. Necesitaríamos estar seguros del motivo. Pero mientras estemos bajo las órdenes de mantenernos alejados de Plunkett no será probable que encontremos uno.

—Le hace sentirse a uno totalmente impotente, sargento.

Por primera vez aquella mañana, el brillo volvió a sus ojos.

—No me ha afectado tanto como eso, agente. Sin embargo, tengo en la cabeza una posibilidad, sólo una posibilidad. Si la ley no puede acercarse al señor Plunkett, eso no impide a un detective privado acercarse.

—¡El mayor Chick! Por eso es por lo que vamos a verle, ¿no?

—Ésa es una razón, Thackeray. Hay varias cosas que quisiera conocer del mayor. Además, nunca he visto a un investigador privado en su casa, ¿y usted?

La dirección del mayor Chick estaba a unos dos minutos andando desde la parada del autobús; una serie de habitaciones en el primer piso de una gran casa que daba al parque Holland. Un ama de llaves les dejó entrar y les acompañó arriba preguntando tímidamente, «¿les esperaban?», antes de llamar a la puerta de Cribb. La abrieron bruscamente.

—¡Dios mío! Nunca pensé que llegaría el día en que... Pasen, caballeros

—dijo el mayor Chick. Estaba en mangas de camisa y chaleco. Por primera vez, pensó Thackeray, lo habían visto sin disfrazar.

Si al atavío del mayor le faltaba interés en esta ocasión, la novedad de su salón lo compensaba. Entrar era una cuestión de andar con cautela por los dos lados de una amplia mesa, de al menos tres metros cuadrados. Estaba totalmente cubierta por un mapa de Londres, con el Támesis, pintado en tinta azul y de seis pulgadas de ancho en algunas zonas, sinuosamente colocado por el centro como si fuese una boa constrictor tomando el sol. Piezas de ajedrez marcaban ingeniosamente los puntos de interés: una reina para el palacio, alfiles ^[1] para la abadía y para St. Paul, un caballo para la Guardia Montada, una torre para la Torre, y (menos afortunadamente),

peones para Scotland Yard y las diferentes oficinas centrales de División. Había también hasta cien tapones de botellas de champán, limpiamente recortados para conseguir estabilidad.

—Teatros de variedades —contestó el mayor a la pregunta que había en el ceño fruncido de Thackeray.

—Evidencia claramente su nivel de vida —comentó Cribb, con franca envidia.

El final del cuarto estaba ocupado por la chimenea, una mesa de trabajo increíblemente ordenada, en ángulo recto contra la pared, y tres sillas puestas en fila en el lado opuesto. Sobre la repisa de la chimenea había un retrato de Su Majestad, flanqueado por la bandera del Reino Unido y los colores (presumiblemente) del octavo de húsares.

—Los dormitorios están por ahí —dijo el mayor, indicando una puerta al lado de la mesa de trabajo—, y el lavabo a la izquierda. No es a lo que yo estaba acostumbrado, pero me basta. Estaba trabajando en mi diario cuando llamaron ustedes. Aquí no hay sala de ordenanzas, sargento, ya ve. El ama de llaves limpia mi dormitorio diariamente y ésa es toda la ayuda que tengo. Tengan la amabilidad de sentarse ahí y díganme qué asunto les trae. —Le dio bruscamente la vuelta a la silla giratoria de su mesa de trabajo y se sentó con los brazos y las piernas cruzados, de cara a sus visitantes.

—Se le ve a usted en excelentes condiciones, señor, si puedo decirlo —empezó Cribb—. Creí que podría usted estar en cama esta mañana, después de la hospitalidad de la señora Body.

—En absoluto —dijo el mayor—. Nunca he tenido problemas por beber demasiado. Tengo un reconstituyente de primera. Dos tercios de brandy, un tercio de pimentón. Muy recomendable.

—Lo recordaré. Es muy amable por su parte recibirnos sin que nos esperase. Mayor, no es usted un hombre de remilgos, y yo tampoco... ¿Puedo hacerle algunas preguntas muy directas?

—Si no le importa recibir respuestas directas...

—Muy bien. Desde que nos encontramos en el Grampian la noche del accidente de Albert, Thackeray y yo le hemos visto en otras cuatro ocasiones. En el Grampian entendimos que era el empresario de allí, el señor Goodly, quien había contratado sus servicios. ¿Era así?

—Totalmente.

—¿Estaba usted allí para tomar precauciones, además de las habituales patrullas de policía?

—Sí.

—¿Y usted investigó las circunstancias del accidente de Albert y eso le llevó hasta Philbeach House?

—Sí.

—¿Y qué sucedió después, señor?

—Me despidieron. Le dije a Goodly lo que estaba sucediendo en Philbeach House según mis observaciones, pero una vez que él supo que no era

probable que hubiese otro accidente en el Grampian, ya no necesitó mis servicios. Fui desmovilizado más rápidamente que un culí con cólera.

—Sin embargo, conserva usted su interés por el caso —dijo Cribb—. ¿Le ha contratado alguien más?

—No he tenido tal suerte —dijo el mayor—. Pero si el Yard necesita ayuda, estoy abierto a las ofertas.

Cribb sonrió.

—Bien, si nadie le paga, ¿dónde está el provecho de continuar con sus averiguaciones?

—¡Dios!, tiene usted una mente mercenaria, sargento. Mire en ese rincón, detrás suyo.

Cribb miró de soslayo. Dos montones de periódicos, doblados concienzudamente y amontonados hasta una altura de más de un metro, estaban allí sobre una mesita.

—*The Times* y *The Morning Post* —dijo el mayor—. Soy un hombre metódico, y cuando pensé en establecerme como investigador privado, fui a ver a un viejo compañero del ejército que había hecho algún estudio sobre métodos detectivescos. «¿Cómo empiezo?», le pregunté. «Léase cada mañana las columnas de anuncios personales», me dijo. Y así lo he hecho durante ocho meses. Y se sorprendería usted del conocimiento que he adquirido, sargento. Conozco todos los remedios para el reumatismo que existen. Puedo decirle cuándo celebran la junta anual su asociación de antiguos alumnos. Es una información interesante, ya lo ve, pero todavía no me rinde beneficios.

—¿No ha tenido usted casos que investigar, señor?

—Dos. El primero fue averiguar por dónde estuvo el chico que reparte los periódicos la semana que cogió las paperas. El segundo fue el encargo del señor Goodly. ¿Comprende usted ahora mi resistencia a dejar el caso? Ya he leído bastantes periódicos. Necesito acción. ¡Y por Júpiter, que este caso la tiene! Cuando levanté mi cuartel general de campaña aquí no preveía la investigación de un asesinato.

—Bien, pues ahora ya tenemos uno, señor, y conviene que se lleve a cabo una investigación muy urgente, como sin duda usted comprenderá.

—¡Ya lo creo! ¿Qué pasará el próximo martes por la noche en el Paragon si hay un asesino suelto por la sala? Las consecuencias podrían ser espantosas. ¡Maldita sea, sargento! Soy un oficial... el juramento de lealtad y todo eso. Hubo un tiempo en que estaba determinado a resolver este caso solo, pero sé dónde está mi deber. Pongo mis recursos a su disposición, caballeros.

—Esto es extraordinariamente generoso por su parte, mayor —dijo Cribb, entrando en el espíritu del ofrecimiento—. ¿Discutimos la estrategia en la mesa?

Thackeray vio con incredulidad cómo el sargento cogía un elegante puntero de la repisa de la chimenea y se acercaba al mapa de Londres con aire formal. ¿Iba realmente a jugar a los soldaditos con el mayor? Los mapas

y las discusiones tácticas eran casi tan propias a los métodos detectivescos de Cribb como un manual de etiqueta.

El mayor aumentó la iluminación encendiendo una lámpara de parafina que colgaba sobre la mesa. Thackeray tomó una posición en Woolwich, donde el Támesis llegaba a su límite.

—Necesitaremos algo para marcar Philbeach House —dijo Cribb—. El tapón de esa botella que está en el estante de detrás suyo, por favor, Thackeray.

El mayor Chick levantó la mano, impidiéndole cogerla.

—Es un emblema muy apropiado, sargento, pero no creo que los vapores del ácido prúsico nos ayuden en nuestras deliberaciones.

—¿Ácido prús...? —Thackeray miró la etiqueta de la botella—. Eso es lo que dice, sargento.

—No queda mucho —dijo el mayor—, pero lo suficiente para arruinar tres prometedoras carreras, si estuviésemos aquí el tiempo suficiente con la botella destapada.

—¿Para qué lo guarda? —preguntó Cribb, del mismo modo que si le estuviera preguntando por el animalito de la casa.

El mayor se dio una palmada en el muslo y se carcajeó estruendosamente.

—¿Cree usted que yo...? ¡Dios mío, si yo tuviera una botella no la guardaría en mi estante! No, sargento, la cogí de Philbeach House ayer por la tarde. El difunto señor Body era algo aficionado a la ciencia, ¿sabe? Hay allí un cuarto lleno con sus chismes, instrumentos ópticos, dínamos eléctricas, imanes, aparatos fotográficos y varios estantes cargados de productos químicos. Esta botella estaba entre ellos.

—¿Asequible a cualquiera de los huéspedes de Philbeach House? —preguntó Cribb.

—Totalmente. La habitación no estaba cerrada con llave. —El mayor le pasó la botella a Cribb—, Exámínela cuidadosamente, sargento. ¿Ve usted las líneas que se han formado dentro, indicando los diferentes niveles del ácido según se utilizaba? ¿Ve usted lo claro que está el cristal entre la última señal y la pequeña cantidad restante? Debe ser al menos de unas tres pulgadas. Eso me dice que la última persona que cogió ácido de esa botella cogió una cantidad enorme. Creo que eso puede ser una prueba importante. ¿No está usted de acuerdo?

—Es un valioso hallazgo, mayor —dijo Cribb—, y me gustaría expresarle mi gratitud por entregárselo de esa forma a las autoridades indicadas. Haremos que alguien en el Yard compruebe sus teorías sobre la incrustación de dentro. Tiene usted un bolsillo de abrigo de un tamaño considerable, Thackeray. Vea si puede usted guardarlo dentro, ¿quiere? ¿Cogió usted alguna otra prueba, mayor?

Si la tenía, no lo dijo.

—En tal caso, planeemos el emplazamiento de nuestras tropas —continuó Cribb, una vez conseguido su objetivo—. Utilizaremos este medio penique

para Philbeach House. Me parece que hay dos puntos en los que debemos concentrar nuestras fuerzas. —Golpeó ligeramente uno de los tapones de champán con la moneda de medio penique—. El establecimiento de la señora Body y el del señor Plunkett. ¿Algún comentario, mayor?

—Parece razonable —dijo el mayor, cogiendo aire por las narices.

—Bien. Ahora sería una estrategia prudente, sugiero, el disponer nuestras fuerzas según el número del pelotón. ¿No está usted de acuerdo, mayor?

El mayor asintió con la cabeza.

—De manera que el pelotón con mayor número de personal se concentrase en el punto del mapa donde el enemigo está dispuesto con una mayor fuerza. —Cribb volvió a golpear con el medio penique.

—Usted y el agente vayan a Philbeach House. Yo iré al Paragon —dijo el mayor—.

—Gracias, señor. Es una oferta muy generosa —dijo Cribb guardando el puntero bajo el brazo—. Estamos todos de acuerdo entonces. ¿Alguna pregunta, caballeros?

—Sí —dijo el mayor—, ¿Qué debo decirle a Plunkett?

Cribb se puso las manos a la espalda y patrulló su lado de mesa, casi dando la vuelta cada vez que llegaba al rincón. A Thackeray le parecía que se estaba divirtiendo.

—Es una misión difícil, lo sé, mayor, pero creo que es usted el único hombre que puede manejarlo. Necesitamos descubrir si puede haber habido una razón para que Plunkett matase a la señorita Pinkus. Chantaje parece ser el motivo más probable, pero necesitamos hechos. Supongo que tampoco podemos dejar de lado un motivo pasional. Amor no correspondido...

—¿Pero no creerá usted que lo hizo el mismo Plunkett? —dijo el mayor—. Es obvio quién mató a Lola Pinkus.

—¿Quién?

—La señora Body. Ella tenía a mano la botella de ácido de su esposo, detestaba a Lola Pinkus porque la chica estaba haciendo la vida imposible en Philbeach House. ¿No habló usted con la señora Body? Hubo escenas terribles. Luchas abiertas en ocasiones. Lola causaba problemas en cuanto podía, insultando a las señoras y coqueteando con los hombres. Incluso intentó seducir al pobre y viejo Virgo, por pura maldad... ¿Usted sabe que la señora Body está un poco enamorada de Virgo, verdad?

—No —dijo Cribb—, Yo no creía que la señora Body sintiese más afición por un hombre en concreto que por cualquier otro.

—Ah, hay un tipo de hombres que le va —afirmó el mayor—. Escoge a los tipos con una debilidad patente, como una leona en el charco en busca de un búfalo cojo.

Cribb lanzó una mirada amenazadora en dirección a Thackeray, casi desafiándole a que sacara alguna conclusión de la observación del mayor.

—Supongo que quiere usted decir que su difunto esposo no podía ver sin gafas y que el profesor Virgo tartamudea.

—Exactamente —dijo el mayor Chick—. No estuvo demasiado interesada en mí cuando intenté abordarla sentimentalmente ayer tarde. Tuve que beber hasta aturdirme antes de que me dejase sentar en su maldito palco. Es por el más débil de la carnada por el que esta señora se encapricha, se lo digo yo.

—Usted nos estaba diciendo por qué sospecha de ella —le recordó Cribb secamente—. Usted cree que ella estaba celosa de la amistad de Lola con el profesor Virgo.

—Lola lo hizo por despecho, desde luego —dijo el mayor—. A ella no le interesaba Virgo lo más mínimo. El joven Bellotti era mucho más atractivo para una chica como ésa, pero, ¿sabe usted?, disfrutaba endiabladamente rechazándole por el viejo. Estaba atormentando a Bellotti y a la señora Body al mismo tiempo, ya ve. Una lagarta como ésa no despierta mis simpatías cuando alguien le da veneno.

—¿Cómo consiguió la señora Body administrarle el veneno cuando ni siquiera estaba en el Paragon? —dijo Cribb.

—¿Cómo sabe usted que ella no estaba allí, sargento? Tiene usted su palabra y eso es todo. Todos los demás estaban allí, por tanto no había nadie que pudiera servirle de coartada en Philbeach House. Creo que vio salir a los demás en el autobús y luego tomó un coche de alquiler que la llevase al teatro. Ella sabía el orden de las actuaciones tan bien como el mismo Plunkett, por tanto, era fácil decidir el momento oportuno para poner el ácido en el vaso. El veneno es un método de mujer, sargento.

—Le podría nombrar a usted una docena de hombres a los que colgaron por utilizarlo, mayor —dijo Cribb.

—Bien, ésa es mi opinión, caramba. Crimen pasional. No me puede usted negar que el número de Virgo fue escogido por el asesino. Eso es significativo, bajo mi punto de vista. Como tomar venganza en el momento de la infidelidad. Esos tíos del teatro son muy aptos para arreglar las cosas de forma que tengan un efecto dramático, ¿sabe? Ésa es su debilidad.

Por un segundo, Cribb vio al mayor, de pie sobre su mapa, con la luz de la lámpara acentuando sus rasgos, como un cuadro viviente de Wellington en la víspera de Waterloo. No hizo comentario alguno.

—De acuerdo, sargento. A pesar de todas mis teorías sigue usted queriendo que interroge a Plunkett —dijo el mayor en tono resignado.

—Es usted capaz de leer la mente, señor. Sí, usted ha hecho una plausible acusación contra la señora Body, y puede estar usted seguro de que Thackeray y yo le haremos algunas buenas preguntas. Pero aún quiero saber más sobre Plunkett y sobre sus posibles relaciones con la señorita Pinkus. Tendrá usted que formular las preguntas de forma delicada, desde luego.

—Lo haré lo mejor que pueda. ¿Debo decir que soy del Yard? Él no me conoce, ¿sabe?

—Mejor que no, señor —dijo Cribb apresuradamente—. No es nunca aconsejable hacerse pasar por policía. Creo que le encontrará usted bastante comunicativo si le hace creer que está usted actuando con capacidad legal,

intentando establecer los beneficiarios de la herencia de la señorita Pinkus.

—¿Tenía algo?

—Lo dudo, señor, pero el dinero es muy importante para el señor Plunkett. Estará dispuesto a creer que dejó una fortuna si usted lo insinúa.

—Es usted listo como un demonio, sargento.

—Gracias mayor. Ya es hora de que empecemos. ¿Podemos encontrarnos de nuevo aquí a las dos? Gracias. Thackeray, dé la señal de avanzar, ¿quiere?

Thackeray estaba mudo de asombro. No porque Cribb hubiera engañado al mayor Chick; estaba claro (para un hombre de la perspicacia de Thackeray) que la elaborada charada que había representado en casa del mayor iba únicamente encaminada a conseguir que el mayor fuese al Paragon. Tampoco fue una sorpresa que cuando el mayor hubiera partido hacia su misión y se lo hubiese tragado la niebla, Cribb sugiriese tomar una cerveza en la taberna más cercana. Y era también de esperar que Cribb anunciase entonces que no tenía la intención de pasar el resto de la mañana en Philbeach House. Thackeray tampoco pestañeó cuando el sargento se lanzó a un análisis de toda la investigación que duró dos horas, suceso por suceso, culminando, unos vasos más tarde, en un repaso de los sospechosos de asesinato. Cribb no hacía esas cosas habitualmente, pero el hombre era también humano y probablemente necesitaba probar sus teorías en unos idos inteligentes. Lo que finalmente acabó con la compostura de Thackeray fue el punto culminante de la disquisición de Cribb. De forma tan enérgica y definitiva como si fuese el hombre del torniquete, el sargento fue examinando a los sospechosos uno a uno. Sólo quedó una persona, sólo una, que hubiese podido asesinar a Lola Pinkus.

—No me lo puedo creer, sargento.

—¿Quiere usted decir que he estado perdiendo el tiempo?

—No, por Dios. Parece bastante lógico. Realmente, desde el principio no podía haber sido nadie más, aunque no lo supe ver. Es su frialdad lo que me deja sin aliento. Imaginarse que matando a Lola... ¡es abominable, sargento!

—¿Y qué asesinato no lo es? No hay razón para que se inquiete, agente. Si quiere usted preocuparse por algo, piense en el próximo martes por la noche. Eso, al menos, debería poder evitarse, aunque me aspen si sé cómo.

—El Yard no intervendrá, sargento, e intentar parar el espectáculo nosotros solos está por encima de nuestro trabajo.

Cribb se sacó el reloj.

—Es hora de que nos vayamos. No podemos llegar tarde a nuestra cita con el mayor. Cuando lleguemos allí, quiero que usted me deje hablar a mí y no se muestre sorprendido por nada de lo que yo sugiera. ¿Entendido?

Thackeray suspiró mientras seguía a Cribb hacia la calle. ¿Era realmente así de transparente?

Cuando llamaron a la puerta, el mayor la abrió tan bruscamente que debía de haber estado allí esperando.

—¿No llegamos tarde, verdad? —preguntó Cribb.

—¿Tarde? No, no. Yo volví pronto. Tuve tiempo de darme una vuelta por Knightsbridge. —El mayor señaló un lugar del mapa.

—Ah, bien hecho. Acabó usted su entrevista con Plunkett muy de prisa, entonces.

—Endiabladamente de prisa. De hecho, mis armas fueron inútiles. El tipo

no estaba dispuesto a hablar en absoluto. Estaba demasiado preocupado por su hija. Me dijo que no podía pensar en nada. Fue a visitar a su novio ayer, un comportamiento extraño para cualquier chica, en mi opinión, y no ha sabido nada de ella desde entonces.

—¿La señorita Blake?

—No, la hija de Plunkett, le he dicho.

—Pero ella es la señorita Blake, mayor. Ellen Blake, la amiga de Albert, el forzudo. Fue a visitar a Albert a Philbeach House. Yo mismo hablé con ella. Debemos ir allí en seguida. Es espantoso. Espero, por Dios, que no sea demasiado tarde.

Encontrar un coche de alquiler en la niebla era tan improbable que los detectives se dirigieron a Kensington Palace Gardens a pie. Cribb marcaba el paso yendo a un rápido trotecillo, el mayor, de paso ligero y, obviamente, muy en forma, igualaba sus zancadas, mientras el tercer miembro del grupo intentaba penosamente mantenerse al alcance del oído de los demás, maldiciendo interiormente a Cribb y sus almuerzos líquidos. A pesar de todo, no tardó en unirse a ellos, cuando llegaron a Philbeach House, con los sombreros, abrigos y cejas blancos por la helada niebla.

La llamada de Cribb fue imperiosa, como lo fue su entrada, exclamando «¡Policía!» mientras apartaba la puerta y al feo sirviente con los hombros y atravesaba el vestíbulo a grandes pasos con los demás a sus talones.

—¿Quién hay ahí? —dijo una voz de mujer desde el salón. No era la de la señora Body.

Entraron en aquel excéntrico cuarto de caras. En el sillón de la señora Body, como un cuco monstruoso, estaba la madre de Albert.

—¿Qué es eso de la policía? —dijo con voz atronadora, tan fuerte que Beaconsfield, postrado a sus pies, abrió un ojo para vigilarles—. Yo no he mandado llamar a la policía.

—¿Dónde está la señora de la casa, señora? —preguntó Cribb.

—¿Están ustedes siendo groseros? —preguntó la madre de Albert, alargando una mano hacia el collar del dogo.

—La señora Body. Tenemos que ver a la señora Body.

—¿Tenemos?, —repitió la madre de Albert—, Ésa no es manera de solicitar una audiencia con una señora. Ella no puede verles, de todos modos. Está indisputada. Por consiguiente, me he hecho cargo de la casa. Escribiré a sir Douglas...

—¿Indisputada, dice usted? ¿Qué le pasa?

—Tiene un ataque de vapores y no puede salir de su habitación. Alguien se tenía que hacer cargo y por eso yo...

—¡Los vapores! —dijo Cribb—. ¡Lo mejor es que suba usted allí en seguida, mayor! Thackeray, haga sonar el gong del vestíbulo. Quiero que todo el mundo salga de sus habitaciones y baje. —Se volvió hacia la madre de Albert, quien estaba visiblemente ofendida por tales libertades—. Su hijo, señora. ¿Está en la casa, espero? Necesitaré hacerle unas preguntas.

—Usted no tiene autoridad...

—Señora, estoy investigando un asesinato e intentando evitar otro. Espero que no estará usted pensando en estorbarme en la ejecución de mi deber. Si es autoridad lo que necesita, le recordaré que actúo en nombre de una señora cuya autoridad se extiende bastante más allá que la suya o la de la señora Body; de hecho se extiende sobre un imperio.

—Oficial —dijo la madre de Albert, con una voz que graznaba de emoción—, Su Graciosa Majestad no tiene súbditos más leales que Dizzie —su mano buscó el consuelo de la lengua de Beaconsfield—, y yo. Si usted tuviese algún conocimiento de los teatros de variedades, sabría usted que nuestras carreras están dedicadas al rojo, blanco y azul. No es necesario que nos recuerde dónde está nuestro deber.

—Gracias, señora —dijo Cribb lacónicamente—. Entonces le hará usted a esa señora un buen servicio si nos ayuda a inculcar un espíritu de cooperación entre los demás huéspedes cuando mi agente haya...

Thackeray había encontrado el gong, y estaba totalmente contagiado por el sentimiento de urgencia de su sargento. Residentes alarmados llegaron corriendo desde distintos lugares de la casa.

—Aquí, por favor —dijo Cribb, cuando pudo hacerse oír—. ¿Hay alguien fuera esta mañana? —preguntó a la madre de Albert por encima de las cabezas de los que iban entrando.

—Estamos permanentemente aquí. Es una norma de la casa.

Thackeray empezó a pasar lista mentalmente. Muy pronto todos los que él podía recordar haber visto allí antes se habían dirigido al salón, excepto la señora Body. Albert, sofocado por el ejercicio reciente y llevando un batín, fue uno de los primeros. Se situó cerca de la puerta, lejos de su madre. El Profesor Virgo sacó la cabeza y se disponía a marcharse, pero Cribb alargó el brazo hacia él de forma que era a la vez una invitación y una coacción. Sam Fagan, Bellotti y los de la Funeraria llegaron juntos haciendo su entrada con el aplomo de los residentes bien establecidos. Pronto fue imposible llevar la cuenta porque otros miembros del coro del Paragon, o quizás de la orquesta, o sirvientes, entraban por la segunda puerta. Bella Pinkus, vestida de crepé negro, llegó la última, sostenida sin necesidad por la señorita Tring. El Profesor Virgo, a quien se le crispaba todo el cuerpo cada vez que sus ojos se encontraban con los de alguien más, parecía estar al borde de un colapso.

—Le daremos cinco minutos a la señora Body —anunció Cribb.

—Le puede usted dar todo el día y también la semana que viene, compañero —dijo Sam Fagan—, El gong de la cena no la va a hacer salir cuando puede hacer que le envíen la comida arriba por el montacargas. No tiene la intención de bajar aquí. Está allí desde ayer por la tarde y no quiere tener nada que ver con nosotros. Afortunadamente para nosotros, tenemos ahora una nueva ama de llaves.

La nueva ama de llaves le dedicó una efusiva sonrisa a Sam Fagan. Albert lanzó una penetrante mirada a su madre y una más larga y especulativa a

Sam Fagan. Thackeray sintió una ligera corriente de simpatía hacia el forzudo.

El mayor volvió a aparecer sacudiendo la cabeza. La señora Body no bajaría.

—No le puedo sacar una palabra —dijo—, pero oí algunos movimientos. Ese condenado lugar está construido para resistir un asedio. La única forma de conseguir que salga, en mi opinión, es enviarle el dogo por el montacargas.

La madre de Albert contuvo la respiración con horror.

—¡Qué pena! —dijo Sam Fagan, ligeramente a destiempo como para resultar convincente.

—Señoras y caballeros —anunció Cribb, inesperadamente de pie en la mismísima silla utilizada por W.G. Ross cuando cantaba la *Balada de Sam Hall*— les estoy muy agradecido por haber respondido tan pronto a mi llamada. Muchos de ustedes saben que soy oficial del Departamento de Investigación Criminal de la Policía Metropolitana. Mis ayudantes y yo estamos investigando la repentina muerte —perdóneme usted, señorita Pinkus— de uno de ustedes. No es mi deseo alarmarles; por tanto, lo consideraré como un favor particular si ustedes escuchan con calma lo que tengo que decirles. Tengo razones para creer que otra señorita, no una de ustedes, se lo aseguro, está en peligro.

Se produjeron unos gritos sofocados.

—La joven en cuestión es la señorita Blake, la hija del señor Sam Plunkett, conocido, creo, por todos ustedes como el empresario del teatro Paragon. La señorita Blake visitó ayer tarde esta casa y no se la ha visto desde entonces.

Hubo una pequeña interrupción mientras la señorita Tring, que se había desmayado en los brazos de Bella, era depositada en un sillón.

—Por ello, no escatimaremos esfuerzos para encontrarla —continuó Cribb—, y espero que ustedes valorarán la necesidad de lo que tengo que decirles ahora: me propongo buscar en esta casa habitación por habitación. Mientras mis ayudantes llevan a cabo la búsqueda, debo insistir en que el resto de ustedes permanezcan aquí o en la sala de ensayos de al lado. Y con su posterior colaboración, me gustaría pedir a cualquier señora o caballero que viese ayer en algún momento, o esta mañana, a la señorita Blake, que se adelante y me informe de las circunstancias. Eso es todo lo que tengo que decirles por ahora. Estén seguros de que mis colegas guardarán el mayor respeto hacia sus propiedades. Espero que no les molestaremos durante demasiado rato.

La impresión que había causado la exposición de Cribb era clara por el estrépito de excitadas, e incluso histéricas, conversaciones que comenzaron antes de que se bajara de la silla. Algunas señoras se dirigieron hacia él, no para darle información sobre la señorita Blake, sino para buscarla. Se liberó a la primera oportunidad, fue a buscar a los de la Funeraria y les pidió que vigilaran cada puerta; luego, cogió a Albert por el brazo y lo llevó fuera,

hacia la pequeña sala de espera al otro lado del vestíbulo.

—Le estuve mirando mientras daba la noticia ahí dentro —dijo Cribb cuando se hubieron sentado a cada lado de la mesa—. Se tomó usted la noticia de la desaparición de la señorita Blake muy valientemente.

—Eso era porque ya lo sabía —dijo Albert—. El señor Plunkett vino esta mañana antes del desayuno preguntando si la habíamos visto. Mamá y yo éramos los únicos que estábamos en aquel momento; me levanto pronto para estar en forma, ¿sabe?, y mamá estaba atendiendo a las necesidades de la casa. No les dijimos nada a los demás huéspedes porque ellos no están enterados de que Ellen es la hija del señor Plunkett. Aquí se la conoce simplemente como la señorita Blake. Si ellos supiesen quién es, algunos podrían tomárselo a mal, teniendo el señor Plunkett la posición que tiene.

—¿Quiere usted decir que podrían estar celosos de que usted saliese con la hija del empresario?

—Bueno, sí, excepto que salir es la única cosa que nadie puede hacer aquí.

—Ah, sí. Normas de la casa. —Cribb se dio una vuelta por la pequeña sala y volvió para apoyar sus codos en la silla en la que Ellen Blake se había sentado la tarde anterior—. Bien, todos conocen su identidad ahora, gracias a mi anuncio. Inevitable. No habrá rencores, ¿verdad?

—Encontrar a Ellen es más importante para mí que un puñado de lenguas largas.

—Me alegro de que piense usted así, muchacho. Bien, concentrémonos en eso. ¿Cree usted que ella está aquí en alguna parte?

Albert denegó con la cabeza.

—La acompañé hasta afuera ayer a las cuatro y diez. Se fue directamente a la verja, como hace habitualmente para ir andando hasta la parada de coches de Kensington. Ellen no hubiese vuelto, sargento. Estoy seguro.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Tres cuartos de hora, creo. Mamá estuvo allí de carabina.

—¿Puede usted recordar su conversación con la señorita Blake?

Albert reflexionó mientras se atusaba las puntas de su bigote.

—Hablamos de mi lesión y le dije que ya estaba casi totalmente recuperado. Le hablé de mis entrenamientos y de mis esfuerzos para lograr estar en forma para el próximo martes. Ésa es una ocasión que no tengo la intención de perderme, sargento. El honor, usted ya comprende.

—Usted no estuvo en el Paragon el martes pasado, entonces.

—¿Por qué lo dice? No, no estaba, sargento. Fue mi madre con Beaconsfield, pero yo me quedé aquí tomando baños calientes para reducir la rigidez de la pierna lesionada. Pero claro que me enteré de la trágica noticia de la muerte de Lola cuando volvieron todos.

—Ya. Pero me estaba usted hablando de la señorita Blake. ¿Estaría contenta de verle en forma de nuevo?

—Menos de lo que esperaba —dijo Albert con cierta pena—. Siempre se me han dado bien las mujeres, ¿sabe?, porque tengo un torso bien

desarrollado, pero que me maten si las entiendo. La última vez que vino, Ellen estaba fuera de sí, muy preocupada por mi lesión. Me aconsejó que tomase baños calientes y me trajo una cataplasma. Ayer cuando le dije que ya estaba totalmente restablecido y levantando pesas de nuevo, no quiso creerlo. Supongo que no quiere que me lastime otra vez, pero le dije que no tengo ni rastro de dolor en la pierna.

—¿Se separaron sin enfadarse?

—Oh, sí. Puede usted preguntarle a mamá. Quedamos en que Ellen vendría de nuevo el próximo viernes. Por eso es por lo que estoy seguro de que no volvió. —Se removió en su silla—. ¿Cómo se lo diría? Nunca ha habido nada clandestino en mi amistad con Ellen, sargento. Ella es una joven muy honesta. No es de la clase de las que se quedarían un momento en la calle para volver después y entrar a escondidas por una ventana, si eso es lo que sospecha usted. Es imposible que ella pase una noche fuera de casa. Puedo comprender cómo está su padre. Ni siquiera se quedaba para las fiestas de los camerinos por temor a apenarle si llegaba tarde a casa. Es bueno que esto se haya convertido en un asunto policial, se lo aseguro.

—¿No le mencionó ninguna otra cita cuando estaba con usted?

—Entendí que iba directamente a su casa, sargento. Desde luego, si se le ocurrió visitar a alguna tía o prima de los barrios de las afueras, es posible que la niebla hubiese retrasado su vuelta. Ayer noche ya la había a las diez.

—Creo que entonces ella hubiese vuelto a casa antes —dijo Cribb—. Pues si no hay nada más que pueda ser importante, le agradecería que volviese con los demás. Quisiera hablar con su madre si tiene usted la amabilidad de pedirle que salga.

Pero no fue así. La siguiente persona que entró en medio de una agitación de encajes negros y rizos en movimiento fue la señora Body. Los vapores se habían intensificado claramente hasta llegar a un punto en que la tormenta era inminente.

—¡Señor Cribb! Me propongo hacer constar mi más absoluta protesta por la forma en que he sido tratada. No contento con golpear mi puerta durante cinco minutos enteros, desciende usted a la más vil de las estratagemas para arrancarme a mí, una pobre y débil mujer, de mi cama. Un ramo, me aseguró una voz, una docena de rosas rojas recién compradas en la florista de delante de la comisaría de policía de la calle Paradise, por orden expresa de un sargento detective que deseaba permanecer en el anonimato. Pero cuando descorrí el cerrojo y abrí la puerta, fui apartada por ese bárbaro con barbas que le acompaña. No se veía ni una rosa. Y cuando le acusé de comportamiento poco caballeroso, ¿qué cree usted que me contestó?

—No tengo ni idea, señora.

—Que lo sentía, pero que era su trabajo hacerme salir. Bien, señor Cribb, salir ya he salido, pero no soy la viuda indefensa por la que me toma usted ¡El ministro del Interior se enterará de esto!

—Ha sido imperdonable, señora —dijo Cribb—. ¿Quiere usted decir que

no le entregó las rosas? Ese agente responderá por esto. —En un impulso metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una flor amarilla bastante marchita—. Mientras tanto, si usted me lo permite...

La señora Body se derritió.

—Señor Cribb, no me había dado cuenta. Después de ayer estaba dispuesta a pensar... ¡Oh, qué hombre tan galante!

Es muy probable que el sargento se hubiese encontrado rodeado por negros encajes si la madre de Albert no hubiese escogido ese momento para entrar.

—¿Qué quiere usted? —preguntó la señora Body.

—Tenía una cita con el sargento. Parece usted haberse recobrado espectacularmente, querida. ¿Debo retirarme?

—No, no —se dio prisa en contestar Cribb—. La señora Body sólo se estaba interesando por la búsqueda. Ahora que ya hemos visto sus habitaciones debe volver a la cama. No puede arriesgarse con los vapores.

Con una sonrisa afectada y un suspiro, la señora Body se colocó la bata por encima de los hombros y se retiró. Cribb cerró la puerta tras ella y se quedó con la espalda apoyada en la madera durante varios segundos.

—Es un escándalo —dijo la madre de Albert, colocando a Beaconsfield sobre una silla.

—¿El qué, señora?

—Esa cara dura y sinvergüenza haciendo el papel de ama de casa. No tiene ni idea de cómo dar de comer a gente de gusto. Es una charlatana, sargento. Si el propietario de esta casa supiese lo que sucede aquí en su nombre, pronto estaría de nuevo en las calles, que es donde le corresponde estar. ¡Los vapores! ¿Es que parecía que tuviese ni la más mínima cosa?

—Quizás estaba un poquito febril —dijo Cribb.

—Demasiado colorete. No está más enferma que usted o que yo. Su curiosidad pudo más que ella cuando oyó el tumulto aquí abajo. Ahora que está satisfecha, no volverá a bajar en días. Me verá obligada a hacer sus funciones.

—Eso es muy amable de su parte, señora. Los demás residentes se lo agradecerán, y me atrevo a decir que la experiencia no se desperdiciará.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues estaba pensando que si la señora Body por cualquier motivo perdiese su puesto aquí, y estuviese usted llevando a cabo las obligaciones de forma tan competente como pareció insinuar el señor Fagan, parecería justo que sir Douglas Butterleigh le ofreciese a usted el puesto.

—¿De veras? —La madre de Albert sonrió a Cribb de forma altruista—. No se me había ocurrido. Pero llegará un momento en que, desde luego, tendré que ir pensando en retirarme de las tablas. Una mujer viuda debe pensar en su futuro.

—Naturalmente —dijo Cribb. Piense en ello. El señor Plunkett podría estar dispuesto a hablar en su favor. Es decir, si a su hija no le ha sucedido

nada malo, claro. Creo que usted vio a la señorita Blake cuando vino a visitar a Albert ayer.

La madre de Albert parpadeó por el brusco desvío de la conversación.

—Mmm... sí, la vi.

—Parecía estar completamente bien, ¿no?

—Oh sí, creo que le tiene mucho cariño a mi Albert.

—Eso parece, señora. Se preocupó mucho por su lesión, tengo entendido, trayéndole cataplasmas y esas cosas.

—Así es, sargento. La señorita Blake será una esposa muy agradable, ¿no cree usted?

—Si todavía vive, señora —contestó Cribb—. ¿Le oyó usted decir algo que pudiese ayudarnos a encontrarla? ¿Si tenía que ir a visitar a alguien más, por ejemplo?

—Me temo que no puedo ayudarle. Los jóvenes se vieron en el salón y ya sabe usted lo grande que es. Yo estaba allí de carabina, una norma de la casa, y me quedé al otro lado, donde no se oía, remendando un par de mallas de Albert. Una observa el decoro, pero intenta no estorbar, ¿me comprende? Las únicas palabras que le oí a la señorita Blake fueron las formalidades del principio y del final de la visita. Se fue algo después de las cuatro. Usted no cree realmente que esto esté conectado con la muerte de Lola Pinkus, ¿verdad?

—¿Por qué no? —preguntó Cribb.

—Lola era una clase de persona totalmente distinta, descarada como nunca encontré a nadie en los teatros, sargento. Como comparsa barata no dudo de que hacía un papel útil, pero no servía para nada más. Su conducta aquí fue imperdonable. Tú se lo podrías contar al sargento, ¿verdad, Dizzie?

Beaconsfield, respirando rítmicamente en su silla, casi parecía asentir.

—Supongo que se está usted refiriendo al incidente del merengue, señora —aventuró Cribb.

—¿Se enteró usted de eso? Era una Jezabel, sargento —continuó la madre de Albert, inspirada para tomar vuelos más injuriosos—, una liante y también una frívola con los afectos de los hombres. Oh, siento mucha simpatía por el pobre infeliz que tomó sobre sí el poner fin a los líos de esa joven.

Cribb se levantó para contestar a una llamada en la puerta. Thackeray y el mayor Chick estaban allí. Por el estado de su ropa, la búsqueda no había dejado ni un rincón por examinar.

—Hemos estado por toda la casa, sargento. Desde el sótano hasta el ático, incluyendo las habitaciones de la señora Body.

—Eso tengo entendido.

—Y también las dependencias del edificio. No hemos encontrado a nadie, sargento. Estoy seguro de que no está aquí.

—Tampoco hay señales de que se haya cavado en el jardín recientemente, hasta donde pudimos ver por la condenada niebla —dijo el mayor con

tristeza.

—Pero les he dicho que se fue de aquí ayer por la tarde —insistió la madre de Albert—, Si quisieran escucharme...

Fue interrumpida por un fuerte timbrazo en la puerta principal.

—Conteste, Thackeray —ordenó Cribb, y pidió al mayor que acompañase a la madre de Albert al salón.

El visitante era Plunkett, con la cara muy pálida. Se echó sobre una silla sin quitarse el abrigo.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor? —preguntó Cribb.

—Tengo que hablar con Albert, el forzado. En privado. Es un asunto de la mayor urgencia.

—¿De la mayor urgencia? —Cribb hundió sus pulgares en los bolsillos de su chaleco como un granjero valorando un redil de ovejas—, ¿Y por qué motivo, algo relacionado con la desaparición de su hija?

—Eso a usted no le importa.

Cribb movió lentamente la cabeza.

—Esta vez sí, señor. Puede usted ver a Albert si quiere, pero yo estaré presente, y también el agente Thackeray. Tengo razones para creer que lo que le ha sucedido a su hija tiene mucho que ver con las investigaciones que realizo en estos momentos, sobre la muerte de la señorita Lola Pinkus.

Plunkett se sobresaltó al oír el nombre.

—¿Cómo? ¿Cree usted que el asesino de esa chica...?

—Lo creo tan firmemente, señor Plunkett, que quiero oír lo que tiene usted que decirle a Albert, y no me importa si protesta usted ante mi inspector o el jefe de policía, o el mismísimo director de investigaciones criminales. Espectáculos deshonestos de caridad pueden estar fuera del alcance de la ley, pero no lo están los asesinos de jóvenes. Vaya a buscar a Albert —le dijo a Thackeray—, y que todos los demás se queden fuera, incluyendo al mayor.

Plunkett se dio la vuelta en la silla como si fuese a detener a Thackeray, pero no encontró palabras. En lugar de eso, se volvió a la mesa y se dejó caer sobre ella, arañando la silla con los dedos.

—No le voy a hablar con remilgos —dijo Cribb—, Le tengo poca simpatía, señor Plunkett. Me ha dado muchos problemas el conocer los métodos que emplea para proveer su teatro de artistas. Al final, supe lo suficiente como para empapelar las paredes del Paragon con hojas de cargo. Pero por Dios, esas paredes están protegidas, ¿no es así? Todo lo que he conseguido por las molestias que me he tomado ha sido una considerable reprimenda de Scotland Yard. Pero este es un mundo extraño, ¿verdad? Voy a ayudarle a usted a encontrar a su hija, lo quiera o no. Eso es lo que se llama altruismo, ¿a que sí? Más vale que no perdamos más tiempo, pues. Es una carta lo que tiene usted, ¿no?

Un murmullo de Plunkett confirmó que así era.

Thackeray volvió con Albert, claramente nervioso ante la perspectiva de

un segundo interrogatorio. Él y Plunkett intercambiaron saludos con la cabeza.

—Bien, señor —dijo Cribb.

Plunkett soltó un taco, más por su propia situación que por la intransigencia de Cribb. Luego sacó una carta del bolsillo interior de su chaqueta.

—Esto llegó con el segundo correo. Mejor que la lean ustedes. —Después de una pausa, añadió—: todos ustedes.

Albert extendió las dos hojas de papel escritas sobre la mesa, de forma que su contenido fuese visible para todos:

Viernes

Querido papá:

En estos momentos ya sabrás que después de mi visita a Albert esta tarde, no he vuelto a casa. La razón es que he sido raptada y me mantienen cautiva hasta que se pueda llegar a un acuerdo para mi liberación. Te aseguro papá, que hasta ahora no me han hecho daño, y que he sido tratada con educación. Como prueba, me han permitido que te escriba esta carta, párrafos de la cual estoy autorizada a decir que me serán dictados para que los escriba con mi propia mano. Un mechón de mi cabello se adjuntará a esta carta como una prueba más de mi identidad.

En tus manos está el que me liberen ilesa. Si quieres que me devuelvan sin daño alguno, debes seguir meticulosamente las instrucciones que te doy.

Tienes que poner quinientas libras en billetes de banco usados de cualquier valor en una maleta de cuero. Esta noche a las doce menos cuarto, después de que el público del Paragon se haya dispersado, no debes correr el cerrojo de ninguna puerta. La cartera debe ser llevada al centro del escenario por Albert (eso lo he sugerido yo porque temo por tu corazón), que deberá obtener permiso de Philbeach House con algún pretexto. Tienes que preparar que un rayo de luz desde los bastidores ilumine el lugar donde Albert debe depositar la maleta, pero el resto de la sala debe estar oscuro, *y nadie más que Albert deberá estar en el edificio*. Cuando la haya dejado en el lugar debe retirarse y volver a Philbeach House. El dinero será recogido, llevado y contado, y si todo está en orden me soltarán en una hora, para encontrarme contigo fuera del Paragon, en la entrada principal. Cualquier fallo en llevar a cabo estas instrucciones, o cualquier intento de comunicárselo a la policía, o intento de seguir a la persona que recoja el dinero, tendrá consecuencias que te ocasionarán

una aflicción duradera. Te repito que nadie excepto el correo (Albert) debe estar dentro de la sala. Se debe ordenar al vigilante de noche que cierre con llave todas las puertas a la una, hora en la que, Dios mediante, te seré devuelta. Por favor, no me falles, papá. Estoy muerta de miedo.

Tu hija que te quiere,
Ellen

—¿Ve usted ahora por qué no le podía hablar de la carta? —dijo Plunkett —, Quizás ya haya condenado a mi hija a muerte. Oh, Dios mío, ¿he hecho eso?

—Lo dudo, señor —dijo Cribb—, Nadie fuera de esta casa sabe que el Yard está aquí. Vinimos a pie, ¿sabe?, en medio de la niebla. Los cuatro que estamos en esta habitación somos las únicas almas vivientes que sabemos de esta reunión.

—Bien, ¿y qué tengo que hacer? —suplicó Plunkett.

—¿Qué piensa usted hacer, señor?

—Exactamente lo que ellos quieren. ¡Cielos, mi hija vale más que quinientas libras para mí! Venía a informar a Albert de su parte en el procedimiento.

—Bien, Albert —dijo Cribb—. ¿Te atreves?

La barbilla del forzado se inclinó hasta mostrar su lado más intrépido.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a Ellen, sargento.

—Bien, hombre. ¿Tiene usted esa suma de dinero, señor Plunkett?

Tengo varios cientos en la caja fuerte. Después de la representación de esta noche tendré suficiente.

—Fantástico. Yo le suministraré la maleta —dijo Cribb—, y luego tendremos que contribuir. Oh, una cosa más, Albert. Quisiera pedir prestado a Beaconsfield. No le ocurrirá nada, pero no queremos alarmar a su madre, ¿eh? Dígale que ambos son requeridos por el señor Plunkett para un ensayo secreto para el próximo martes.

—No es un perro guardián muy bueno, sargento.

—Bastará para mis propósitos —dijo Cribb.

Varias veces aquella noche, mientras estaban sentados en la platea del Paragon, Thackeray se encontró especulando sobre cuál sería la estrategia de su sargento. ¿Era realmente necesario para su investigación pasar tres horas viendo todo el espectáculo, incluyendo cada uno de los números que ya habían visto el martes anterior? Aparecería en el informe, suponía, como «la función estuvo continuamente bajo vigilancia», justificación suficiente como para estudiar la fila del coro con gemelos de teatro, pero discutible como explicación del fuerte canto del estribillo de *Exactamente, aquí estamos de nuevo* por Cribb.

Para el mismo Thackeray, la noche fue una experiencia terrible. Las variedades nunca le habían atraído mucho, pero hasta la presente investigación, al menos había podido asistir a un programa variado de bailes contorsionistas, cantantes cómicos y bufones sin insinuaciones peligrosas. Esta noche sintió que algunos números, el del monólogo y el del ballet, revivían en él sensaciones de gran embarazo, mientras que, durante todo el resto de la función, no pudo evitar el agarrarse al borde de su asiento previendo alguna nueva calamidad. Pasaría mucho tiempo antes de que entrase de nuevo voluntariamente en un teatro de variedades.

Gracias a Dios, el momento llegó, algo antes de las once, en que los clientes se levantaron, jactanciosamente, para interpretar el estribillo final, el himno nacional, antes de dirigirse hacia las salidas y los bares. Éste era el momento en que las señoras de la zona de a pie que aún no tenían escolta, la buscaban con desesperación, y se podían incluso arreglar con un policía detective de mediana edad, con síntomas de agotamiento nervioso. Estuvo encantado de seguir el rápido movimiento de Cribb hacia el vestíbulo. ¿Iba esto a ser alguna cita con Plunkett para acordar un lugar estratégico secreto desde el que presenciar la recogida del rescate? No. El objeto de Cribb era conseguir una copia de a un penique de *Exactamente, aquí estamos de nuevo*.

No habían visto a Plunkett durante la función, pero no era sorprendente. Teatros adelantados a su tiempo, como el Paragon, habían prescindido de la figura del empresario sentada en medio del público; eso era parte de una tradición de suelos de arena y escupideras que, hasta muy recientemente, había limitado la asistencia a un público perteneciente a las capas más bajas de la sociedad. En lugar de eso, el empresario se colocaba en un lugar destacado del vestíbulo, al lado de un anuncio de la cartelera del espectáculo del siguiente martes, levantando su sombrero de seda ante la clase de cliente que deseaba fomentar. El pequeño ejército de vendedores de empanadas, cacahuets, naranjas y cerillas había sido persuadido de que abordase a los clientes en las escaleras del exterior, de forma que dentro se mantuviese un cierto aire de refinamiento.

—Venga —dijo Cribb, metiéndose la hoja de su canción en un bolsillo interior—. No queremos que nos dejen aquí.

Thackeray frunció el ceño. Tenía la impresión de que el motivo para estar en el teatro era el quedarse instalados allí cuando tuviese lugar la entrega de las quinientas libras. Haciendo una señal con la cabeza en dirección a Plunkett, siguió a Cribb entre los grupos que se estaban despidiendo bajo el pórtico, más allá de la hilera de coches de alquiler que había fuera y en medio de la envolvente niebla. En medio del gentío de público que se dispersaba, tenía que estar pendiente del sombrero de hongo del sargento que iba delante. Sólo confiaba en que Cribb planease una detención dentro de la sala. En estas condiciones una persecución por las calles sería casi imposible. Se puso el embozo por encima de la boca y alcanzó a Cribb en la siguiente farola.

Un poco más allá, por la calle Victoria, doblaron para entrar en una taberna en la que el humo del tabaco era casi tan denso como la niebla del exterior. Esa noche del sábado se estaba festejando con todos los honores alrededor del piano y en la bolera de los sótanos, por el jaleo que subía desde allí.

—¿Qué quiere usted tomar? —preguntó Cribb.

—Lo de siempre, por favor, sargento.

—Tres pintas de cerveza East India, patrón. ¿Ha llegado mi amigo?

—Está esperando en el cuarto de atrás, jefe. Por allá, detrás de las máquinas de cambiar monedas.

Vieron a Albert sentado, aislado en la intimidad del cuarto privado, bajo un texto enmarcado que decía: «En mujeres y en vino debería emplearse la vida. ¿Hay algo más deseable en la tierra?» Sobre la mesa había un jarrón con crisantemos.

—Bien. Así pues, ya está usted dispuesto. ¿Dónde está el perro? —dijo Cribb casi al mismo tiempo, mientras dejaba las bebidas sobre la mesa.

—¿Beaconsfield? Está atado en el patio —contestó Albert—. El patrón no le dejó entrar. Dijo que los clientes no se tomarían a bien que un perro ladrase. ¿Ha oído usted ladrar alguna vez a Beaconsfield, sargento? Hay al menos más de diez mocosos en este bar que chillan como para dejarle a uno sordo, y el pobre Beaconsfield tiene que estar sentado ahí en medio de la niebla. A él no le importa demasiado, se lo aseguro. Sólo espero que nadie se tropiece con él.

—¿Sigue estando usted dispuesto a seguir adelante con esto?

Albert pareció sorprenderse de la pregunta.

—Naturalmente. He dado mi palabra. No hay peligro, ¿no? Ustedes estarán vigilando desde algún sitio, ¿no es así?

—No exactamente —dijo Cribb—, No podemos permitirnos el correr riesgos en lo que respecta a la señorita Blake, ¿no le parece? Es mejor llevar a cabo las instrucciones incondicionalmente. Estaremos fuera del teatro.

—¿Fuera?

—No nos descubrirán entre la niebla, ¿comprende? ¿Tiene usted claro qué es lo que tiene que hacer?

Media hora más tarde recogieron al tembloroso dogo y se dirigieron hacia el Paragon. Habían apagado las luces de la fachada y del vestíbulo. El último de los vendedores ambulantes se había ido.

Plunkett estaba esperándoles en la puerta de una tienda de enfrente, con la maleta en la mano. La genial máscara de hacía una hora se había desvanecido, y arrugas de ansiedad le cruzaban el rostro.

—Un gran espectáculo el de esta noche, señor Plunkett —dijo Cribb, con el calor de un entusiasmo genuino.

—¿Cómo? ¡Ah, sí!

—El dinero está todo en el bolso, ¿no? ¿Sin error?

—Lo he contado dos veces. Y he dejado una única luz en la sala.

—Muy bien, señor. Veamos qué hora es, pues. Faltan tres minutos, según mi reloj.

Plunkett miraba insistentemente a través de la niebla.

—¿Dónde están los demás?

—¿Los demás? —preguntó Cribb.

—Los policías de uniforme. Creí que tenía usted rodeado el teatro.

Cribb negó con la cabeza.

—No sería prudente, señor. Podría poner en fuga a nuestro secuestrador. Ahora quisiera que hiciera usted una cosa más por mí, señor Plunkett. Este pobre animal está helado y parece que necesita un vigoroso paseo por la calle. ¿Tendría usted la amabilidad, señor? Cuando usted vuelva, Albert ya habrá cumplido su cometido y no tendremos que esperar demasiado por su hija.

La corta correa de Beaconsfield fue puesta en la mano de Plunkett. Antes de que tuviese tiempo de protestar, tiraron del brazo del empresario hacia la farola más cercana.

—Necesitaremos la maleta, señor —le recordó Cribb a Plunkett. La dejó caer para que el sargento la recogiese antes de que Beaconsfield le arrastrase.

—Faltan dieciséis minutos para la medianoche, Albert —dijo Cribb, entregándole la maleta.

—¿De veras no hay policías por ahí?

Thackeray y yo. ¿Cuántos más necesita? Tenemos que pensar en la señorita Blake, Albert. ¿Cómo era aquella frase de la carta? «Aflicción duradera». Me sonó muy mal. Póngase en camino, muchacho.

El forzudo asintió valientemente, tomó aliento, cruzó la calle y desapareció en el Paragon.

—No debería tomarle mucho tiempo, ¿verdad sargento? —preguntó Thackeray, sintiendo un ramalazo de simpatía por el joven. La perspectiva de aventurarse por aquel teatro a oscuras hubiese hecho vacilar a un veterano policía.

—Diez minutos, —dijo Cribb—. Se me acaba de ocurrir que Albert es el único de nosotros que nunca ha puesto antes los pies en el Paragon. Sería una lástima terrible que se perdiera. Le daremos quince minutos y después

puede usted ir tras él.

Pero no hubo necesidad. Al cabo de muy poco tiempo salió el forzado con cara de felicidad.

—He puesto la maleta exactamente en el centro —les dijo—. ¿Veremos pronto a Ellen?

—Muy pronto, si nos podemos guiar por la carta —dijo Cribb—. ¿Oyó usted algún movimiento allí?

—No, estaba completamente silencioso, pero tuve la profunda impresión de que no estaba solo.

—Espero que no lo estuviese usted —dijo Cribb—, o estaremos malgastando nuestro tiempo.

Se quedaron los tres en silencio, con toda la atención centrada en las puertas dobles al otro lado de la calle. Su línea de visión era bloqueada intermitentemente por el tráfico nocturno, en su mayoría coches de alquiler, con los cascabeles tintineando, unos cuantos autobuses de última hora y un furgón de policía, cuyo caballo guiaba un agente consciente de la seguridad, con el farol en la mano.

Cribb tocó a Thackeray en el brazo.

—Esa figura que se acerca por la derecha. Mire.

Era terriblemente difícil identificar nada en aquellas condiciones. Thackeray miró en la dirección indicada, esperando algún movimiento. Con toda seguridad, una figura con un abrigo largo, embozado hasta los ojos, pasaba frente a la iluminada pastelería. ¿Había un cierto sigilo en sus pasos, un encorvarse de hombros, o era la ilusión de un policía deseoso de una rápida detención para volver a tomar cacao en la calle Paradise? Ah, no había duda: el tipo había subido por las escaleras del Paragon y estaba en la puerta cogiendo la empuñadura.

—¡Agárrelo, Thackeray!

¡Por fin, acción! No había tiempo para vigilar el tráfico. Sólo para atravesar la calle como un rayo, con los brazos como ejes, y las pisadas extrañamente amortiguadas por la niebla.

El sospechoso no tenía ninguna posibilidad. En un segundo entraba sigilosamente en el oscuro vestíbulo, y al siguiente era arrastrado fuera, con el brazo dolorosamente doblado contra su espalda, y con una barba como un rallador de nuez moscada clavada contra su mejilla y su cuello.

—Vamos a echarle un vistazo —jadeó Thackeray, arrancando el embozo de un tirón—. ¡Caramba, usted no!

—Prosiguiendo con mi legítima ocupación —gimió el mayor Chick—, ¡Déjeme ir, hombre. Me está rompiendo el brazo!

—No hasta que hayamos cruzado la calle.

—Buen trabajo, agente —dijo Cribb cuando Thackeray hubo llevado a su prisionero a la entrada de la tienda—. Más vale que le deje ir ahora. Y bien, mayor, ¿qué está usted haciendo en la calle con un tiempo como éste?

El mayor se dio masaje en el brazo.

—Siguiendo a una persona sospechosa, caramba. Seguí la pista al sujeto todo el camino desde Kensington y luego le perdí al subir aquella calle. Aunque no necesité demasiada deducción para saber que se dirigía hacia el Paragon. Ya veo que le ha cogido, sargento.

Cribb hizo un gesto desdenoso.

—¿Albert? Él nos está ayudando. Y usted casi nos hace saltar la trampa, mayor. Debería haberme dado cuenta de que no le podíamos dejar fuera así como así.

—Creo que lleva un arma de fuego en su bolsillo, sargento —le previno Thackeray—. La noté cuando cruzamos la calle.

—Me lo dice usted un poco tarde —le espetó Cribb—. A estas horas nos podría haber llenado de plomo a los tres, si hubiese tenido la intención de hacerlo.

—Bueno, sargento, al decirme usted que no sospechaba del mayor...

—Eso no hace al caso. Podría haberme equivocado. Pero tendrá usted problemas igualmente por ese arma, mayor. No hace tiempo para prácticas de tiro.

El mayor Chick buscó en el bolsillo.

—Simplemente un par de gemelos de teatro, sargento. Un regalo de la señora Body. Puede usted cogerlos si quiere, pero no son nada útiles para la niebla.

Cribb miró ferozmente a Thackeray, pero se volvió inmediatamente al oír unos pasos acompañados por el resuello más estertóreo imaginable. Beaconsfield había vuelto a traer al señor Plunkett.

—¿Ha estado usted allí? —preguntó a Albert el empresario con angustia.

—Sí, señor. Llevé totalmente a cabo las instrucciones.

Plunkett se volvió a Cribb.

—¿Y ahora qué? ¿Podemos entrar?

Cribb denegó con la cabeza.

—Eso no funcionaría en absoluto, señor. Lo estamos haciendo como indicaba la carta, si la recuerda usted. Deje que coja yo al perro ahora, y usted puede esperar a su hija al otro lado de la calle. Pero recuerde, no entre. Vigilaremos desde aquí.

Mientras Plunkett obedecía, Cribb tuvo que utilizar todas sus fuerzas para evitar que Beaconsfield le siguiera. El animal parecía presentir que iba a haber un drama.

Durante más de quince minutos la única acción que hubo fueron los nerviosos pasos de Plunkett arriba y abajo de las escaleras del teatro. Incluso el tráfico se había interrumpido.

Luego se detuvo, restregó el cristal de una de las puertas y se asomó por él. Abrió y alguien salió y cayó en sus brazos, llorando. Un puñado de rizos rubios anidó en su hombro.

—¡Ellen! —gritó Albert, y cruzó corriendo la calle, con los demás pisándole los talones.

—¿Estás totalmente ilesa? —le estaba preguntando su padre—. ¿Estás bien, Ellen?

—Ahora estoy muy bien, querido papá. —Levantó el rostro, cruelmente tenso por la experiencia. Sonrió a Albert a través de sus lágrimas—. Cuando han contado el dinero, se han ido por la ventana del cuarto de accesorios. Había un carruaje esperando allí.

—¡Han escapado! —exclamó el mayor.

—¿Quiénes eran? —preguntó Cribb.

—Todavía no lo sé. Un hombre y una mujer. Me tuvieron en la oscuridad durante todo el tiempo, y me tapaban los ojos cuando necesitaban moverme. Me dieron una luz para escribir la carta y eso fue todo. Incluso se quedaban detrás mío, fuera de mi vista.

—¿No tiene usted ni idea de dónde la tuvieron?

—No puede haber sido a más de uno o dos kilómetros de aquí, sargento, por el tiempo que tardó el carruaje. Creo que estuve en algún sótano. No me maltrataron, pero estaba tan aterrorizada, papá... Por favor, llévame a casa ahora.

—Intenta ayudar al sargento, Ellen —le pidió Plunkett—. ¿Reconociste alguna de sus voces?

—No pude, papá, excepto que una de ellas era de mujer.

—Sargento —dijo el mayor Chick—, ¿oye usted algo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Desde dentro del teatro. —El mayor abrió la puerta de un empujón—. Hay un olor extraño también. Voy a ver adentro.

—Vaya con él, Thackeray.

Cruzaron juntos el vestíbulo. El ruido era más perceptible allí, y ciertamente procedía de la misma sala. A Thackeray le sonaba como si alguien intentase envolver un regalo pequeño en una gran hoja de papel de embalar. Abrió la puerta que daba a la sala y salió una gran humareda.

—¡Dios mío! ¡Está ardiendo!

Como si fuese la creación monstruosa de algún escenógrafo loco, el escenario estaba ardiendo de punta a punta. Grandes llamas amarillas saltaban sobre el proscenio, consiguiendo un esplendor muy por encima de los poderes del gas y del calcio. Uno de los telones principales cayó en medio de una lluvia de chispas.

—¡Mi teatro! —gritó Plunkett.

—El mayor ha ido a accionar la alarma de incendio de la esquina —dijo Cribb desde atrás—. No hay nada que usted o yo podamos hacer en un fuego como éste, señor. Es un trabajo para el capitán Shaw y sus hombres. Albert está desalojando los edificios colindantes. Salga, señor. Encontraremos a la brigada en la puerta.

Persuadieron al empresario de que se sentase en los escalones de mármol, con Ellen consolándole.

—El próximo martes hubiera tenido el mayor honor de mi vida —se

lamentaba—. Que eso me sea arrebatado de esta manera, es insoportable. ¿Quién podría haberme hecho esto?

—Debe haber sido la luz de calcio, papá. Hacía tanto rato que no la vigilaban. Siempre has dicho que son peligrosas. Probablemente haya habido una explosión en el depósito del calcio.

Albert se les unió.

—No hay nadie en ninguno de los edificios adyacentes, sargento. No debería haber heridos, aunque se produzcan grandes daños materiales. ¿Está usted seguro de que no hay nadie en el Paragon, señor Plunkett? Es un edificio muy grande y... —Se detuvo y se volvió hacia Cribb—. ¿Qué le ha sucedido a Beaconsfield?

El sargento llevaba distraídamente colgada la correa de una mano.

—¿El perro? —Echó una mirada al vestíbulo, denso de humo—. No debería tardar mucho.

Albert se volvió hacia Cribb horrorizado.

—¿Quiere usted decir que está ahí? ¿Le dejó usted entrar en ese infierno?

—Fue antes de que supiésemos que el lugar estaba ardiendo, cuando salió la señorita Blake, de hecho. Tenía curiosidad por echar una mirada dentro y por eso le solté.

—Eso no me parece que pueda ser un comportamiento propio de Beaconsfield —dijo Albert amargamente—. Pobre animal, debe de haberse quemado vivo. ¿Cómo se lo diré a mamá? Le dedicará a usted todos los insultos de los que su lengua sea capaz.

—Le puede usted decir que estaba ayudando a la policía en el cumplimiento de su deber —dijo Cribb con altanería—. Un momento. Mire por allí.

Abrió completamente las dobles puertas. A través del humo sofocante que lo envolvía todo horriblemente por delante de ellos era posible distinguir algo pequeño y blanco que se dirigía hacia ellos con movimientos bruscos. El trasero de Beaconsfield. Estaba luchando heroicamente para arrastrar algo que sostenía firmemente entre sus mandíbulas. Cribb corrió a ayudarlo. El hombre y el perro agarraron juntos el maletín y lo llevaron hasta los escalones de fuera.

—¡Bien hecho, Beaconsfield! Un poquito chamuscado por las orejas y necesitando un buen baño, pero no te ha sucedido nada peor por tu escapada. —Cribb abrió el maletín, sacó algo y se lo dio al agradecido perro—. Anís. Una fuerte atracción para cualquiera de la especie canina, incluso para una bestia aletargada y vieja como ésta. Y ahora ¿qué es esto que hay en el bolso? Un buen fajo, señor Plunkett. En otras palabras, sus quinientas libras.

Plunkett movió la cabeza, perplejo.

—Pero creía que el hombre y la mujer que secuestraron a Ellen se lo habían llevado.

Cribb le dio unas palmadas en el lomo a Beaconsfield.

—Y si no hubiese sido por los esfuerzos de aquí mi chamuscado ayudante, me hubiera sido difícil probar que no.

—Pero ¿para qué se buscaron tanto trabajo si no se iban a llevar el dinero, por el amor de Dios?

Cribb abrió sus manos como un prestidigitador al final de un truco.

—Porque nunca existieron. Su hija, la señorita Blake, se los inventó, ¿no es así, señorita? Nadie la secuestró. Ha estado tan libre como usted o yo durante estas veinticuatro horas. Me atrevo a aventurar que escribió aquella carta en alguna cómoda pensión.

Ellen Blake metió la cara entre sus manos.

—¡Eso es una sugerencia infame! —le dijo Plunkett a Cribb—, ¿Por qué me haría Ellen una cosa así?

—Esa es una pregunta que sólo la señorita puede responder, señor, pero creo que tiene algo que ver con Albert.

—¿Conmigo, sargento?

—Y vean lo que ha conseguido, caballeros: el Paragon en llamas y a punto de ser destruido, a menos que la brigada llegue pronto, la función del martes cancelada y el honor de Albert a salvo. Y si yo no estuviese a punto de arrestarla, creo que estaría haciendo planes para casarse con usted, Albert.

—¿Arrestar a Ellen? ¿Con qué cargo, por el amor de Dios?

—Escoja usted mismo, señor. Obtener dinero por medio de fraude, incendiar, o asesinar. El asesinato de la señorita Lola Pinkus envenenándola. Tengo un furgón de policía esperando al final de la calle, señorita, y le agradecería que me acompañase usted a la comisaría de policía más próxima.

Plunkett colocó protectoramente su brazo delante de su hija.

—Eso es una locura, sargento. Haré que le separen del servicio. Tengo amigos en Scotland Yard, ya lo sabe. Usted no puede hacer acusaciones como esas sin...

Por primera vez, Ellen habló, con una voz de estudiada calma.

—Padre, al menos ten la bondad de dejar que haga frente a lo que me espera con dignidad. ¿No te das cuenta de que tus intrigas me han llevado a esto? Ya no quiero más intrigas. Quédate aquí y contempla cómo se quema tu teatro de variedades, y ruega para que las llamas purifiquen tu alma. Albert, querido mío, mi pobre inocente, si alguna vez llegas a comprender mis acciones, piensa que no había nada que tú hubieras podido hacer para alterarlas. Me vendrás a visitar si lo permiten, ¿verdad? Ya se oye el coche de bomberos, sargento. Estoy dispuesta para ir con usted.

—He estado examinando su informe, sargento —dijo el inspector Jowett en el Yard el lunes siguiente—. La señorita Blake ha hecho una confesión total, ¿no es así?

—Así es, señor. Anexo uno.

—Ah, sí. ¿Qué cree usted que hace que una joven se vuelva tan depravada?

—Una fuerte vena de puritanismo —dijo Cribb—, y el encaprichamiento

por un joven. Una combinación poderosa, señor.

—Puritanismo, ¿en una cantante de variedades?

—Sus canciones eran totalmente respetables, señor. Desaprobaba totalmente las cancioncillas que cantaban en las funciones de medianoche. Y tenía una opinión muy pobre del método de su padre para reclutar artistas.

—¿Los accidentes?

—Sí. Cuando se planeó un accidente para el teatro en el que aparecía Albert, se alteró muchísimo. No quería que el joven que ella admiraba fracasara, ¿sabe?; por eso nos envió un mensaje anónimo.

—¿Creyendo que la policía evitaría el accidente?

—Posiblemente, señor. Estaríamos en el escenario tan pronto como sucediera, y así fue. Entonces fue cuando conocimos a la joven. Después, cuando averiguamos que Albert estaba en Philbeach House y encontramos la conexión con el Paragon, hizo una cosa extraña, señor.

—¿Qué cosa?

—Sabía que éramos oficiales de policía cuando nos vendió las entradas para la función, la función normal, no la de medianoche, pero no advirtió a su padre de quiénes éramos. Y, de hecho, se ofreció para acompañarnos a ver la parte de atrás del escenario, y nos dejó allí para ir a hacer su número en el Grampian. Eso era como ponernos la pista delante de las narices, señor. Naturalmente, miramos un poco por allí y descubrimos los barriles de Bellotti, la segunda conexión segura con Philbeach House. Habíamos visto llegar el cesto de Beaconsfield cuando comprábamos las entradas, si lo recuerda. Fue entonces cuando empecé a sospechar de la señorita Blake. Estaba claro, por la conversación que tuvimos aquella noche, que ella desaprobaba totalmente a su padre.

—Pero es de suponer que usted no se dio cuenta entonces de que volvería desde el Grampian al teatro de medianoche para envenenar a la señorita Pinkus.

—No señor —dijo Thackeray—, pero tuvo mucho tiempo para hacerlo. Podía pasar inadvertida en el Paragon mientras no se cruzara con su padre. Cogió el ácido que se guardaba para fumar la sala y echó en el vaso el suficiente para matar a Lola.

—Pero, ¿y para qué? ¿Dónde estaba el motivo, sargento?

—Lola no significaba nada para Ellen Blake, es verdad, excepto como una posible rival en el afecto de Albert, si tenemos en cuenta que Lola era aficionada a coquetear, señor. Creo que en aquel momento la señorita Blake estaba desesperada por salvar la reputación de Albert. Podía ser su última oportunidad de hacer algo para que cerrasen el teatro. Una muerte súbita, tanto si la consideraban un accidente, un suicidio, o incluso un asesinato, parecía el mejor plan. Disponía del veneno mortal, y eso le sugirió el método. Sólo había un número en el que pudiese usarlo, y ése era el del mago. Por eso, Lola debía ser la víctima. Fría lógica. Es el resuelto modo de la asesina. El despachar a una vulgar chica de las variedades no era nada comparado

con la mancha en la reputación de Albert. Ellen Blake era una fanática, ¿sabe? Tenía que impedir que Plunkett siguiese con su espectáculo, y la violencia era el camino más apropiado para detenerlo. Con lo que ella no había contado era con la... razón primordial por la que la función del siguiente martes debía proseguir.

—No vamos a volver de nuevo a eso —dijo Jowett, moviéndose en la silla—. Le recuerdo que le envié a Philbeach House para investigar la muerte. ¿Qué descubrió usted allí?

—Lo bastante como para eliminar a otros varios sospechosos, señor. La madre de Albert ya sabía que no podía haber sido la envenenadora, porque ya estaba subida en su globo cuando llevaron la mesa del mago a los bastidores. Albert y la señora Body se estuvieron haciendo compañía el uno al otro en Philbeach House aquella noche, por tanto, dudaba que ninguno de ellos pudiera burlar al otro para llegar a Victoria. El mayor estaba tocando en la orquesta, donde yo le veía. Eso me dejó con Plunkett y la señorita Blake, y no podía imaginarme a Plunkett matando a la chica en su propio teatro, aunque tuviese un motivo. Lo hubiese puesto todo en peligro.

—Así, usted dedujo que la señorita Blake era su asesina.

—Sin duda, señor. Aunque necesitaba pruebas, y no las podía obtener sin ir de nuevo al Paragon para interrogarla. Eso hubiese sido contrario a sus órdenes, señor. No soy un loco.

—Ya lo sé, sargento.

—Calculé que, en cuanto la señorita Blake creyese que la jauría estaba sobre la pista, trataría de evadirse hacia la libertad. Diez a uno que primero correría hacia Albert, y yo estaría esperando allí, en Philbeach House, para encontrármela.

—Por eso es por lo que usted envió al mayor para que interrogase a Plunkett, simplemente para sembrar el pánico en su hija de manera que ella corriese hacia su trampa.

—Así es, señor, pero ella ya se había ido cuando el mayor llegó allí. Fue más lista que nosotros. Al principio temí que se hubiese escapado en el tren de la noche hacia Dover y que ya estuviese en Francia. Mi único recurso era ir a Philbeach House inmediatamente y ver si Albert aún estaba allí. Aunque parezca mentira, estaba, y no había visto ni rastro de la joven. Fue casi un alivio cuando Plunkett llegó allí con la nota del rescate, se lo digo de veras. Supe en cuanto lo vi que ella había ideado un plan para alejar de ella la sospecha. Al mismo tiempo, hacía de Albert el instrumento de su rescate, y un héroe a los ojos de su padre. Iba a esconder el dinero del rescate en el Paragon para utilizarlo más tarde en dar a Albert los medios para dejar Philbeach House y casarse con ella.

—Así pues, decidió permitir que el rescate fuese recogido.

—Sí, señor. Pero unté el maletín con anís, puse un poco más dentro y utilicé a Beaconsfield para que lo descubriese por el olfato. Pero yo no autorizé el fuego.

—¿Prendió fuego al teatro deliberadamente?

—Sí, señor. El incendio del Paragon servía a sus propósitos mejor que su plan original, ya ve. Albert se salvaría de tener que actuar el martes siguiente, el maletín sería destruido por las llamas, de forma que podría decir que se lo habían llevado los secuestradores, y su padre ya no podría poner en marcha ningún espectáculo indecente más. Quinientas libras del dinero de su padre no eran demasiadas para que se convirtiesen en humo en nombre de la decencia. Afortunadamente, el perro hizo bien su trabajo y rescató el dinero. Es un animal ridículo ese Beaconsfield, pero le tengo un cierto aprecio. Cuando vi que salía humo del teatro estaba casi más preocupado por el perro que por la prueba.

Jowett se levantó, rodeó el escritorio y puso una mano sobre el brazo de Cribb, en una sorprendente exhibición de afecto que hubiese hecho sospechar a cualquiera.

—En el fondo creo que es usted un sentimental, sargento. Pero lo ha hecho bien. Investigación de primera clase, que no será olvidada.

—Gracias, señor.

—Sin embargo, hay una cosa que debo mencionar. Un caso como éste tiene ramificaciones en otros lugares, ¿sabe? Esas pequeñas funciones del Paragon tenían bastantes seguidores en ciertos círculos.

—Soy consciente de ello, señor.

—Espléndido. Entonces comprenderá usted la desilusión que van a sentir por la cancelación de la función del próximo martes. Ah —el inspector Jowett levantó la mano para acallar a Cribb antes de que pudiese decir una palabra—, ya sé que no fue culpa suya el incendio del Paragon. ¿Cómo podía usted haber previsto una catástrofe así? Pero me temo, que, a pesar de todo, cuando algunos clientes de los espectáculos de medianoche lean los periódicos, creerán erróneamente que usted se quedó allí sin hacer nada mientras el teatro se quemaba.

—Envíe a buscar a la brigada al momento, señor —protestó Cribb.

—Ya lo sé, sargento. Ha observado usted una conducta ejemplar durante toda la investigación. No es culpa suya que el sitio sea ahora un montón de ceniza. Y eso lo sostengo ante quien diga otra cosa. Pero usted comprenderá, espero, que el Yard no quiera sobrevalorar la parte que ha jugado en esos sucesos.

Cribb hizo una moderada inclinación de cabeza.

—En resumen, sargento, informé a los caballeros de la prensa, cuando vinieron, de que la detención de la señorita Blake y, por supuesto, la iniciativa de esta investigación, deben ser atribuidas a ese detective privado, el militar ése, mmm...

—El mayor Chick.

—El mismo. *The Times* escribió un excelente artículo sobre él en la edición de esta mañana. ¿Todavía no lo ha visto? Después de todo, él tenía mucho que ver en todos los acontecimientos que describe usted en su informe. Una

noticia como ésa debería ayudarle muchísimo en el ejercicio de su profesión.

—No lo dudo, señor.

—Eso no significa que la parte que usted tuvo en la investigación pase inadvertida, desde luego. Cielos, claro que nos gusta elogiar lo que debe elogiarse, y por eso le llamé, sargento. Si nunca vuelve usted a oír una palabra de esta oficina sobre su excelente trabajo, no se imagine que simplemente he encerrado su informe en un cajón bajo llave y lo he olvidado. De hecho, el Yard ha decidido mostrarle su reconocimiento por la forma admirable en que ha llevado este delicado asunto.

—Gracias señor.

Jowett abrió un cajón de su mesa.

—El público a veces envía muestras de aprecio al Yard por la forma en que llevamos casos difíciles. Esto lo recibimos de un agradecido empresario de un teatro de variedades. Hemos decidido regalárselo.

Cribb lo aceptó de buen grado. Sólo cuando estuvo fuera de Whitehall Place abrió el sobre y examinó el papelito que había dentro. Era una entrada gratuita durante un año para el Middlesex. Se lo llevó al Embankment, hizo un barquito y lo echó al río, y se quedó mirándolo, pensativo, mientras era arrastrado por la corriente.

^[1] El «alfil» de las piezas de ajedrez es en inglés «bishop», que significa «obispo»; por eso el mayor los tiene colocados en la abadía y en St. Paul. (*N. de la T.*)